

ANNA SEGHERS

La revuelta de los pescadores de Santa Bárbara

Edición de José Luis Sagüés



CATEDRA
LETRAS UNIVERSALES

LA REVUELTA DE LOS PESCADORES
DE SANTA BÁRBARA

LETRAS UNIVERSALES

ANNA SEGHERS

La revuelta de los pescadores de Santa Bárbara

Edición de José Luis Sagüés
Traducción de José Luis Sagüés



UNIVERSITAT POMPEU FABRA
BIBLIOTECA



1000890219

CATEDRA
LETRAS UNIVERSALES

Letras Universales
Asesores: Carmen Codoñer, Javier Coy
Antonio López Eire, Emilio Náñez
Francisco Rico, María Teresa Zurdo

Título original de la obra:
Aufstand der Fischer von St. Barbara

PT
2635
.A27
A9418
1988

© Aufbau-Verlag Berlin und Weimar, 1983
Ediciones Cátedra, S. A., 1988
Don Ramón de la Cruz, 67. 28001-Madrid
Depósito legal: M. 3.763- 1988
ISBN: 84-376-0730-2
Printed in Spain
Impreso en Lavel
Los Llanos, nave 6. Humanes (Madrid)

INTRODUCCIÓN



Anna Seghers

APUNTE BIOGRÁFICO. VIVIR PARA NARRAR

EXISTEN pocos escritores alemanes —al menos en este siglo— que siendo eminentemente narradores hayan prodigado tanto otros géneros y posibilidades literarias como Anna Seghers. Así, la novela corta¹, lo anecdótico, el bosquejo, la leyenda o el cuento con una curiosa excepción: la autobiografía. Narrar significó para Anna Seghers sobre todo contar historias. A ello se atuvo durante toda su vida sin dejarse apenas tentar por las tendencias hacia lo documental, el ensayo o la digresión narrativa. La reflexión, la meditación, el estudio y otras consideraciones no aparecen como elementos épicos independientes en la estructura de sus novelas y narraciones. Todas ellas contienen principalmente hechos y destinos de su tiempo, tan marcadamente condicionado por guerras y revoluciones. Anna Seghers no dudó nunca de las posibilidades de la narración. Esa confianza estaba basada en una clara concepción del devenir histórico, en el que sus personajes son protagonistas activos a pesar de todos los conflictos, complicaciones y contradicciones que configuran la primera mitad del siglo xx. Su actitud general fue la de intentar entender la

¹ En alemán se distingue entre 'Roman' (novela) y 'Novelle'. Por 'Novelle' se entiende una novela corta de carácter épico-dramático. Cfr. Claus Träger (Hrsg.), *Wörterbuch der Literaturwissenschaft*, Leipzig, VEB Bibliografisches Institut, 1986, págs. 379 y 441.

historia como condición para narrar historias. Para ella no había final de la historia, sino historias sin fin. Ninguna derrota —de las tantas que contará desde *La revuelta de los pescadores de Santa Bárbara* (1928)— significará una conclusión o un cierre definitivo. Detrás de cada punto final comienza una nueva narración. Pero ello no es sólo producto de su imaginación o fantasía, sino de una clara conciencia del sentido de la historia, que la estimula y la excita. Historia quiere decir horizonte histórico donde se sitúan sus obras, quiere decir futuro hacia el que avanza la narración. Según uno de sus biógrafos, Kurt Batt², aunque cada una de sus novelas y narraciones trate del destino individual, todas tienen en común la idea de la irrupción de la humanidad en una nueva era, donde la vida, la experiencia humana y el propio discurrir de la historia alcanzan contornos cada vez más definidos.

Sobre su vida, al margen de los datos biográficos normales, algunos hechos concretos y unas cuantas anécdotas, se sabe poco. «Las vivencias y las opiniones de un escritor, creo yo, se ven principalmente en su obra, aun sin una biografía especial»³. Prefiere, por ejemplo, trasladarse a Austria e investigar allí sobre el levantamiento de los trabajadores socialdemócratas y comunistas en febrero de 1934 para poderlo narrar luego con exactitud histórica o estudiar documentación sobre las repercusiones de la revolución francesa en la situación política y social de las Antillas, que contar su propia huida de la Alemania nazi en 1933 o su dificultoso exilio desde Marsella hasta México. Incluso los recuerdos sueltos de amigos y conocidos no nos ofrecen una historia de su vida en detalle, sino sólo una secuencia de momentos sueltos. Da la impre-

² Vid. Kurt Batt, *Anna Seghers. Versuch über Entwicklung und Werke*, Leipzig, Verlag Philipp Reclam jun., 1973.

³ Cfr. Anna Seghers, «Christa Wolf spricht mit Anna Seghers», *Über Kunst und Wirklichkeit*, tomo II, Berlín, 1970, pág. 36.

sión de que Anna Seghers trató siempre de realizar su vida en la literatura, aunque no renunciara a asumir responsabilidades públicas. Su esfera privada y su intimidad no las consideró nunca como algo relevante, digno de ser contado.

Una única vez, durante la Segunda Guerra Mundial, estando en el exilio, se siente invadida por la nostalgia y decide contar algo de sí misma y de su familia sin disimulo. Todo ello se refleja en *Der Ausflug der toten Mädchen* (*La excursión de las muchachas muertas*), una narración de apenas 30 páginas publicada por vez primera en Nueva York en 1946⁴. Pero será la única vez.

Netty Reiling —más tarde adoptará el nombre de Anna Seghers— nació el 19 de noviembre de 1900 en Maguncia en el seno de una familia judía acomodada. Sus primeros diecinueve años transcurren en Maguncia. La huella de su ciudad natal está en muchas de sus obras, al igual que las cuencas del río Meno y del Rin, donde va adquiriendo sus primeras impresiones, que se le quedarán grabadas para siempre. En un telegrama que envió a Maguncia con motivo de su 75 cumpleaños dice:

En esa ciudad, donde pasé mi niñez, percibí lo que Goethe denominó impresión original: la primera impresión que tiene un ser humano de una parte de la realidad, ya sea un río, un bosque, las estrellas o los hombres. En muchos de mis libros he procurado reflejar lo que sentí y experimenté en Maguncia. No es ninguna casualidad que mi novela *La séptima cruz* (1942) estuviese situada en los alrededores de Maguncia, ninguna casualidad que el fugitivo Georg Heisler se escondiera durante una noche en la catedral de Maguncia y ninguna casualidad que lograra huir en un barco del Rin⁵.

⁴ Vid. Anna Seghers, «Der Ausflug der toten Mädchen», en *Anna Seghers, Erzählungen 1926-1944*, Berlín und Weimar, Aufbau Verlag, 1981.

⁵ Cfr. Klaus Sauer, *Anna Seghers*, Munich, Verlag C. M. Beck y Verlag Edition Text und Kritik, 1978, pág. 19.

En 1919 se matricula en la Universidad de Heidelberg, donde estudia Historia del Arte y Sinología. Acude también a la Universidad de Colonia donde hace un curso práctico en el Museo de Arte Asiático. En 1924 se doctora en la Universidad de Heidelberg con la tesis «*Judío y judaísmo*» en la obra de Rembrandt. Aunque dicha tesis tenga sólo un interés relativo, sí resulta importante, porque ya aparecen en ella conceptos que van a ser una constante en la obra de Anna Seghers. En la tesis aparecen desde un primer momento los conceptos «inmediatez más próxima» y «parte de la realidad» que el artista puede descubrir y utilizar por su obra. Se refería con ello a la realidad concreta y a la diferencia entre «la representación de una imagen ideal» y la «dura realidad»⁶. Su preocupación por lo real y lo que ella denominaba verdadera realidad se van a reflejar a lo largo de toda su obra.

Sus padres le fomentaron desde muy temprano el interés por el arte y la literatura. Schiller, Heinrich Heine, los cuentos tradicionales y las leyendas eran tema habitual de la familia. En su ensayo «De dónde vienen, a dónde van» (1963) se refiere a ello:

Ya desde niña me impresionaron mucho los dramas de Schiller, donde empecé a considerar el teatro como otra forma de realidad. Más tarde, ya de estudiante, cuando me percaté del entorno y de los fenómenos del amor y el dolor, la miseria, el hambre y la lucha por una vida mejor, leí apasionadamente varias novelas de Dostoievski⁷.

Pero poco después Anna Seghers comienza a poner en cuestión los postulados morales de Schiller y se va haciendo una idea de lo humano mucho más específica:

⁶ Cfr. Klaus Sauer, *op. cit.*, pág. 20.

⁷ Cfr. Friedrich Albrecht, *Die Erzählerin Anna Seghers 1926-1932*, Berlín, Rütten & Loening, 1975, pág. 15.

A través de las novelas de Dostoievski nos imaginábamos la agitada sociedad rusa, donde ya se podía escuchar el clamor de la revolución. Al mismo tiempo surgía el ser individual en toda su magnitud y en todas sus bajezas⁸.

Entre sus ideas sobre la revolución y su experiencia de la lectura de Dostoievski surgía una relación: Anna Seghers entendía la revolución de octubre no desde el punto de vista de las condiciones histórico-políticas objetivas, sino desde los planteamientos de Dostoievski. Todo ello no apuntaba hacia la revolución social. En el centro de todo su pensamiento estaba la liberación del ser individual de su desconcierto moral, de sus miedos y angustias.

La Universidad de Heidelberg era por aquellos años una de las más renombradas de Alemania. Allí enseñaban los mejores especialistas como Heinrich Ricker, Max von Waldberg, Carl Neumann y Hermann Oncken. Estaban también el joven filósofo Karl Jaspers y Friedrich Gundolf, el socialdemócrata Emil Lederer y el catedrático de Historia del Arte Wilhelm Fraenger, por cuya indicación comenzó a trabajar sobre el pintor y grabador holandés Hércules Seghers, un contemporáneo de Rembrandt, de gran originalidad. La elección de su seudónimo se debe precisamente a él. La propia Anna Seghers dará una explicación años más tarde:

¿El nombre Seghers? Una mera casualidad. Antes de *La revuelta de los pescadores de Santa Bárbara* ya escribía pequeños cuentos. Entre ellos había uno, un cuento horripilante, sobre un capitán de barco holandés. Lo escribí en primera persona y como si el capitán fuera mi abuelo. Como le tenía que dar un nombre holandés se me ocurrió el de Seghers, grabador de la época de Rem-

⁸ Cfr. Anna Seghers, «Woher sie kommen, wohin sie gehen», en *Anna Seghers, Über Tolstoi. Über Dostojewski*, Darmstadt-Neuwied, Luchterhand, 1980.

bradnt. Y claro, como nieta del capitán debía llevar su mismo nombre⁹.

El clima intelectual de la universidad fue determinando su propia personalidad. En Heidelberg frecuentaba los círculos de los exiliados políticos de Europa Oriental. Allí conoció al estudiante húngaro de Sociología, Laszlo Radvanyi, con quien se casó en 1925. En 1926 se instala en Berlín con su marido, que dirigía el Instituto Marxista de Trabajadores. En 1928 Anna Seghers ingresa en el Partido Comunista de Alemania y en la Asociación de Escritores Proletario-Revolucionarios. En 1930 viaja a la Unión Soviética para participar en el Congreso de la Unión Internacional de Escritores Revolucionarios celebrada en Charkov. En 1933, tras la toma del poder por los nacionalsocialistas, es detenida, siendo puesta en libertad poco después. Huye a Francia, instalándose en las cercanías de París, donde frecuenta los cafés, que se habían convertido en el lugar de trabajo habitual de los exiliados políticos alemanes. Alexander Abusch escribe a finales del verano de aquel año:

A mediodía veo a Anna Seghers, bebiendo café y escribiendo, sola, bajo los toldos de un café, cerca de la entrada de la editorial Editions Carrefour, profundamente sumergida en su trabajo, en medio del follón del bulevar Montparnasse¹⁰.

En 1934 viaja ilegalmente a Austria para documentarse sobre el levantamiento obrero contra el régimen de Dollfuss, sobre el que escribirá la novela *El camino por fe-*

⁹ Cfr. Christa Wolf, *Die Dimension des Autors*, tomo I, Berlín und Weimar, Aufbau Verlag, 1986, págs. 332-333.

¹⁰ Cfr. Alexander Abusch, «Begegnungen und Gedanken 1933-1940», en *Literatur im Zeitalter des Sozialismus. Beiträge zur Literaturgeschichte 1921-1966*, Berlín y Weimar, Aufbau Verlag, 1967, pág. 203.

brero¹¹. En 1935, 1937 y 1938 participa en los congresos internacionales de escritores para la Defensa de la Cultura celebrados en Madrid, Valencia, Barcelona y París. Al invadir las tropas alemanas Francia en 1940, huye a México. El dificultoso exilio la lleva también a las Antillas, a las que rendirá homenaje literario en *Las bodas de Haití y Drei Frauen aus Haiti (Tres mujeres de Haití)*¹². En México forma parte de la dirección del movimiento «Alemania Libre» y del club «Heinrich Heine»¹³, dedicándose durante esos siete años de exilio a la actividad política y literaria exclusivamente.

En 1943 está al borde de la muerte. Bertolt Brecht anota el 26 de junio de ese año en su diario:

Temprano. A las 8,30. En la radio. Anna Seghers está en coma en un hospital mexicano, después de haber sido encontrada ayer en la calle atropellada o, como supone la policía, arrojada desde un coche¹⁴.

Anna Seghers no se refirió nunca a ello.

Los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial y

¹¹ Engelbert Dollfuss (1891-1934): fundador del Partido Socialcristiano Austriaco. De 1932 a 1934 fue canciller Federal y ministro de Asuntos Exteriores. En marzo de 1933 decreta la dictadura, prohibiendo el Partido Comunista. Derrotado el levantamiento obrero en febrero de 1934 declara ilegal al Partido Socialista y promulga una Constitución de corte clerical y fascista, basándose en la Encíclica «Quadragesimo anno». Vid. Anna Seghers, *Der Weg durch den Februar*, Berlín, Verlag des Ministeriums für Nationale Verteidigung, 1959.

¹² Vid. Anna Seghers, *Drei Frauen aus Haiti*, Berlín und Weimar, Aufbau Verlag, 1980.

¹³ En noviembre de 1941 se fundó en la Ciudad de Méjico el Club Heinrich Heine, cuya presidencia recayó en Anna Seghers. Su objetivo era la promoción y el fomento de arte, ciencia literaria alemana libre. El Club organizaba encuentros literarios, lecturas, conferencias y representaciones teatrales.

Alemania Libre era la revista de los antifascistas alemanes en Méjico. Se fundó también en noviembre de 1941. En torno a ella se desarrolló todo un movimiento, que utilizaba la revista como órgano del Frente Popular, creado por los comunistas alemanes en el exilio mejicano.

¹⁴ Cfr. Bertolt Brecht, *Arbeitsjournal*, tomo III, 1942-1955, editado por W. Hecht, Frankfurt a.M., 1974, pág. 375.

todo el tiempo hasta que le resulta posible el regreso a Alemania están marcados por la reflexión sobre la futura identidad política y cultural de los alemanes y sus presupuestos históricos. Estas reflexiones y debates las reflejaron Alexander Abusch y Paul Merker, dirigentes comunistas, también exiliados en México, en sus libros *El extravío de una nación y Alemania – ser o no ser*¹⁵.

El 22 de abril de 1947, a través de Suecia y Francia, Anna Seghers regresa a Berlín. Bertolt Brecht escribe en su diario en noviembre de 1947, después de haber estado en la capital francesa con Anna Seghers:

Anna Seghers, pelo blanco, pero la cara bonita y joven. Berlín un aquelarre de brujas, aunque faltan hasta las escobas. Para conservar su pasaporte mexicano no vive en el sector ruso. Además quiere que sus libros se lean también en las zonas no rusas. Parece atemorizada por las intrigas, sospechas y vigilancias¹⁶.

La guerra fría había comenzado. Anna Seghers opta definitivamente por la zona soviética, la futura República Democrática Alemana. Años más tarde a la pregunta de por qué regresó a la zona de administración soviética, respondió:

Porque aquí puedo alcanzar la resonancia que todo escritor desea. Porque aquí existe una estrecha relación entre la palabra escrita y la vida. Porque aquí puedo expresar para qué he vivido¹⁷.

Anna Seghers se va a convertir en esos años en una de las más importantes representantes de la República De-

¹⁵ Vid. Klaus Sauer, *op. cit.*, pág. 24.

¹⁶ Cfr. Bertolt Brecht, *Arbeitsjournal*, *op. cit.*, págs. 492 y ss.

¹⁷ Cfr. Anna Seghers, «Ansprache in Weimar», en *Über Kunstwerk und Wirklichkeit*, Berlín, Akademie Verlag, tomo I, pág. 154.



Anna Seghers y Thomas Mann en 1949

mocrática Alemana, tanto en el interior como en el extranjero. En 1954, después de haber sido elegida secretaria general de la Asociación de Escritores de la República Democrática Alemana y de haber recibido el Premio Nacional, comenta:

Agradezco a la República Democrática Alemana la libertad de poder escribir sobre aquello que quiero escribir. Mi materia es la realidad, esta realidad cambiante, que no siempre es llana y bella y desde luego imperfecta, una realidad con contradicciones, con altibajos, una cruda realidad en la que a veces puede prevalecer la obstrucción y las trabas, pero otras veces, la clara luz y la meta, que disipan los obstáculos¹⁸.

En los últimos años de su vida, por su precaria salud, se fue retirando de la vida pública. Parecía que no quería seguir desempeñando una función decisiva en la formación de una identidad cultural de la República Democrática Alemana y sí sumergirse todavía más de lleno en la creación literaria. No se puede, de todas formas, dudar de su conformidad con la imagen concreta del estado socialista, por el que siempre abogó. Sin embargo, como muchos otros intelectuales de la República Democrática Alemana, fue exigiendo cada día más a la democracia socialista, al partido, al Estado, en su decidida voluntad de ir transformándolo hacia cotas más participativas y plurales. No se dio nunca por satisfecha con lo alcanzado ni adoptó una actitud de complacencia consigo misma:

Mi vida es la vida de una época de transición. Las transformaciones, el poder cambiar, el transformarse uno mismo y el cambiar a otros, todo ello me parece tan atractivo, que casi me gustaría que este periodo continuara un poquito más¹⁹.

¹⁸ *Ibid.*, tomo I, pág. 108.

¹⁹ *Ibid.*, tomo I, pág. 265.

PRIMERAS NARRACIONES: 1926-1932

Los acontecimientos políticos en Alemania condicionan claramente la biografía y la obra de Anna Seghers. Podemos distinguir así tres grandes momentos: 1926-1932, durante la República de Weimar, 1933-1947 desde la toma del poder por los nazis, la guerra, el exilio y su regreso a Alemania, y de 1947-1983, con la fundación de la República Democrática Alemana, la guerra fría, la construcción del socialismo en la República Democrática Alemana, hasta su muerte el 1 de junio de 1983.

Los comienzos literarios de Anna Seghers no tienen un origen muy definido. Sus propias manifestaciones al respecto confunden más que aclaran y da la impresión de que pretende borrar las huellas concretas de sus primeros intentos literarios. Ella sostiene que su primera publicación fue *Grubetsch*, que apareció por primera vez en el periódico *Frankfurter Zeitung* en marzo de 1927. Sin embargo, ella misma explica que adoptó el seudónimo por el nombre de la protagonista de su narración *Die Toten von der Insel Djal* (*Los muertos de la Isla Djal*) que se publicó en diciembre de 1924 con el nombre de Antje Seghers, aunque tal narración no figura en las obras completas de Anna Segers¹. Preguntada por cuándo comenzó a escribir, responde:

Como de pequeña estuve frecuentemente enferma, aprendí muy pronto a escribir. En cuanto aprendí las primeras letras, me inventaba frases que luego trataba de escribir. Más tarde, en el colegio comencé a escribir pequeñas historias. Estas historias eran una mezcla de

¹ Vid. Sigrid Bock, «Phantasie und Wirklichkeit», en *Sonntag*, núm. 31, 1977, pág. 3.

garabatos y trabajo, muy lejos todavía de una obra. Más tarde, cuando estaba estudiando Historia del Arte, escribí en serio leyendas, cuentos y narraciones. No sé cuándo se publicó la primera, pero no estoy de acuerdo con los datos que suelen darse².

Grubetsch narra la situación del proletariado durante los años 20. Su escenario se limita a un patio de vecindad de una gran urbe. Sus personajes —obreros, parados, sus mujeres e hijos—, dominados por angustias, instintos y esperanzas de cambio, recuerdan las pesadillas de Franz Kafka (1883-1924) y a algunas narraciones de Dostoievski. En *Die Ziegler (Los Ziegler)*, escrito entre 1927 y 1928, narra la decadencia de una familia pequeño-burguesa, simbolizando el destino de tanta gente a finales de los años 20.

La guerra mundial había dejado tras sí las secuelas de la desesperación, el hambre y el paro. Los intentos revolucionarios de 1918 en Alemania habían fracasado y el tratado de Versalles (1920) dividía Alemania y la ahogaba económicamente. La situación social era de una crisis aguda. El desempleo, que en 1931 alcanzó la cifra de seis millones de parados, aumentaba la exasperación de los trabajadores. La experiencia de la guerra mundial, la revolución y la lucha de clases durante la República de Weimar (1919-1933) condujo hacia una reorientación de la literatura burguesa. Mientras que la mayoría de los escritores se vieron involucrados en un profundo proceso de politización, otros adoptaron una actitud programáticamente independiente o escapista. Se asiste a un proceso de interiorización, de exilio interior, y a la búsqueda de nuevas formas —monólogo interior, montajes, reportajes, parábolas. En cuanto al contenido, se critica la propia

² Cfr. Anna Seghers, «Brief an den Verlag», en *Eröffnungen. Schriftsteller über ihr Erstlingswerk*, Berlín y Weimar, Aufbau Verlag, 1974, pág. 7.

época y la existencia misma, resaltándose la nueva actitud hacia la sociedad, fortaleciendo la crítica social como elemento más característico. Destacan en ese sentido las novelas de Thomas Mann (1875-1955) *Der Zauberberg* (*La montaña mágica*) de 1924 y *Der Untertan* (*El súbdito*) de su hermano Heinrich (1871-1950), escrita en 1926.

El distanciamiento y la voluntaria enajenación son también un aspecto dominante del quehacer literario de la época. Toda la obra de Kafka es un ejemplo de ello. También Hermann Hesse (1877-1962) hace de la problemática del distanciamiento uno de los ejes centrales de su trabajo literario. Hesse, contrariamente a Kafka, que fue descubierto mucho más tarde, se convirtió rápidamente en un autor de bestseller. Sus libros *Siddharta* (1922) y *Der Steppenwolf* (*El lobo estepario*) (1927) han alcanzado ediciones millonarias. En *El lobo estepario* se plantea la enajenación de forma parecida a *La metamorfosis* de Kafka. Las propuestas sociales de Hermann Hesse serían el anticapitalismo romántico, la reanimación de la cultura clásica burguesa frente a lo moderno, la recuperación de la identidad perdida mediante la interiorización, la contemplación, la transformación y ampliación de la conciencia y la superación de la escisión de la personalidad a través de un equilibrio entre la sensualidad y la espiritualidad. Obviamente todo ello se refiere al ámbito de los intelectuales y de los artistas³. A diferencia de Hesse, Alfred Döblin (1878-1957) demuestra en su novela *Berlin Alexanderplatz* (1929) que la enajenación es algo también propio de las capas socialmente más bajas y que tiene razones socioeconómicas. La necesidad de plasmar la realidad hizo que en poco tiempo se desarrollara una auténtica moda del reportaje y lo documental. Muchos autores consideraban que ello era la única forma posible de tema-

³ Vid. *Deutsche Literaturgeschichte. Von den Anfängen bis zur Gegenwart*, Stuttgart, J. B. Metzlersche Verlagsbuchhandlung, 1979.

tizar los urgentes problemas de la época como la guerra, la revolución, el desarrollo técnico, la militarización, la fascistización y la injusticia social. Hubo una tendencia hacia la objetividad y el realismo como reacción a la exagerada subjetividad del expresionismo, las diferentes actitudes y versiones del interiorismo y la excesiva politización de la literatura. Esa tendencia, que se extiende principalmente entre 1924 y 1933, se ha denominado *Neue Sachlichkeit*, nueva objetividad o neorrealismo⁴.

Frente a la influencia burguesa y su dominio en los principales medios de comunicación, el Partido Comunista de Alemania decidió crear una asociación de escritores proletario-revolucionarios, que pretendía dotar a la actividad artística del contenido ideológico necesario para contribuir a la transformación social. El partidismo, la actitud militante, se entendía como categoría estética y se pretendía que afectara tanto al contenido ideológico, como a su especificidad estética e incluso al método de creación literaria.

Anna Seghers, que ingresa en el Partido Comunista de Alemania en 1928, centra sus temas en la situación de la clase obrera en aquellos años.

Su gran capacidad para observar, de captar la realidad con todos los sentidos se expresa en las primeras narraciones con un estilo muy sintético, que algunos de sus coetáneos consideraron como duro. Ese estilo parco, sencillo, condensado, quizá sea una de las características de toda su obra.

El tema de la revolución es una constante en la obra de Anna Seghers. La solidaridad es también un motivo

⁴ 'Neue Sachlichkeit', que se viene traduciendo al español como nueva objetividad o neorrealismo. Es una tendencia literaria, comprendida entre 1924 y 1933 donde los escritores encuentran una nueva base ideológica en el canto a la técnica y al americanismo. Se abandona el subjetivismo y el intimismo exagerado del expresionismo. Se tiende al objetivismo recurriendo a los informes, reportajes y elementos biográficos y autobiográficos.

central. Su insistencia en destacar la lucha de los jóvenes por adquirir conocimiento, experiencia y fuerza la pone también de manifiesto en *La revuelta de los pescadores de Santa Bárbara* (1928), que analizamos más adelante, y en las narraciones contenidas en el libro bajo el título *Auf dem Wege zur amerikanischen Botschaft (En el camino hacia la Embajada Americana)* (1930). En esta narración corta se cuenta la historia de un hombre que, huyendo del aburrimiento y la rutina diaria, abandona el campo para irse a la ciudad. En la ciudad se encuentra metido, sin querer, en una manifestación por Sacco y Vanzetti⁵. En forma de monólogo interior se narran los pensamientos de este hombre y de una mujer que están agobiados por la vida, aunque no son capaces de poner en relación su estado y sus vivencias con la situación política que los provoca. Precisamente ellos, que no participaban en la manifestación de una manera consciente, mueren víctimas de una carga policial. Las cuestiones que Anna Seghers plantea en estas primeras narraciones serían la relación de la vida personal con la actividad política, si existe vida privada en un marco de aguda confrontación social, y si la voluntad de transformación de la vida individual no ha de desembocar en lucha política.

Reflexionando sobre sus primeras narraciones, la propia Anna Seghers escribe en 1930:

⁵ En 1920 fueron asesinados dos empleados de la empresa Slatter & Morill en el estado de Massachusetts (EE.UU.) para robarles la nómina de los trabajadores. La policía detuvo a dos inmigrantes italianos, Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, trabajadores afiliados al movimiento anarco-sindicalista. Su pertenencia a dicho movimiento, la mala fama de los italianos, en general, y las graves tensiones político-sociales bastaron para condenarles a muerte en un proceso celebrado en 1921. La falta de pruebas, la manifiesta hostilidad de los jueces contra el movimiento obrero y el honesto pasado de ambos italianos hicieron que la opinión pública mundial se rebelase contra la condena. Organizaciones democráticas y socialistas se movilizaron en todo el mundo para evitar la ejecución, que fue confirmada en septiembre de 1925, siendo Sacco y Vanzetti ejecutados el 23 de agosto de 1927.

En esas historias hay muchos personajes desesperados y que se hunden. Cuando se escribe, hay que hacerlo de tal manera que detrás de la desesperación surja la posibilidad de algo nuevo, y detrás del hundimiento, el poder emerger⁶.

Su primera novela, *Die Gefährten* (*Los compañeros*) (1932), que se refiere a los años 1919-1929, y que se desarrolla en diferentes países —Hungria, Italia, Francia, Bélgica, Polonia, Bulgaria y hasta China—, trata de la vida de militantes comunistas después de las derrotas revolucionarias en sus respectivos países en 1918/19. En esta novela se muestra claramente que Anna Seghers suele partir de las derrotas para ir narrando los acontecimientos posteriores. El conflicto entre lo privado y la política vuelve a ser un tema central que los personajes de la novela resuelven de una manera radical: renuncian a la vida privada, encontrando en la dedicación política y la entrega a la causa revolucionaria todo su destino existencial. En los años del exilio Anna Seghers fue adquiriendo una visión más ajustada a la realidad, y aunque no varió sustancialmente sus convicciones ideológicas supo desprenderse de un cierto mesianismo o moralismo que reflejan sus primeras obras.

EL EXILIO: 1933-1947

El 30 de enero de 1933 Adolfo Hitler fue designado Canciller del Reich por el presidente von Hindenburg. El 1 de febrero se disolvió el Parlamento y se convocaron elecciones para el 5 de marzo de 1933. El partido de Hitler obtuvo el 43,9 por 100 del total de los votos. En

⁶ Cfr. Ulrich Döring, «Anna Seghers», en *Kritisches Lexikon zur deutschsprachigen Gegenwartsliteratur*, München, Edition Text und Kritik, 1978.

mayo se prohibían todos los partidos y sindicatos, a excepción del nazi y del Frente Nacional-Socialista del Trabajo. El terror había comenzado.

Abandoné Alemania en 1933, después de haber sido detenida por la policía y de que me tuvieran continuamente vigilada¹.

Con esas palabras, sin patetismo, con la sencillez con la que solía hablar de sí misma, cuenta Anna Seghers el comienzo de su exilio. Hasta noviembre de 1938 se habían exiliado cerca de 142.000 personas². Entre ellas numerosos escritores como Thomas y Heinrich Mann, Erich Arendt, Johannes R. Becher, Bertolt Brecht, Egon Kisch, Alfred Döblin, Louis Fünberg, Ludwig Renn, Stephan Hermlin y otros muchos. Otros muchos fueron internados en campos de concentración, como Willi Bredel, Carl von Ossietzky o Erich Mühsam, que fue torturado hasta la muerte.

Al contrario que otros muchos autores, Anna Seghers no vivió el exilio como un momento de crisis artística. Ella comprendió ese tiempo como tarea política para ayudar a acabar con el fascismo empleando para ello el arma de su literatura. De ahí deriva tanto su enorme producción artística, como sus actividades culturales, sociales y políticas. Desde 1933 hasta 1935, junto a los escritores Oskar Maria Graf, Wieland Herzfelde y Jan Petersen, forma parte de la redacción de la revista mensual de literatura y crítica *Neue Deutsche Blätter* (*Nuevas Páginas Alemanas*), que se editaba en Praga. El nombre de Jan Petersen aparecía sustituido en la portada de la revista por

¹ Cfr. Kurt Batt, *Anna Seghers. Versuch über Entwicklung und Werke*, Verlag Philipp Reclam jun., Leipzig, 1973, pág. 81. Citado también en el periódico de Berlín *Tägliche Rundschau*, 24 de abril de 1947, pág. 3.

² Cfr. *Deutsche Literaturgeschichte. Von den Anfängen bis zur Gegenwart*, Stuttgart, J. B. Metzlersche Verlagsbuchhandlung, 1979, págs. 318-320.

tres estrellas, pues trabajaba clandestinamente en Berlín. Ya en el primer número hacían una declaración contra los que abogaban por un esteticismo apolítico:

No existe la neutralidad. Para nadie. Sobre todo no la hay para los escritores. Incluso el que calla toma parte en la lucha. Quien asustado y confundido por los acontecimientos se refugie en su exilio interior, quien convierta el arma de la palabra en un juguete o en mero adorno, quien, aclarado, se resigne, se condena a sí mismo a la esterilidad social y artística y abandona el campo al enemigo³.

En 1934 viaja clandestinamente por Austria y en 1935 y 1937 participa en los Congresos Internacionales para la Defensa de la Cultura celebrados en París y Madrid respectivamente. La preocupación de Anna Seghers se centraba entonces en la pregunta de cómo le había sido posible al fascismo instalarse en el interior de las personas y qué fuerzas habría que utilizar para superarlo. La cuestión nacional, los temas de la historia más reciente pasan a ser su tema narrativo principal. En la novela *Der Kopflohn. Roman aus einem deutschen Dorf im Spätsommer 1932* (*La recompensa. Novela de un pueblo alemán a finales del verano 1932*), editada en Amsterdam en 1933, insiste en las condiciones y las causas que propiciaron la toma del poder por los nazis en Alemania. El hecho de abordar un tema campesino suponía, además, una novedad, dado que los comunistas habían desatendido enormemente la lucha de clases en el campo y Anna Seghers se resistía a dejar esa temática en manos de los escritores popular-costumbristas.

La novela trata del joven trabajador Johann Schulz, que en el verano de 1932 busca refugio en un pueblo del

³ Cfr. *Neue Deutsche Blätter*, núm. 1, 1933, pág. 3.

Rhin, en casa de unos parientes, pues en una manifestación de parados, celebrada en Leipzig, mató a un policía que intentaba reprimirlos. Aunque oculta su acción, en una ciudad cercana aparecen carteles ofreciendo una recompensa por su cabeza. Anna Seghers narra las contradicciones que se van provocando en todos los habitantes del pueblo hasta que Johann es denunciado y muerto por agentes de la policía nazi. Nuevamente una derrota que, sin embargo, no aparece como definitiva. Da la sensación que a Anna Seghers se le hubiera quedado grabada para siempre la célebre frase de Rosa Luxemburgo de que el camino victorioso de la clase obrera y de la izquierda estaría empedrado de derrotas⁴.

Las razones de la derrota del movimiento obrero las vuelve a tratar en la novela *Der Weg durch den Februar (El camino por febrero)* (1935), donde narra el levantamiento obrero austriaco contra el régimen de Dollfuss.

En la novela se pone especial interés en ver cómo se va adquiriendo la conciencia de clase, adormecida en un primer momento en los trabajadores socialdemócratas, pero que despierta en la lucha abierta contra la reacción. Los hombres normales, los más sencillos, van desarrollando una fuerza no sólo política, sino un enorme potencial de resistencia. Esa fuerza de los débiles va a ser desde entonces una constante en toda la obra de Anna Seghers⁵. Desde la perspectiva de la novela se desprende que la responsabilidad de la derrota era de la dirección del Partido Socialdemócrata austriaco, que en el momento decisivo no supo ponerse a la cabeza del movimiento. La escisión del movimiento obrero será una causa del triun-

⁴ Rosa Luxemburg (1871-1919). Importante dirigente del movimiento obrero alemán. Fundadora en 1918 del Partido Comunista de Alemania, del que fue presidenta. Días después de la fundación del partido fue asesinada por elementos contrarrevolucionarios.

⁵ Vid. Anna Seghers, *Die Kraft der Schwachen. Neun Erzählungen*, Berlín und Weimar, Aufbau Verlag, 1965.

fo del fascismo y dos años más tarde se procurará poner fin a esa escisión en el VII Congreso de la Internacional Comunista⁶.

Esa voluntad unitaria se verá reflejada en otras novelas de Anna Seghers. *El camino por febrero* no puede catalogarse como novela de reportaje o simple documental, y tampoco tiene una autenticidad sólo basada en los hechos, pero la ficción se asienta siempre en los acontecimientos reales.

En este libro se tratan los acontecimientos de Austria en forma novelada. Algunos episodios están muy comprimidos; no se reflejan los nombres de personas o calles. Pero está fielmente narrada la actitud de las personas. También las acciones donde se pone de manifiesto su carácter y, sobre todo, la ley de los hechos⁷.

Paralelamente a su actividad literaria, Anna Seghers se dedica también en estos primeros años del exilio al estudio sobre cuestiones estéticas y de teoría literaria. Hay que destacar su controversia con Georg Lukács sobre el realismo⁸. Ambos coinciden sobre el objetivo —dar a conocer la realidad para transformar—, pero sobre el método se observan importantes divergencias. En contraposición a Lukács, que hace especial hincapié en el momento racional de la producción artística, Anna Seghers diseña los elementos de una estética de la experiencia, en cuyo centro estaría el concepto de la inmediatez de la representación y el efecto. Anna Seghers, poniendo como ejemplo a Tolstoi, desarrolla un modelo de creación en tres eta-

⁶ En el VII Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en 1935, se fijó la creación de frentes populares amplios contra el fascismo y la guerra. Esa nueva estrategia supuso la formación del Gobierno del Frente Popular en España en 1936, entre otros.

⁷ Cfr. Anna Seghers, *Der Weg durch den Februar*, París, Edition du Carrefour, 1935 y Berlín, Verlag des Ministeriums für Nationale Verteidigung, 1959.

⁸ Vid. Georg Lukács, *Essay über Realismus*, Werke, tomo V, Neuwied, 1976.

pas: en primer lugar el artista vive la realidad de una forma directa e inmediata, al igual que la naturaleza repercute en un niño; en el segundo momento trata de hacerse consciente de nexos y relaciones. Ahí se corre el peligro de perder la inmediatez y la frescura. En el tercer momento hay que alcanzar el escalón donde los resultados de su reflexión forman parte de su naturaleza misma. Anna Seghers partió siempre de la convicción de que el arte no debe restarle encanto al mundo. No hay que extrañarse de que intentara desplegar todas las fuerzas hechizadoras del arte, incluso durante el difícil exilio. Por ejemplo en *Sagen von Artemis (Leyendas de Artemisa)* (1938) y *Die schönsten Sagen vom Räuber Woynok (Las más bellas leyendas del bandido Woynok)* (1940), en donde situaciones arquetípicas y las experiencias del momento se funden en una realidad poética.

En 1937 escribe la novela *Die Rettung (El rescate)*, editada en Amsterdam. Junto a las novelas *Der Kopflohn, Das Siebte Kreuz (La séptima cruz)* (1942), *Transit (Visado de tránsito)* (1944) y *Die Toten bleiben jung (Los muertos no envejecen)* (1949) forma parte del gran ciclo dedicado a Alemania. En *El rescate* trata por primera vez el proceso de transformación de un personaje central. Tras una explosión de grisú en una mina, que causa cuarenta y seis muertos, siete supervivientes esperan ocho días, a setecientos metros de profundidad, que les rescaten. El protagonista, el picador Andreas Bentsch, mantiene la fuerza y la esperanza frente al pánico y la desesperación que les va invadiendo, hasta que son rescatados. Pero sus problemas reales empiezan inmediatamente después del rescate. Ante el inminente cierre de la mina, sus compañeros le piden consejo, pero él no sabe qué hacer, se siente impotente.

Anna Seghers narra las consecuencias nefastas del paro en la psicología de las gentes y en sus relaciones.

Especial interés cobra la cuestión de cómo se reacciona ante las crisis políticas y sociales, por qué unos se dejan engatusar por el fascismo y otros —como el protagonista Bentsch— desarrollan finalmente la fuerza para resistir. Después de la toma del poder por los nazis, el hombre normal, apolítico, que era Bentsch, se decide a actuar políticamente pasando a la clandestinidad, después de la detención de Lorenz, un amigo comunista. Junto a la derrota y resignación vuelven a surgir elementos de esperanza, la posibilidad de superar los peores momentos y la capacidad de desarrollo de las personas más normales y sencillas. En la novela se encuentran también unas cuantas reflexiones sobre la concepción de la Internacional Comunista del Frente Popular como única estrategia posible para enfrentarse al fascismo.

Ante el avance del ejército nazi por tierras francesas, Anna Seghers se traslada en 1940 a Marsella y en 1941 a México, donde permanecerá hasta su regreso a Alemania en 1947. En Méjico trabaja en la revista *Alemania Libre* y preside el Club Heine. En 1942 publica su mundialmente conocida novela *La séptima cruz*, cuyo primer capítulo se había publicado en 1939 en la revista *Internationale Literatur* en Moscú. La novela trata de la huida de siete presos del campo de concentración de Westhofen, cerca de Maguncia, de los que sólo se salvará uno, Georg Heisler. Anna Seghers se inspiró en la estructura de *Los novios*, la novela de Manzóni (1827)⁹. El motivo de la huida resulta casi un pretexto para narrar los comportamientos

⁹ Alejandro Manzóni (1785-1873). Uno de los más importantes representantes del romanticismo italiano. Su obra en prosa más conocida es la novela histórica *I promessi sposi* (*Los prometidos*), que trata de los amores entre el hilador de seda Renzo y Lucía, una joven sencilla en la Italia del siglo xvii, toda vía bajo dominación española.

de las gentes en la situación político-social concreta de la Alemania nazi. La autora pretende principalmente presentar la fuerza y la voluntad inquebrantable del ser humano en un país prácticamente dominado por el fascismo. La voluntad y la fuerza para resistir no se presentan como patrimonio exclusivo de los políticamente activos, o de los comunistas, sino también de gente apolítica, de gente de la calle, como un párroco, un médico judío, un aprendiz de jardinero o una modista. Todos ellos desarrollan la fuerza de su humanidad para procurar la huida. La novela muestra que en la transformación, en el cambio individual, puede ir implícito el cambio del conjunto, de la totalidad. Pero la esperanza sólo puede convertirse en realidad en la medida que todas las fuerzas antifascistas o de progreso se unan en la causa común. A través de una técnica virtuosa de montaje, del discurso vivo, del monólogo interior, así como mediante la utilización de motivos realistas e irreales como lo mitológico, la leyenda, lo bucólico-idílico, los motivos y simbología religiosa, la novela constituye un punto culminante en la obra de Anna Seghers.

En 1944 se publica en México, en versión española, su novela *Visado de tránsito*, que es otra de sus obras maestras y que está considerada como la principal novela que se haya escrito sobre el exilio.

UNA NUEVA ÉPOCA: 1947-1983. EL REGRESO

El 8 de mayo de 1945 capitulaba el III Reich. La guerra había causado entre los alemanes cerca de ocho millones de muertos. Prácticamente no había ciudad, pueblo, fábrica, teatro o familia que hubiera quedado intacta. Los doce años de fascismo y la guerra no habían desembocado en un movimiento de liberación, sino que condujeron a un embrutecimiento general, a la desmoralización y al

abandono de los valores y la dignidad humanos; esta situación imponía la necesidad de una renovación en todos los ámbitos de la vida, pero al mismo tiempo la hacía casi imposible.

Anna Seghers escribió refiriéndose a su regreso del exilio:

Quando volví del exilio atravesé Alemania de oeste a este. Las ciudades estaban destruidas y los hombres estaban igualmente derruidos en su interior. Entonces Alemania ofrecía una «unidad» de ruinas, desesperación y hambre¹.

Entre 1947 y 1949 regresan a Alemania, a la zona de administración soviética, la mayor parte de los escritores exiliados. Entre ellos cabe destacar a Willi Bredel, Johannes R. Becher, Friedrich Wolf, Ludwig Renn, Bertolt Brecht, Ernst Bloch, Wieland Herzfelde, Stefan Heym, Arnold Zweig, Jan Petersen, Stephan Hermlin y Erich Arendt. El regreso de tantos escritores a la zona que más tarde sería la República Democrática Alemana, le dio a la literatura durante ese periodo una gran homogeneidad política y estética. Es cierto que muchos de ellos tuvieron que dedicarse algunos años a actividades al margen o totalmente alejadas de la literatura, pues la ausencia de personas cualificadas exigía su trabajo en tareas de administración.

No fue ese el caso de Anna Seghers, que había optado por la parte de Alemania que mantenía más consecuentemente la tradición de la lucha antifascista y que trataba de construir una sociedad socialista. Pero no optó de una forma pasiva, sino que decidió representar al estado so-

¹ Cfr. Anna Seghers, «Der Anteil der Literatur an der Bewusstseinsbildung des Volkes», en *Über Kunstwerk und Wirklichkeit*, Berlín, Akademie Verlag, 1979.



Anna Seghers con Erich Honecker

cialista alemán en todos los foros literarios y de la política cultural. De 1952 a 1978 fue la secretaria general de la Asociación de Escritores de la República Democrática Alemana, alcanzando numerosos premios y distinciones por su labor.

Desde un punto de vista literario, la voluntad de Anna Seghers era ayudar a erradicar el fascismo de las mentes y los corazones de las personas. Consideraba que la literatura podía contribuir de una manera decisiva a ello. En su ensayo *Las tareas del arte*, escrito durante su exilio mexicano, sienta las bases teóricas de su quehacer literario durante los primeros años de la posguerra. El concepto de lo inmediato pasa a primer plano y se convierte en el punto central de su interés. En 1949 aparece su novela *Los muertos no envejecen*, que venía escribiendo desde cuatro años antes. Es la crónica de toda una época, que se extiende desde 1918 a 1945. Anna Seghers procura mostrar en esta novela el carácter de las fuerzas reaccionarias, cuya base social se encuentra en la industria, los terratenientes y el ejército. La novela comienza con el asesinato de un trabajador, Erwin, por representantes de dichas fuerzas sociales, que les anuncia su inevitable declive ante el avance del movimiento obrero. La novela acaba con el fusilamiento de Hans, un hijo de Erwin, pero éste tiene un hijo que continuará decididamente la lucha: los muertos no envejecen. Nuevamente la esperanza se eleva por encima de las derrotas. En otras muchas narraciones se trata de la división de Alemania y las tensiones entre ambos estados en los años de la posguerra². De esa época

² La división de Alemania quedó consumada después de que los partidos políticos de la zona occidental votaran la Ley Fundamental Alemana en mayo de 1949, eligiéndose en septiembre canciller federal a Konrad Adenauer. En la zona oriental se constituyó el 7 de octubre de 1949 el Consejo Popular Alemán, que puso en vigor la Constitución de la República Democrática Alemana. Wilhelm Pieck fue elegido presidente y Otto Grotewohl, primer ministro. Los ofrecimientos soviéticos de 1951, 1956 y 1961 de crear una confederación de ambos estados alemanes fueron siempre rechazados por la República Federal Alemana.

son *Das Ende (El final)* (1946), *Die Saboteure (Los saboteadores)* (1948), *Die Rückkehr (El regreso)* (1949), *Die Linie (La línea)* (1950) y *Der Mann und sein Name (El hombre y su nombre)* (1952).

En *El regreso*, el protagonista, Werner Funk, que abandona la zona de administración soviética para pasarse a Occidente, llega a la conclusión de que allí no ha variado nada: «Es como si hubiese cambiado mi futuro por un buen café.» Consecuentemente regresa a la zona oriental, porque allí lo necesitan, porque allí se está construyendo verdaderamente algo nuevo. La representación de los conflictos es sin duda esquemática y se ha criticado a esta narración un moralismo un tanto rígido: occidente, malo, oriente, bueno.

En *El hombre y su nombre* el antiguo nazi Walter Retzlow permanece en la República Democrática Alemana bajo el nombre falso de Heinz Brenner. Inicialmente se muestra escéptico con el nuevo orden social, pero poco a poco va desarrollando una actitud positiva, ingresa en el Partido Socialista Unificado³, pero oculta a los camaradas su identidad y su historia anterior. Cuando, habiendo adquirido la confianza suficiente, decide contarlo, la reacción es tajante; se le expulsa del partido como elemento dañino. La confrontación entre sistemas sociales antagónicos no admite indulgencias. Tras un largo tiempo de aislamiento social encuentra en su relación con Katharina una nueva aceptación social y la felicidad en la esfera privada.

Los personajes, sus actitudes y los conflictos que Anna Seghers presenta en estas narraciones han sido calificados como típicos, y el estilo utilizado criticado por falta de gusto y un excesivo ascetismo⁴. Aun dando por válida la

³ El Partido Socialista Unificado de Alemania se fundó en abril de 1946 en zona de administración soviética, a raíz de la unificación del Partido Comunista y el Partido Socialdemócrata.

⁴ Ulrich Döring, «Anna Seghers», en *Kritisches Lexikon*, op. cit., pág. 11.

crítica, se debe tener en cuenta el contexto de guerra fría y la situación política en Alemania, que determinaba muchas actitudes. La estructura de estas narraciones tiene un especial significado en la obra de Anna Seghers. Se cuenta la evolución de las personas paralelamente al desarrollo de los hechos históricos. Esa evolución puede ser descrita como el surgimiento de la fuerza de los más débiles, que dará precisamente título a un libro de narraciones, publicado en 1965. Los más débiles van a ser en muchas ocasiones las mujeres, en quienes Anna Seghers ve el mayor potencial transformador y también quienes tienen mayor capacidad de encajar las situaciones más adversas. Algunos títulos relevantes serían *Crisanta* (1951), *Vierzig Jahre der Margarete Wolf* (*Cuarenta años de Margarete Wolf*) (1959), *Agathe Schweigert* (1965) y *Drei Frauen aus Haiti* (*Tres mujeres de Haití*) (1980).

Anna Seghers consideraba que la función principal de su literatura era describir el cambio en todos los ámbitos de la vida en la República Democrática Alemana. A ello dedicará dos de sus principales novelas: *Die Entscheidung* (*La decisión*) (1959) y *Das Vertrauen* (*La confianza*) (1968). Sobre *La decisión* diría:

Para mí lo principal era mostrar cómo en nuestro tiempo la ruptura, que ha escindido el mundo en dos bloques, se manifiesta incluso en lo más íntimo de nuestras vidas, en lo más privado⁵.

En ambas novelas abordará la relación entre la vida privada, la vida normal y corriente, y la vida política bajo las circunstancias de ese mundo roto en dos partes.

En *La decisión* se muestra, por primera vez, a la clase obrera en el poder, que a pesar de todas las dificultades iniciales decide tomar las riendas del destino en sus propias manos y entrar así en su propia historia. En *La con-*

⁵ *Ibid.*, pág. 12.

fianza narra los acontecimientos del 17 de junio de 1953 en Berlín⁶, que no se tratan como el intento de golpe de estado por fuerzas contrarrevolucionarias, sino que tienen su origen en el insuficiente trabajo del partido en ganarse la confianza de los trabajadores y en explicar la nueva situación. Es asimismo una crítica a las posiciones autoritarias verticales y burocráticas de parte de la dirección del partido, incapaz de confiar en los sectores más decididos de los trabajadores, aunque éstos carecieran todavía de suficiente experiencia y comprensión política.

La búsqueda de la identidad y la función del arte y la literatura van a ser el tema principal de sus narraciones desde entonces. Ello será el tema central de su novela *Überfahrt (La travesía)* (1971) y de las narraciones *Das wirkliche Blau (El azul auténtico)* (1967) y *Sagen von Unirdischen (Leyendas Extraterrestres)* (1973). En *El azul auténtico*, Benito, un alfarero mexicano, sale a la búsqueda de un colorante azul, que sea inconfundible. Por fin lo encuentra en Rubén, otro alfarero. Trata entonces de vencerle de que ese color magnífico sólo tiene sentido si lo muestra, si con él provoca la alegría en otras gentes.

La simbología del color que aquí cobra una enorme dimensión poética, viene a ser un canto al arte como unión entre lo bello y lo práctico, un canto a la superación de la enajenación en su dimensión social.

Sobre la función de la literatura, ahonda en la narración *Die Reisebegegnung (El encuentro)* (1973), que es un encuentro ficticio entre Gogol, Kafka, y E.T.A. Hoffmann. Este último, reflexionando sobre su trabajo, llegará a decir:

⁶ El 17 de junio de 1953 se producen en Berlín manifestaciones para protestar por la grave situación económica que atravesaba la R.D.A. El descontento popular trató de ser manipulado por fuerzas anticomunistas, teniendo que intervenir el ejército aliado soviético para establecer la calma.

Habría que buscar un camino, una brecha en el muro. Hay que dejar que luzca siempre un puntito de luz⁷.

Ese puntito de luz, esa fuerza de los débiles, de los desposeídos no la perdió nunca Anna Seghers. En su obra queda todavía mucha luz por descubrir.

«LA REVUELTA DE LOS PESCADORES DE SANTA BÁRBARA»: HISTORIA DE UNA DERROTA

La revuelta de los pescadores de Santa Bárbara apareció en el otoño de 1928 en la editorial Gustav Kiepenheuer. Fue su primer libro. Teniendo en cuenta que Anna Seghers era una perfecta desconocida en la escena literaria de la República de Weimar, llama la atención el gran éxito que obtuvo con él. La prensa se ocupó del libro desde un primer momento¹, pero el reconocimiento oficial lo logró con la concesión del Premio Kleist. Dicho premio lo habían recibido con anterioridad escritores de la talla de Bertolt Brecht, Alfred Döblin, Leonhard Frank, Carl Zuckmayer y Arnold Zweig. Al premio se habían presentado 800 títulos. Hans Henry Jahnn, responsable de los premios de la Fundación Kleist concedió el premio a Anna Seghers por *La revuelta de los pescadores* y por la narración corta *Grubetsch*. Argumentó su decisión al observar en el libro un gran talento en los aspectos formales².

⁷ Cfr. Anna Seghers, «Die Reisebegegnung», en *Sonderbare Begegnungen*, Berlín und Weimar, Aufbau Verlag, 1973.

¹ Hans Sahl, crítico literario del periódico *Berliner Börsen-Courir*, escribía en el número 531 del periódico en 1928: «Seghers, un nuevo escritor, cuya primera novela es una joya. Su lenguaje tiene el ritmo dramático, la concisión magnífica de las narraciones de Kleist.» Otros comentarios laudatorios los escribe Ernst Toller en el *Berliner Tageblatt*, núm. 606 de 1928. Cfr. Friedrich Albrecht, *op. cit.*, pág. 268.

² *Vid.* Hans Henry Jahnn, «Kleist Preis 1928», en *Der Schriftsteller*, 11-12/1928.

La prensa acogió favorablemente la concesión del premio, aunque hubo quien consideró que la decisión había sido principalmente política³. En cualquier caso, años después *La revuelta de los pescadores* estaba traducida en otras lenguas⁴.

El libro narra la vida de los pescadores de un pequeño lugar y su lucha por lograr condiciones de vida más dignas. El levantamiento acabará en derrota.

Los pescadores viven de las ganancias que les reporta la pesca anual, que realizan en los barcos de la Sociedad de Armadoras Reunidas. Por su trabajo no reciben jornal, sino una parte de la pesca, que pueden poner a la venta sobre la base de los precios que dicta la sociedad de armadores. El resto del año pueden dedicarse a la pesca libre en sus propios botes, pero los ingresos son tan escasos, que apenas pueden sustentarse. Con cada invierno llegan la miseria y las privaciones, que sólo pueden afrontarse solicitando anticipos a la Armadora. En los últimos años la situación en los pueblos ha empeorado considerablemente. Existen las condiciones objetivas para levantarse contra la explotación. El triunfo del levantamiento en Port Sebastian, un pueblo cercano donde se han logrado las reivindicaciones, anima a los pescadores de Santa Bárbara a emprender acciones coordinadas para la lucha. Pero sólo cuando llega Hull, que desencadenó la revuelta en Port Sebastian, se inician los planes organizadamente.

La acción comienza un día de octubre con el viaje de Hull a Santa Bárbara. Los acontecimientos de las dos semanas siguientes se narran en detalle y suponen las dos quintas partes del libro. Hull se da a conocer a los pesca-

³ Cfr. Friedrich Albrecht, *op. cit.*, pág. 269.

⁴ El libro apareció en Moscú, Leningrado y Londres en 1929, en Moscú, Leningrado, Nueva York, Oslo y Estocolmo en 1930, en París en 1931 y en Madrid en 1933. Cfr. Brigitte Melzweg, *Deutsche Sozialistische Literatur 1918-1945*, Berlín und Weimar, 1975.

dores. Su renombre como dirigente de los hechos de Port Sebastian le confieren una indiscutible autoridad. Envía mensajeros a los pueblos vecinos de St. Blé, Wyk y St. Elnor para que convoquen una asamblea en Santa Bárbara. En la asamblea se elabora una tabla reivindicativa, exigiendo anticipos, nuevas tarifas y mejores precios. Caso de no atenderse las reivindicaciones, impedirían la salida de los barcos en primavera, cuando se produce la pesca principal.

Los ánimos están tan excitados que esa misma noche, después de la asamblea, un grupo de pescadores le da a Bruyk, otro pescador, una paliza por quedarse al margen de forma egoísta. Una semana después Hull, acompañado por el joven Andreas, va a St. Elnor y St. Blé para dar fuerza a la gente de allí y mantenerla unida en torno a las reivindicaciones. La narración se corta ahí. La necesidad y el hambre empiezan a provocar enfermedades entre la gente de Santa Bárbara. Pero durante ese tiempo los pescadores no inician acción alguna y aguardan hasta la primavera. Entonces empieza de nuevo la acción. A medida que se acerca la fecha para embarcar, los ánimos van encrepándose. Un acontecimiento casual será el detonante. Los pescadores propinan a Bredel, hijo del armador, una paliza enorme, que le deja inconsciente, cuando se atreve a buscar a la prostituta Marie en la taberna de los pescadores. Lo llevan hasta la fonda de los comerciantes y los armadores, lo arrojan allí mismo y aprovechan para manifestarse y hacer públicas las reivindicaciones. Al día siguiente continúan manifestándose y eligen delegados para que inicien negociaciones en Port Sebastian. Todos confían en el éxito, pero una semana después regresa la delegación con las manos vacías y habiendo sido detenido uno de ellos. Entonces estalla la indignación. Los pescadores destrozan la oficina de la Armadora. La lucha entra en un estado crítico. La Armadora muestra su poder:

envían policía a Santa Bárbara y se producen varias detenciones. Ante las amenazas y el hambre, los pescadores de fuera llegan a un acuerdo a la baja con la Armadora. Los pescadores de Santa Bárbara se mantienen firmes, aunque solos, logrando impedir en dos ocasiones que los esquiroles embarquen.

Los soldados, que protegen los barcos, abren fuego en una ocasión contra los manifestantes matando al pescador Kedennek. Se empieza a fraguar la derrota. El hambre se hace insostenible. Bruyk y algunos otros deciden romper la huelga. Las mujeres, que habían resistido firmemente hasta entonces, se derrumban. El joven Andreas, en un acto desesperado, sabotea el barco *Marie Farère*, que se había hecho a la mar, provocando su hundimiento parcial. Tiene entonces que esconderse en los acantilados, hasta que finalmente lo descubren y lo matan. Hull, que se había refugiado en Isla Margarita, decide regresar a Santa Bárbara para convencer a los pescadores de que mantengan la lucha. Antes de que ocurra nada lo detienen. La prostituta Marie es también víctima de la represión. La narración acaba cuando el vapor *Marie Farère*, que ha sido recuperado, vuelve a hacerse a la mar.

En cuanto a los personajes podemos distinguir varios grupos. La masa de los pescadores es, naturalmente, la portadora de la acción. En los momentos culminantes, también en los cambios definitivos, son los principales protagonistas. Aparecen como una fuerza unitaria, donde el ser individual permanece anónimo, o como en el caso de Nyk, que le da al joven Bredel la paliza, se convierte momentáneamente en desencadenante de las acciones posteriores. Los soldados y otros personajes secundarios como Katarina Nehr, Desak, el capitán Adrian Six, Bredel o Franz Bryk, sólo tienen una razón de ser por la intención épica de la narración, pues ni siquiera sus ca-

racterísticas o su forma de vida merecen ser resaltadas.

Los protagonistas auténticos de la narración, Johann Hull, Andreas Bruyn, Kedennek, Marie, Marie Kedennek, lo son, dado que su destino está condicionado por el levantamiento. La autora les concede además un interés mayor, no sólo en función de los acontecimientos, sino al dotarles de una imagen sociológica compleja, que trasciende la propia esencia de la revuelta.

Las condiciones de vida de los pescadores hacen que entre ellos no existan diferencias sociales. Forman una tipología particular, con rasgos de carácter muy concentrados y unitarios. Su actitud no muestra apenas diferencias con los pescadores de cualquier costa del norte de Europa: parcos en palabras, recatados, torpes y lentos pensando, remisos para actuar, pero rigurosos a la hora de emitir un juicio y de una consecuencia y firmeza de principios innegable. La similitud de sus formas de vida y de su propia psicología crean unas condiciones subjetivas propias para que se mantengan unidos en su lucha contra la Armadora. La miseria de la vida cotidiana no les lleva a acciones individuales desesperados o a desmoralizarse. Al contrario. La penuria les une y juntos pueden soportarla mejor. La solidaridad sin sentimentalismos, algo que se sobreentiende, que marca una diferencia fundamental con la gente de fuera, que en los momentos de mayor tensión cede. El contrapunto es Franz Bruyk, el esquirol. Se distancia de los suyos porque la Armadora le ha prometido un puesto para su hijo en la Escuela de Navegación. Opta por traicionar la causa común a cambio de su propio beneficio. En cualquier caso, no resulta un estereotipo o una figura caracterizada con exageración.

Kedennek pertenece a la generación de los pescadores de mayor edad, cuya experiencia ha marcado su vida. Sin ilusión, de un realismo insoportable, conocedor de todos los límites. Sin embargo, estará siempre en primera línea.

En el momento de mayor tensión mostrará su verdadero carácter insobornable y morirá por los disparos de los soldados. La muerte, irreparable, le elevará en su enorme dimensión humana. En la muerte se concentra el sentido de una vida honesta, honrada y de clase.

Su mujer, Marie Kedennek, cobra especial significado, porque en ella más que en ningún otro personaje se personifica la miseria de la vida diaria. Su marido tenía la compañía de la mar y la taberna, pero ella está sola, atendiendo a los hijos y ocupándose de las faenas de la casa. No disimula su odio a Hull, causante de la revuelta, pero no abandona nunca su posición de clase y en la derrota crece su conciencia y su dignidad.

La prostituta Marie es otro personaje femenino importante. A pesar de su oficio, mantiene una actitud digna y se mantiene fiel a los pescadores. No delata a Hull y auxilia a Andreas, cuando éste se encuentra huido. Sufre la brutal violación de los soldados, pero no significará su quebranto una humillación definitiva. En sus manos aferrará su pañuelo amarillo, símbolo de la esperanza, que nadie ha sido capaz de arrebatarse. A pesar de su trágico final, su vida conserva una chispa de humanidad indestructible. Anna Seghers avanza en el destino de ambas mujeres su idea de la fuerza de los débiles. No es casualidad que haga portadora de la misma a las mujeres más desvalidas.

En el joven Andreas Bruyn encontramos una síntesis detallada del carácter de la obra. Un joven ávido de vida y de alegría. Con todos los atributos de una juventud indomable, con sus esperanzas, sus utopías, su franqueza, con una ligereza y anhelo de nuevos horizontes, con deseo de medir sus fuerzas, de llevar una vida intensa. Su ansia de alegría desemboca en vivir la revuelta apasionadamente. La estrechez y el letargo de lo cotidiano le ahogaba. Hull representa para él lo extraño, lo ajeno, la expe-

riencia. En sus conversaciones con él se le despiertan las ganas de aventura, de amor. Precisamente, en los días de la revuelta conoce el amor mercenario de Marie. Su voluntad de mantenerse fiel a la decisión de la asamblea de impedir la salida de los barcos le lleva al acto individual y propio de un voluntarismo infantil, aunque profundamente reflexionado, de sabotear la *Marie Farère*. Su muerte por los disparos de los soldados le abre la puerta a la alegría y a la felicidad tan anhelada: no se puede matar la esperanza.

Hull es, sin duda, el dirigente de la revuelta. Sin embargo, no se especifica quién es. Se sabe que ha surcado diferentes mares, que conoce mundo, que dirigió el motín revolucionario en la *Alessia* y el levantamiento en Port Sebastian. Pero no tiene más argumentos que las continuas llamadas a la unidad y a evitar la salida de los barcos. Es incapaz de reaccionar, de cambiar de táctica ante las diferentes situaciones. Parece que el interés en desencadenar la revuelta no es tanto para superar la resistencia de la Armadora, como para vencer sus demonios interiores. Continuamente lucha contra su desgarramiento, su soledad, ni siquiera Marie la prostituta acepta su solicitud. Los pescadores, aún reconociéndole como cabecilla, no le tienen especial simpatía. Finalmente, derrotada la revuelta, decide su regreso a Santa Bárbara. En su detención encontrará el sentido de su lucha.

Anna Seghers, en una carta enviada a la revista *Arbeiter-Sender*⁵ en diciembre de 1930, escribía que había pasado mucho tiempo en el mar y conocía bien la vida de los pescadores. A la hora de escribir *La revuelta de los pescadores de Santa Bárbara* podía recurrir a impresiones persona-

⁵ Cfr. Friedrich Albrecht, *op. cit.*, pág. 266.

les de personas y paisajes. Sin embargo, todos los pueblos y lugares a los que se refiere están inventados. El texto ofrece algunos puntos de apoyo para intentar la localización. Probablemente se trate de la Bretaña, por las características del paisaje y el clima oceánico. Pero Anna Seghers quiere evitar una localización en el espacio y el tiempo. La realidad resulta de los hechos en sí y trasciende los límites espaciales y temporales. La psicología de los personajes encierra un dramatismo, que no precisa ser situado.

El distanciamiento, objetividad en la exposición de los hechos, un lenguaje que renuncia a efectos emocionales, una precisión y rigurosidad, que evita cualquier patetismo, son las cualidades épicas más específicas, que marcan e impregnan toda la narración.

Junto a la sencillez expositiva, al abandono de cualquier ornamento, lo que en ocasiones puede provocar cierto rechazo, junto al empeño de la autora en utilizar un lenguaje casi telegráfico, escaso y repetitivo, surgen elementos de gran lirismo y contenido poético. Si el lector es capaz de superar la aspereza inicial, el carácter algo tosco del lenguaje y ese ir narrado golpe a golpe, verá que van surgiendo —verso a verso— la ternura y la tibieza de una narración, que viene a recordar la importancia de la dignidad humana.

BREVE NOTA SOBRE LA TRADUCCIÓN

Esta traducción se ha hecho de la 3.^a edición de *Der Aufstand der Fischer von St. Barbara*, de Aufbau Verlag, Berlin-Weimar, 1983.

Se han consultado también las ediciones de Kiepenheuer, Stuttgart-Berlín, 1928 y de Luchterhand, Darmstadt-Neuwied, 1981, sin haber observado diferencias entre ellas.

Hemos sido fieles al texto original, procurando respetar la concisión y el laconismo del lenguaje para no romper el estilo. Somos conscientes de que, en ocasiones, hay una excesiva repetición de los mismos verbos, pero no hemos querido evitarlo, pues ello hubiera alterado una de las características del propio texto. Otra traducción española —Fontanella, 1975— ha procurado resolver los problemas estilísticos que surgen del empleo excesivamente reiterado de oraciones enunciativas muy sintéticas o exageradamente simples y de los continuos punto y seguido, que no permiten ni una lectura ágil, ni recrearse inicialmente en ella. Pero tal traducción altera, a veces, el texto de Anna Seghers, aunque nunca su sentido.

Hemos preferido, a pesar de los riesgos, mantener el ritmo original, conscientes de que el lector paciente sabrá

encontrar en el conjunto de la narración los valores que la hicieron merecedora del premio Kleist en 1928.

A resolver problemas complicados de traducción me han ayudado Rita Janda y Carlos Fortea. Gracias. Mi agradecimiento también a María Teresa Zurdo, Beatriz Tena, Rogelio Ordóñez y José María Llorente.



BIBLIOGRAFÍA

SEGHERS, Anna, obra completa en la Editorial Aufbau Verlag, Berlín/Weimar, 1977-1980.

Novelas

- I. *Aufstand der Fischer von St. Barbara. Die Gefährten.*
- II. *Der Kopflohn. Der Weg durch den Februar.*
- III. *Die Rettung.*
- IV. *Das siebte Kreuz.*
- V. *Transit.*
- VI. *Die Toten bleiben jung.*
- VII. *Die Entscheidung.*
- VIII. *Das Vertrauen.*

Narraciones

- IX. 1926-1944: *Grubetsch. Die Ziegler. Die Wellblechhütte. Bauern von Hruschowo. Auf dem Wege zur amerikanischen Botschaft. Die Stoppuhr. Der Führerschein. Marie geht in die Versammlung. Der letzte Weg des Koloman Wallisch. Das Viereck. Die schönsten Sagen vom Räuber Woyнок. Sagen von Artemis. Reise ins Elfte Reich. Die drei Bäume. Das Obdach. Ein Mensch wird Nazi. Post ins Gelobte Land. Der Ausflug der toten Mädchen.*
- X. 1945-1951: *Das Ende. Die Saboteure. Das Argonautenschiff. Die Linie. Die Rückkehr. Crisanta. Friedensgeschichten. Die Tochter der Delegierten. Die verlorenen Söhne.*
- XI. 1952-1962: *Der Mann und sein Name. Der erste Schritt. Brot und Salz. Vierzig Jahre der Margarete Wolf. Karibische Geschich-*

ten: *Die Hochzeit von Haiti, Wiedereinführung der Sklaverei in Guadeloupe, Das Licht auf dem Galgen.*

- XII. 1963-1977: *Die Kraft der Schwachen: Agathe Schweigert, Der Führer, Der Prophet, Das Schilfrohr, Wiedersehen, Das Duell, Susi, Tuomas beschenkt die Halbinsel Sorsa, Die Heimkehr des verlorenen Volkes. Das wirkliche Blau. Überfahrt. Sonderbare Begegnungen: Sage von Unirdischen, Der Treffpunkt, Die Reisebegegnung. Steinzeit. Wiederbegegnung.*

Ensayos

XIII. *Aufsätze, Ansprachen, Essays (1927-1953).*

XIV. *Aufsätze, Ansprachen, Essays (1954-1979).*

Drei Frauen aus Haiti (1980), Aufbau Verlag, Berlín und Weimar.

Adaptaciones cinematográficas

El levantamiento de los pescadores, URSS, 1934. Dirección: Erwin Piscator.

La séptima cruz, EE.UU. 1944. Dirección: Fred Zinnemann.

Los muertos no envejecen, R.D.A., 1968. Dirección: Joachim Kunert.

El duelo, R.D.A., 1970. Dirección: Joachim Kunert.

Agathe Schweigert, R.D.A., 1972. Dirección: Joachim Kunert.

El junco, R.D.A., 1974. Dirección: Joachim Kunert.

La luz en el patíbulo, R.D.A., 1976. Dirección: Helmut Nitzschke.

La hija de la delegada, Polonia/R.D.A., 1977. Dirección: Wojciech Fiwek.

Obras traducidas al español

Visado de tránsito, trad. Angela Selke y Antonio Sánchez Barbu- do, México, ed. Nuevo Mundo, 1944.

El fin y otros cuentos, trad. Elena B. Miller, México, Centauro, 1947.

Las bodas de Haití, trad. Michael Faber-Kaiser, Barcelona, Seix Barral, 1968.

La revuelta de los pescadores de Santa Bárbara, trad. Barbara Wickers, Barcelona, Fontanella, 1975.

La séptima cruz, trad. Birgit Heinke, Madrid, Akal, 1976.

Leyendas extraterrestres, La Habana, Arte y Literatura, 1982.

La séptima cruz, trad. Manuel Olasagasti, Madrid, Alfaguara, 1983.

LA REVUELTA DE LOS PESCADORES
DE SANTA BÁRBARA

LA revuelta¹ de los pescadores de Santa Bárbara² terminó al tener que hacerse estos finalmente a la mar, en las mismas condiciones de los cuatro últimos años. Se puede decir que en realidad la revuelta ya había terminado antes de que trasladaran a Hull a Port Sebastian y de que Andreas muriera al intentar huir por los acantilados. El prefecto marchó, después de informar en la capital que la calma se había restablecido en la bahía. Santa Bárbara recuperaba así el aspecto de todos los veranos. Pero durante mucho tiempo, después de que los soldados se retiraran y los pescadores volvieran a la mar, la revuelta seguía aposentada en la vacía plaza del mercado, blanca, estivalmente desierta, y pensaba tranquila en los suyos, a los que había parido, criado, cuidado y protegido para lo mejor.

Un amanecer, a principios de octubre, Hull llegó a

¹ En alemán *Aufstand*: levantamiento, rebelión, insurrección, sublevación. Optamos por el término *revuelta* al tratarse en el texto simplemente de una huelga con algún enfrentamiento con las fuerzas del orden. En España existe otra edición con idéntico título. Cfr. Friedrich Albrecht, *Die Erzählerin Anna Seghers 1926-1932*, Berlín, Rütten & Loening, 1975, pág. 146. Cfr. Anna Seghers, *La revuelta de los pescadores de Santa Bárbara*, Barcelona, Fontanella, 1975.

² Todos los topónimos son de ficción. No existe además localización ni espacial ni temporal. Ello obedece a la voluntad premeditada de la autora de lograr un efecto de distanciamiento. Se han respetado los nombres originales, salvo el caso de St. Barbara y Margareteninsel, que hemos adecuado al sistema ortográfico español: Santa Bárbara e Isla Margarita.

Santa Bárbara en el pequeño y herrumbroso vapor. Venía de la Isla Margarita. Tras el levantamiento de Port Sebastian no había hecho otra cosa que dejar pasar el verano, en el banco de una taberna del puerto. Se había dedicado a curar su pie, del que cojeaba, como decían los pasquines, a consecuencia de un disparo.

El aire estaba cargado de lluvia. Un rebaño de carneros, encerrado junto a la sala de máquinas, balaba. El olor del aire salinoso, de los animales y del aceite de las máquinas se mezclaba para dar a la travesía un aroma dulzón. Apoyado en la borda, Hull seguía con la vista la blanca cicatriz que el barco iba abriendo en las aguas, que se cerraba, se abría y se cerraba y se volvía a abrir. Se le ocurrió entonces que tenía que tomar nota exacta de todo, no sólo de la cicatriz, sino también de los botones de la chaqueta del capitán, de los pájaros en el aire, y también del olor, de todo, en realidad de todo. Junto a él, único pasajero a excepción de los animales, se apoyaba una muchacha en la barandilla, mirando ensimismada al agua por entre su melena negra.

¿No había visto a menudo revolotear su pañuelo amarillo entre los marineros y los soldados, en la playa de la Isla Margarita? Ahora devolvía al pueblo su cuerpo flaco, tantas veces exprimido por los marineros, cuyo amor no había sido ni siquiera suficiente para poner adornos en sus morenos y enjutos brazos. La deseó de pronto. Por lo menos debía tocar su pecho antes de que aquella franja lejana se convirtiera en tierra. Pero la muchacha se apartó de él, se asomó a la sala de máquinas y le gritó algo al fogonero. Hull se fue hasta el otro extremo del vapor. Su corazón se llenó de decepción, asombrado de que una chica así pudiera ignorarle de ese modo. Miró de nuevo al agua. De nuevo sintió el ansia de tener que fijarse en todo. De repente pensó que todo aquello, su insensato deseo por aquella chica flaca y fea, su ansia de tener que

fijarse en todo, no era otra cosa que esa angustia de muerte de la que a veces había oído hablar.

Llegó el mediodía. Se sobresaltó. La franja marrón ya no era una vaga lejanía, era ya tierra. Ahí estaba el redondel de costa de los prismáticos, los montoncitos de piedra de las chabolas a lo largo de los acantilados, los mástiles que se clavaban en el aire vivo, el cerrojo del rompeolas que se iba corriendo despacio desde la estrecha y honda bahía arañada a la tierra.

Aún podría ocurrir algo, el vapor podía dar vuelta, la costa podía volver a alejarse. Entonces el vapor silbó, la costa se acercó de golpe. Volvió la tranquilidad, la marcha gris, somnolienta. Luego sonó la campana del barco. En el atracadero, bajo la lluvia, aguardaban en cuclillas dos del pueblo. Voló la amarra. La muchacha se inclinó hacia afuera.

—¡Eh, Marie, no has engordado gran cosa! ¡No hay dónde echarte mano! —uno rió, el otro, uno muy joven, volvió la cabeza y contempló a la muchacha con ojos entornados. Entonces se sobresaltó al ver a Hull. Por un instante, al verle, hubo en su rostro moreno e indiferente una expresión de curiosidad, esperanza y un algo de orgullo.

El cantinero limpió la mesa con la manga y puso en ella un vaso y una botella, echando una mirada de odio al forastero, que había pedido un aguardiente de los caros en un año en el que sus paisanos no habían pescado lo suficiente como para hacer pan hasta la próxima pesca. Hull llenó el vaso y se lo ofreció al hombre que tenía enfrente, según la costumbre del país. El patrón Kedennek³, de la *Veronika*, apenas rozó el borde con labios

³ Los nombres de los personajes tienen diferentes orígenes lingüísticos. Kedennek, Lukedek, Vaubert, *Marie Farère* son franceses, Bruyk, Bruyn, Bruk,

apretados por el orgullo y lo puso en la mesa sin decir palabra.

La mesa en la que bebían estaba junto a la ventana de la taberna. Era por la tarde. Octubre. Pesados e inmóviles, grises como el plomo y preñados de lluvia, el cielo y la tierra se miraban como los discos de una inmensa prensa hidráulica. Hacía frío, pero no un frío intenso, sino un frío que iba calando lentamente todo, el mostrador, las botellas en los estantes, el helado reloj de música. A lo largo de la pared se sentaban los pescadores, erguidos, con las manos en las rodillas. Como no bebían, parecía que habían venido a callar juntos. Sus rostros inmóviles tenían la expresión de hombres que no encuentran sentido a intercambiar palabras, porque la tormenta ahoga cualquier palabra.

A Hull le pesó en el corazón el haber venido. Había en el mundo tantos rincones cálidos y alegres adonde podía ir, que no entendió por qué no se había marchado, qué hacía sentado allí.

Tras la ventana, el cielo empapado de lluvia se desplomaba sobre la mar. Caía la noche, inesperada, inadvertida, algo más gris que el día. Como el índice de una mano extendida, el faro de la Isla Margarita recorría el círculo de cielo y tierra que le pertenecía, en un corto respiro primero, después en dos más largos. En algún lugar, mucho más allá, sollozaba un vapor como un niño que reconoce a su madre en la oscuridad.

El cantinero se subió al mostrador y encendió la luz. Los hombres no se inmutaron. La luz de la lámpara, que difumina y funde los contornos de los hombres, ni siquiera les hizo pestañear.

Hull volvió la cabeza hacia la ventana. Pero tras la

Bredwek, Bredel, Nyk, Kedel, Kerduys son, en su mayoría, neerlandeses o alemanes, y Hull, inglés. Ello aumenta los efectos de irrealidad previstos por la autora.

ventana no había nada. Todo estaba ahora completamente oscuro. Sólo la lluvia dejaba sus trazos en el cristal empañado. Hull recordó de pronto otra ventana de otra taberna, en algún puerto mucho más allá. El cristal estaba grasiento. Tras él había melones amontonados; uno estaba abierto e iba perlándose de azúcar, en el corte danzaban los mosquitos. El callejón era estrecho, las casas estaban muy próximas, pero a pesar de ello el calor era tan fuerte que derretía los sesos. Hull continuaba mirando los melones. La raja era tan fresca, tan jugosa y rezumante, que le apeteció muchísimo, a pesar de la grasa y los mosquitos. A veces se había abierto la puerta, entonces había podido escuchar unos débiles tonos, de un instrumento de madera, algo así como una de esas malditas músicas de negros, imposibles para cualquier blanco.

Silencio. A intervalos regulares el faro trazaba sus círculos, rayaba la oscura pared, los rostros en la sombra. En sus brazos, la taberna soñaba que nadaba con todo lo que en ella había, como otros barcos en peligro, afuera en la oscuridad. Los pescadores continuaban fija la mirada. Quizá no pensarán en nada, quizá en algo muy especial.

Si me encuentran y me cogen, pensó Hull, ya no tendré más compañeros que éstos, ya no me sentaré en otra taberna, ni volveré a escuchar esos débiles tonos, ni volveré a tener melones como aquellos.

Había pedido cualquier cosa. Entonces bebió con rabia tres, cuatro seguidos. Los pescadores le contemplaban, francos e indiferentes. Que le miraran. El nudo en la garganta se deshizo, lentamente el calor llegó a sus labios, su cuello, su corazón ya lo presentía, no tardaría en llegar, su pecho estaba ya caliente, ya estaba llegando... Se levantó.

Qué sencillo era todo. Aún podía marcharse. Nadie le había reconocido. Nadie sabía todavía que era Hull, el de Sebastian. Si después se enteraban, quizá pensarán que

era una vergüenza. Quizá fuera realmente una vergüenza. Pero el vapor que lo había traído se lo llevó al día siguiente. Desde Isla Margarita partían cada día una docena de vapores⁴ hacia todos los puertos posibles. Sin duda que era una vergüenza. Pero lejos el sol fundiría la vergüenza. ¡Qué sencillo era todo! Se levantó, echó una moneda sobre la mesa, corrió al exterior cerrando la puerta. Bajó corriendo la pasarela, se metió al camarote y esperó desesperadamente la campana del barco. Al fin partían. Subió a cubierta. Ahí quedaba Santa Bárbara. Igual de rápido que ayer se hizo más y más grande, ahora se hacía más y más pequeña.

Hull volvió en sí. El vaso que tenía en la mesa estaba vacío, con un círculo de aliento, nada más. Ahora tenía las manos en las rodillas como los otros. Miró a su alrededor y empezó a distinguir los rostros, y se los fue grabando uno a uno.

El cantinero, que dormitaba sobre el mostrador, aguzó de pronto el oído. Luego salió rápidamente. La cantina recobró el movimiento. Uno se rascó, otro columpió los pies. Escucharon. Fuera se oyó una voz ronca, pasos y gruñidos. La muchacha del vapor entró. Estaba empapada y lisa como un ratón que sale de un charco. Sus miembros, su hatillo, su falda, todo chorreaba. Cruzó corriendo la habitación, con la cara llorosa vuelta hacia la pared. Subió la escalera, se volvió otra vez y accionó el reloj musical con la mano libre.

Alguien dijo: «¡Desak, este sí que es un recibimiento!»

⁴ Aunque la narración no está localizada temporalmente, el hecho de la salida de los vapores hacia diferentes puertos indica que la fecha posible sería posterior a 1870, donde las máquinas propulsoras alcanzaron gran perfección. La referencia al estado del vapor (*vid.* pág. 2) nos hace pensar que la acción discurre ya a principios del siglo xx.

El cantinero replicó:

—Ya vino esta mañana, no quiero que ronde por ahí abajo. El que quiera algo de ella, que suba.

La puerta se abría ahora con más frecuencia. Entraban con pasos blandos, pasados, como pisando agua. Si uno pedía algo, el cantinero se levantaba con desgana, servía malhumorado y se volvía a acurrucar en la mesa. Al cabo de un rato, bajó la muchacha. Se había arreglado, pero parecía tener todavía frío, con su cuello desnudo y flaco como una espina. Su negro y despeinado pelo seguía mojado. Hull pensó lo que los demás, que le gustaría cogerla, acostarse con ella y sentir contra él los agudos cantos de su cuerpo. Ella pasó tras él, como si fuera a coger algo a sus espaldas. Él no quería volverse. Oyó gritar: «¡Ven-ga, Marie!» Marie silbó mientras taconeaba. Frente a Hull se sentaba un joven que le era conocido, que miraba descarado a la muchacha por encima de sus hombros, el deseo hacía todavía más joven y hermoso su joven y bron-ceado rostro. Marie comenzó a cantar, y todos se volvieron hacia ella:

En la mujer del viejo capitán Kedel y en su trasero
ahí es donde en verdad anda el trasiego
El conde Vaubert y sus hijos bajo sus enaguas pasan el invierno
[no entero]

Y los queridos señores de Godek
Y el joven Bredel de Sebastian
Y el viejo señor Bredel, con renovado afán,
Y siempre sobra algo para el capitán.

El joven que se sentaba frente a Hull apoyó su cabeza en el hombro de Kedennek y sonrió. Marie cruzó los brazos tras su cabeza. De sus puntiagudos codos, de todos los cantos y rincones de su cuerpo, saltaban pequeñas

chispas como cuando se golpea una piedra. Siguió cantando:

Cuando la Alessia entró en Sebastian...

El joven sentado frente a Hull se inclinó sobre la mesa con los ojos muy abiertos. Pero ya no miraba por encima de los hombros de Hull, sino a su rostro. Involuntariamente le miraron también los que se sentaban a derecha e izquierda. Luego le miraron todos. Hull se inquietó. Se encogió, miró la mesa que tenía delante. Sus miradas se volvieron fijas e iracundas, exigieron a su rostro que se irguiera, que tuviera el aspecto que ellos esperaban. Hull se levantó de pronto para explicar quién era⁵. El joven respiró profundamente y se volvió a reclinar. Su mirada seguía dirigida a la boca de Hull.

Ciertamente Hull ya le había visto antes, por la mañana en la pasarela.

Hull acababa de empezar a hablar cuando Kedennek se dirigió en voz baja al muchacho, que frunció el ceño y salió de mala gana. En el umbral vaciló un instante, con la esperanza de que le hicieran volver. Luego echó cuesta abajo y torció por el estrecho camino del acantilado, que sólo utilizaban los del lugar. Tras sus talones la mar bostezaba en la oscuridad, harta de lluvia. Sólo aquí y allá saltaba un poco de espuma blanca en torno a un escollo.

Se llamaba Andreas Bruyn y era hijo de una hermana de Kedennek, el de la *Veronika*. Desde el día en que su madre tuvo aquella caída al descargar, el mismo año en

⁵ La autora pretende un distanciamiento de Hull con respecto a los demás pescadores. En primer lugar, viene de fuera, tiene larga experiencia de navegación y ha visitado numerosos puertos. Es el único que tiene experiencia de trabajo reivindicativo, habiendo participado en el motín de la *Alessia* y en la vuelta de Port Sebastian.

que su padre naufragara en el Rohak, sus hermanos pequeños habían sido repartidos entre sus parientes y él mismo fue llevado a casa de su tío. Allí dormía bajo la misma manta de cuadros con los dos pequeños, que tenían el mismo aliento tenue, de olor enfermizo, las mismas fosas nasales hambrientas y los mismos pelos rubios y pegajosos que su hermano. Poco tiempo, apenas unos días después de llegar a casa de Kedennek, tuvo una pelea en el mercado —donde inicialmente ocupó el puesto de su madre— con el supervisor. Éste le había dicho que llevara las cestas en la cabeza y no en el regazo como su madre. El joven replicó que al fin y al cabo su madre había tenido una buena tripa. El supervisor le dio una bofetada, y Andreas le volcó la cesta a los pies y salió corriendo. Al verano siguiente su tío le enroló con él en la *Veronika*. El capitán le hacía andar de acá para allá. Andreas era alegre, tranquilo y bien dispuesto. En una ocasión, cuando por tercera vez trataba de empezar a comer, por vez tercera y antes de que pudiera hincar el diente, el capitán le envió a cubierta. Andreas le miró y replicó sonriente que estaba en su tiempo libre. El capitán le abofeteó, Andreas apretó los labios, echó la cabeza a un lado para encajar el golpe, como estaba acostumbrado a hacer en casa, sacó su cuchillo, aún con trozos de grasa pegados, y se lo puso en la garganta. El capitán se alzó lentamente, y se encontró con las miradas de los pescadores sentados a su alrededor, especialmente fijas en él, como un duro alambre de miradas, evitó mirar a Andreas y rompió a reír.

Al verano siguiente Andreas ya no pudo volver a embarcar en la *Veronika*. Por casualidad, y en condiciones de risa, pudo hacerlo en la *Amalia*. Todos trataban de convencer a Kedennek de que echara al muchacho, pues traía mala suerte, le quitaba a la familia el pan. Kedennek callaba, tampoco le decía nada al muchacho. Éste era en

casa servicial, amable y cortés, como si una sombra hiciera más tenues sus movimientos, más quedas sus palabras, como si le agobiaran las preocupaciones que había traído a la familia. Jugaba con los niños, incluso les daba los diminutos tacos de tocino que a la noche la mujer de Kedennek repartía con el pan, y que ya para octubre no alcanzaban siquiera el tamaño de una uña.

Ahora Kedennek lo había mandado al bote. El trabajo podía haber esperado también hasta el día siguiente. En ese instante odiaba a Kedennek, quien, según creía ahora, abusaba de él. Pero el odio se le pasó enseguida. Se puso triste. Estaba solo. Ya no tenía madre y aún no tenía novia. No tenía más casa que la habitación llena de compañeros de donde le habían echado. Apenas llevaba un cuarto de hora de camino cuando su pena desapareció. Encontró un consuelo fácil; que crecería y no tendría que obedecer más. Tenía tantas ganas de alegría. Todavía la ignoraba. Una o dos veces pasó fugazmente por él, aquella vez en el mercado, cuando arrojó los peces al suelo y salió corriendo a través de la plaza, dos segundos habían saltado los adoquines, las paredes grises de los almacenes habían brillado, pero de eso hacía ya mucho, y sólo habían sido dos segundos. La otra vez, el cuchillo temblaba aún en su mano, el golpe aún ardía sobre su rostro, sintiéndose en ese instante solo y desesperado, y de repente sus compañeros crecieron a su derecha y a su izquierda, pero se arrugaron rápidamente, volvieron a ser los compañeros hoscos e indiferentes de siempre, pero por un instante todo había sido distinto.

Andreas suspiró, fue a lo largo del muelle hasta la dársena de los veleros, a lo largo de su pasarela, saltó al bote de Kedennek. Se entretuvo, amainaba la lluvia, a derecha e izquierda goteaba el aparejo de los veleros, aquí y allá brillaba un farolillo, y abajo en el agua un charco de aceite, y más atrás, en los almacenes, una luz, y muchas más

allá arriba, en las fachadas. Andreas no tenía ganas de encerrarse, se tendió. Caían gotas, el bote se mecía al compás de su respiración.

Le apeteecía dormir, pero no se durmió. Ahora pensaba en Marie. Desde el verano anterior había cogido la costumbre de pensar siempre en ella al acostarse. Tenía envidia de sus compañeros de más edad. Se emborrachaban, cruzaban el cuarto tambaleándose como si no pensarán en nada especial, volvían a bajar al cabo de un rato y se sentaban con los demás. Andreas encogió las rodillas y se tumbó de lado. El barco se mecía, desde algún lugar caían gotas monótonamente sobre sus hombros. Quizá ya estuviera dormido, entonces unos pasos se acercaron a lo largo del muelle, de la pasarela. Era Kedennek.

Andreas parpadeó. Kedennek estaba sentado justo enfrente, erguido, y miraba indiferente el rostro de Andreas. Pero aunque Kedennek tenía el mismo aspecto de siempre, Andreas notó que algo en él había cambiado. Aún sin saber qué era, le resultó extraño que algo cambiara en Kedennek. Se incorporó un poco y se apoyó en un codo.

—Unos decían que vendría —dijo Kedennek— y otros que no vendría, pero ha venido.

—Sí —dijo Andreas—. Ha venido.

Kedennek prosiguió:

—Ahora dejarán de hacer planes, eso está bien. Ahora va en serio, eso se ve en que haya venido.

—Sí —dijo Andreas—. Eso está bien.

Siguió mirando el rostro de Kedennek con atención. Por alguna razón, le ponía nervioso que Kedennek hubiera venido para hablar de algo con él, con Andreas.

—Siempre ha ido mal. Desde hace dos años aún peor. Todo se ha venido abajo. Nuestra cuota⁶ ha bajado, los

⁶ Parte proporcional de la pesca que corresponde a los pescadores, al tratarse de asalariados.

precios han bajado. Desde que todo se vino abajo, la gente ha hecho planes sin parar y se ha hecho toda clase de esperanzas.

Sólo por un leve movimiento de sus hombros, Andreas pudo entender que la gente de la que hablaba no era algún forastero, sino que él mismo se contaba entre la gente que había hecho planes sin parar y había amontonado toda clase de esperanzas.

—Cuando esa revuelta en Port Sebastian —Kedennek entornó los ojos— nosotros ya estábamos camino de Terranova.

Andreas observó a Kedennek con atención. Nunca antes le había visto hablar tanto. Esto le conmovió, porque sintió vagamente que para Kedennek hablar tanto significaba, lo que para otro el dejarse arrastrar a una acción inmediata y de graves consecuencias.

—Esta tarde —prosiguió Kedennek—, en casa de Desak, Hull ha tratado de convencer a los pescadores de que envíen emisarios a St. Blé, a Wyk y a St. Elnor, para convocar a todos los pescadores a una asamblea.

Las últimas palabras de Kedennek no sonaron distintas de las demás. Andreas se irguió excitado. Ahora se sentaba frente a Kedennek.

—La asamblea —añadió Kedennek— se ha fijado para el primer domingo del próximo mes.

Ambos callaron por un tiempo, entonces Kedennek empezó de nuevo, para sorpresa de Andreas, y a la vez empezó de forma muy distinta.

—Antes las cosas también iban mal, pero ahora van todavía peor, ahora sólo hay una compañía, que está en Port Sebastian, pero no hay manera de dar con ella. Antes sólo había un armador, era mejor, se le podía ver, vivía en su casa, allá abajo, donde ahora está el muelle. Cuando yo era como mi hijo pequeño había un armador que se llamaba Lukedek, que hacía bailar al son que toca-

ba a todo el pueblo. Pero entonces en nuestro pueblo había también uno que se llamaba Kerdhuys, un día se le hincharon las narices, fue a casa de Lukedek, subió la escalera hasta su habitación y le preguntó: «¿Me da mi parte o no?» Lukedek le dijo: «No.» Entonces Kerdhuys le pinchó aquí, justo aquí... —Kedennek señaló con el índice un determinado punto de la chaqueta de Andreas—. Por un tiempo estuvo escondido allá abajo, en los acantilados, la gente del pueblo le ayudaba, al final lo cogieron y lo colgaron. Pero por lo menos ese Kerdhuys sabía dónde había metido el cuchillo.

De pronto Kedennek se interrumpió y calló. Se podía ver en su rostro que no tenía nada más que decir, que lo había echado todo, como uno que aparta un plato cuando está harto. De repente saltó a la pasarela. Se volvió una vez más.

—No olvides el cubo. Y ven pronto.

Luego sus pasos se alejaron por el muelle. Andreas volvió a tumbarse, sin cerrar los ojos. Había dejado de llover, las luces que rodeaban la bahía se habían apagado. Cruzaba el cielo una franja de luz débil y amarilla, del día anterior, o tal vez del siguiente.

El cantinero había alojado a Hull en la alcoba del cuarto. El cuarto estaba bajo el tejado, encima de la taberna. Desak dormía abajo en la tienda. En el cuarto dormía Marie. Hull había ido otra vez a buscarla, la había cogido bajo las axilas, ella había dicho: «Ahora no», vaciló, él la soltó, no era propio de alguien como él rondar demasiado a una mujerzuela. Se coló en aquel agujero, que sólo tenía una puerta al cuarto, una grieta en el tejado, no se veía el mar. También estaba enormemente cansado, desde aquellos días de abril en Port Sebastian siempre había estado de aquí para allá, en continuo sobresalto, y no es

que le importara, sólo que ahora un día le cansaba más que antes diez.

Se acomodó, todavía oyó pasos arriba y abajo, crujidos y susurros, las paredes eran muy finas, las vueltas de Marie no sólo hacían temblar las tablas de la cama, la cantina entera suspiraba de pies a cabeza.

De todas formas, Hull se durmió. Enseguida el sueño puso algo blando y cálido contra su cuerpo. Palpó, se sorprendió incluso de que Marie no fuera tan huesuda y fría como había esperado, sino blanda y redondeada. Entonces no era Marie, sino una cosa rizada y rubia de algún lugar. La agarró, entonces oyó abrirse la puerta fuera, pensó: ahora tengo que irme, la soltó, enseguida se hizo el silencio, comenzó de nuevo, y otra vez voces llamaron a la puerta, la soltó, otra vez silencio, se abrazaron, golpes de nuevo, se le iban las ganas de tanto escuchar, que llamaran, estaba casi a punto, entonces sonó un golpe, la puerta se abrió de golpe.

Se levantó, se dio con la cabeza en el techo. Estaba muy oscuro, profundo silencio en la casa; fuera, la marea baja. Pensó: ¿qué es lo que le despierta siempre a uno? Me gustaría dormir hasta hartarme. Se tumbó de espaldas, intentó pensar en lo que más le gustaba, en los días de abril de Port Sebastian. Fue después del motín de la *Alessia*, querían expulsarles de la ciudad a él y a sus compañeros, los patíbulos ya estaban levantados en el patio del cuartel del regimiento de Kedel, huyó, le dispararon en la pierna, cayó, entonces llegó la gente que había estado en filas mudas a lo largo de la calle, le cubrieron y se lo llevaron. Así había empezado, al día siguiente se extendió por todo Sebastian, las armadoras de Bredel —tres cuartas partes del pueblo les pertenecían— cerraron sus oficinas, las familias se marcharon, el puerto y los almacenes quedaron muertos. En abril se aceptaron las reivindicaciones de los últimos diez años. Más tarde,

cuando la compañía cedió por primera vez y Port Sebastian recuperó la calma, el prefecto envió el regimiento de Kedel a Isla Margarita, antes de que regresaran los pesqueros de Terranova⁷. Entonces comenzaron a buscarlo, pero no estaba a bordo, estaba ante las mismas narices en la isla. No tenía más que dar una palmada para que la vuelta saltara a la ciudad, de la ciudad a la costa, quizá más allá de la frontera.

De esto hacía mucho, no meses, sino años. También él debió de ser diferente entonces, entonces aún era alegre, estaba bien cuando estaba contento, a uno todo le salía bien, nunca había vuelto a estar tan contento, quería, pero no era posible, entonces tuvo la idea de no huir, sino de ir precisamente entonces a Santa Bárbara. Ahora todo había cambiado, ahora ya no era una vergüenza el irse; no tenía la culpa de haber tenido aquella idea de ayer, ahora que era otro, otro y ya no alegre.

Hull se incorporó. Tenía pesada la cabeza, un asco de cabeza. Alargó el brazo hacia sus botas. Pero qué hacía allí, en la oscuridad. Era absurdo. De repente, como si hubiese guardado en un rincón del cuarto y sólo hubiese esperado a que se despertara del todo, una gran tristeza se le puso en la garganta.

Por la mañana sólo quedaba un par de jirones de lluvia, que se tendía del cielo de la costa al mar. Mar y cielo estaban desgarrados, olía a sal, y el viento desparramaba trazos de un sol amarillo sobre la plaza del mercado. Antes, cuando Santa Bárbara era todavía el mayor puerto pesquero de la costa, los compradores acudían en masa desde todas partes. Pero ahora Sebastian era tres veces

⁷ La mención a Terranova como banco de pesca durante el verano podría indicar que la acción discurre en una zona europea del Atlántico norte, de donde salen habitualmente los pesqueros a Terranova.

mayor, y Wyk por lo menos igual de grande. Los armadores habían vivido antaño en la plaza, en las dos bellas casas con frontispicio. Como las alas desplegadas de dos pájaros inmóviles en el aire, sus fachadas seguían dominando el mercado e incluso la bahía. Pero las casas habían sido arrendadas a la compañía de transportes desde hacía ya tiempo. La Sociedad de Armadoras Reunidas había establecido su sede en Sebastian y una filial en la pequeña casa cuadrada que había sido construida donde la plaza del mercado daba con la dársena de los veleros. A los del lugar y los alrededores, ya no se les vendió en el mercado más que las sobras, mientras el resto de la pesca se enviaba al interior directamente desde los barcos.

Al anochecer había llegado la *Marie Farère*⁸, días, hasta semanas después de lo que se esperaba. Se le había dado por perdido, entonces de la isla llegó el rumor de que se le había visto aparecer con una pesca considerable detrás del Rohak. Por la noche había llegado realmente. Desde muy temprano las mujeres se habían plantado en la puerta de la oficina del armador para que les dieran trabajo en la carga y descarga.

Desde hacia cuatro años la *Marie Farère* había tenido siempre suerte. Por malos que fueran los años, siempre había tenido una buena pesca, incluso una vez una muy buena.

La voz del encargado se extendía ahora por toda la plaza. Incansable desgranaba las cifras, en la cantinela de todos los años. A cada paso hacía chocar como rebanadas de pan dos pescados planos y duros como la piedra y los amontonaba en pilas de dos docenas. Las mujeres corrían del muelle al almacén.

Entonces llegó la mujer de Kedennek, que estaba em-

⁸ En el original dice: «Abends war der Segler *Marie Farère* angekommen...» Hemos renunciado a traducir *der Segler* —el velero— para respetar su continua referencia con el artículo determinado en femenino.

barazada, pero tan flaca que su vientre sobresalía como un guisante en una fina raíz. También la mujer de Kedennek había tenido bajo su cofia algo más que una barbillita puntiaguda y un par de pómulos, no hacía tanto tiempo que incluso había tenido vientre y pecho.

El encargado lanzó la última cifra al mercado, el último tono desgranado de su canción. La mujer de Kedennek volvió otra vez corriendo, se paró y miró a todas partes por si quedaba algo de trabajo. El encargado, Franz Bruyk, vecino y pariente suyo, le gritó:

—¡Qué, Marie, para cuándo estás!

—¡Para Navidad!

—Estás bien gorda, ¿no llevarás dos?

La Kedennek no contestó, y lo miró furiosa. Continuó su camino, volvió la cabeza y dijo:

—En mi casa tenemos un refrán: la suerte hace elocuente al necio.

En el muelle estaban sentados una docena de pescadores. Se levantaron dos y fueron hacia Bruyk encendiendo sus pipas. Uno dijo:

—Tú, Bruyk, ¿es verdad que tu chico va a ir por Pascua a la Escuela de Navegación de Port Sebastian?

—Es cierto.

—Eso lo habrá arreglado el capitán con el viejo Bredel.

—Sí, así es.

—Yo no me habría metido en eso.

—Ya, con que no te habrías metido, escucha, tú, te diré una cosa, ya sé yo lo que os traéis entre manos, pero conmigo no contéis, quien la arme que la desarme.

—Ahora seré yo quien te explique algo, Bruyk —replicó un pescador, poniendo sus manos en los hombros de Bruyk—; sólo porque tienes un poquito de suerte, Bruyk, y porque tu mocoso va a ir a la escuela, no crees que lo nuestro salga bien.

Los hombres de la *Marie Farère* estaban limpiando a

bordo. Se acercaron a la pasarela. Los pescadores del muelle también se acercaron. Se colocaron frente a frente en dos grupos casi iguales, Bruyk se sacudió las manos del pescador de los hombros. El pescador le dio un puñetazo en el pecho. Un instante después estaban enzarzados, con medio cuerpo en la pasarela y el otro medio en el agua.

La mujer de Kedennek dejó la cesta, suspiró profundamente y se quedó mirando, sujetando su pesado vientre con ambas manos. De la oficina llegó corriendo el vigilante y les abroncó.

La mujer de Kedennek volvió a dejar la cesta en el suelo y miró fijamente al vigilante. De repente éste se volvió hacia ella.

—Qué miras aquí. A ver si acabas ya.

La mujer de Kedennek levantó lentamente la cesta. Tirándole la tripa y con el rostro pensativo.

En la plaza del mercado, junto a la Compañía de Transportes, estaba la pequeña cantina, recién encalada. Tras la reluciente ventana corredera, en la pequeña sala de olor a sal y a jabón, se sentaba una buena docena de hombres en torno a la mesa. La compañía solía enviar todos los años a un empleado a hacer el balance con los capitanes. Esta vez fue uno de los jóvenes Bredel, al que le gustaba tratar con la gente. Sirvió una botella de aguardiente. La mayoría, principalmente los jóvenes, eran parcos en sus maneras y callados, pues no querían hacer o decir ninguna inconveniencia. Pero tres o cuatro, que no atendían a los modales, pinchaban trocitos de pan blancos en sus navajas, los mojaban en el vaso y los deshacían entre el paladar y la lengua con los ojos entornados, para dejarse embriagar un poco por el preciado aguardiente. Se reían dándose palmadas en los muslos cuando el joven Bredel, resueltos ya los asuntos, comenzó a contar chistes.

Entre los capitanes había uno, al que no se podía contar ni entre los mayores ni entre los más jóvenes, que se mantenía bastante al margen. Era Adrian Six, de la *Ursula*. Tampoco bebía, hacía años que no lo probaba, no juraba y no se había acostado con otra mujer que no fuese la suya. Hubiera preferido que Bredel hablara de otra cosa, sin embargo le atendía cortésmente. Bredel cambió entonces de tema. Los invitados le contestaban lacónica y cautamente. Tras intercambiar algunas palabras, Bredel dijo:

—El anticipo que coge la gente aquí podría llegar hasta el verano si no se malgastara siempre en la fiesta de Pentecostés.

Six afirmó con la cabeza, moviéndola a un lado para poder mirar bien a la cara a Bredel. Entonces vio a través de la ventana a la mujer de Kedennek, que llevaba un cesto apoyándolo en la tripa. Como si hubiera visto algo realmente curioso, Six se levantó de la mesa y se puso en la ventana. Vio lo que siempre veía. Sobre la luminosa plaza el viento soplaba las extrañas sombras de las nubes. Incluso el agua en el muelle parecía blanquecina. Las banderolas de la *Marie Farère* se agitaban al viento, como las faldas y las cofias de las mujeres, y los frontispicios incomparablemente arqueados de las casas de ladrillo también se agitaban sobre la plaza del mercado. Six creyó sentir el viento, creyó estar fuera, de no haber sido por el vaho de su boca abierta. El vigilante se acababa de marchar, la pelea había terminado y los hombres permanecían en dos grupos frente a frente. Six dio media vuelta y se dirigió a la habitación. Subió al cuarto que compartía por dos noches con un amigo, sacó la Biblia de su bolsillo. Se había criado en un pueblo, a media jornada de Santa Bárbara. Siempre le había gustado más leer que ir de pesca con los amigos. Quizá esa fuera la razón por la que el cura consiguiera el dinero para mandarle a la Es-

cuela de Navegación. No era un capitán querido, demasiado bonachón y despreciado por su beatería. Hacía algunos años se había salido de repente de la Iglesia Católica y había ingresado en una secta. Antes de haber entrado en la Escuela de Navegación y haber cambiado de fe, siempre que se le presentaba algún cambio, alguna preocupación o alguna situación desagradable, abría la Biblia, siempre por un pasaje que le abría y aclaraba la mente. También ahora la abrió y recorrió con un largo índice una línea. Era la línea en la que se describe el hondo camino que siguió Balaam en su burro⁹. Six retiró el dedo y se quedó pensando. Por más que pensó, y aunque se esforzó, no logró descubrir la relación entre el hondo camino y los pescadores de Santa Bárbara.

⁹ Bileam en el original. Se trata de la historia de Balaam. Cfr. Números 22-23, *Biblia de Jerusalén*, Edición Pastoral, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1984, págs. 199-203.

II

EL puntito amarillo del pomo de la puerta relucía en la penumbra de aquella habitación casi invernal donde los Kedennek estaban sentados en torno a la mesa. Olía a aliento, a humedad y a judías. Los niños, que ya habían terminado, miraban de reojo el plato de Andreas. Todavía quedaban dos bocados, que les pertenecían, que siempre se los daba cuando ellos ya habían terminado. Miraban impacientes la cara de Andreas, pues ya era el momento de que guiñara el ojo, de que sonriera, pero Andreas miraba ausente. Le había ocurrido lo siguiente: en las últimas semanas había dado un estirón, era casi tan alto como Kedennek, siempre estaba hambriento, pero desde hacía poco tenía un hambre distinta, nueva. Le hacía a uno tan ligero, hacía todo tan transparente y de colores, ahora por ejemplo hacía saltar pequeñas chispas del amarillo pomo de la puerta. Durante toda la tarde no había pensado Andreas en otra cosa que en aquellas judías, había trabajado en el puerto, desembalando, pensaba exclusivamente en las judías... a qué sabrían, qué aspecto tendrían, qué olor, y por fin las tenía ahí delante... No, las dos últimas cucharadas le pertenecían a él. Andreas se las llevó rápidamente a la boca y tragó. En el espacio entre acabar de comer y levantarse, la mujer de Kedennek dijo de pronto —lo decía siempre igual desde hacía algunas semanas:

—Ahora basta; lo he repartido todo exactamente, la grasa, las judías y todo para que llegue hasta el invierno.

Los niños miraban a la madre, Kedennek miraba hacia adelante, fija y duramente aquellas cosas sin sentido que le habían rodeado en tierra. Cuatro paredes y una mujer barrigona y judías y niños y hambre. Los niños volvieron a fijarse en el plato de Andreas, ya vacío, los últimos bocados habían desaparecido. Andreas volvió la cabeza, pero los niños le miraban furiosos a la cara. Andreas se estremeció, las cucharadas habían sido engullidas, aún tenía hambre y se avergonzó.

Había una atmósfera sofocante en la alcoba. Andreas pensó que el tal Cleve apestaba terriblemente, que cada vez ocupaba más y que me acabará echando de la cama y que dentro de poco empezaría la guardia. Se incorporó, pero no estaba en la mar, ni ese era Cleve, su compañero, sino los cuerpecillos húmedos de los críos de Kedennek. Andreas sintió una punzada. ¡Las judías! Eso no tendría que volver a ocurrir. Movi6 levemente al pequeño, que sudaba enfermizo durante el sueño. Andreas pensó que sus hijos tendrían otro aspecto, que no serían niños de dos cucharadas racionadas de judías. Le pareció fácil cambiarlo todo. No necesitaba más que echarse las manos a la boca y gritar.

Pero Andreas no gritó. Apretó los labios, pues todos dormían. Al otro lado, junto a la pared, dormía Kedennek, y acurrucada contra su espalda la mujer. Cada segundo se hacía la atmósfera cinco respiraciones más densa. Andreas volvió a pensar en las judías, y le produjo náuseas, pero tenía hambre. Tanta hambre. Tan pronto se le metía aquí como allá. Igual se le metía en la cabeza provocándole un jocos0 pensamiento de tanta hambre, que se le metía en el corazón haciéndolo arder y palpitar, que de pronto en las manos haciéndolas blancas como mante-

quilla e igualmente el hambre se le metía entre las piernas hasta el regazo.

Andreas se deslizó con cuidado sobre los niños, se vistió, abrió la puerta apenas lo suficiente para evitar que entrara el viento, se apoyó un momento contra ella y salió. Como disparos en la noche rompía la mar contra los acantilados. A lo alto las cabañas se apretujaban aún más. Andreas continuó subiendo. Llegó a la taberna, donde todavía holgazaneaban algunos. Andreas preguntó simplemente:

—¿Está aquí?

—Sí, arriba.

Luego no resultó exactamente como se lo había imaginado; no era algo tan extraordinario ni tan malo. Primero ella le había echado algo de comer, él se había quedado sentado, parpadeando, y luego dijo ella: «¿Por qué andas siempre rondándome como el gato al puchero?»¹⁰. Luego lo tomó, yendo todo simple y rápido. Los que tantísimo hablan de ello y le dan tanta importancia, pensó Andreas, son bobos. Por la mañana volvió a soñar que estaba durmiendo con Cleve y luego con los niños de Kedennek. Se sintió confundido y se echó luego a reír de aquello extraño y puntiagudo en sus brazos. Holgazaneó todavía un rato en la cama. Le había gustado a Marie, quien le dijo: «Ven cuando quieras.» Finalmente tuvo que irse, abrió la puerta y se puso algo triste. Era igual que cuando se vuelve a tierra, de nuevo todo lo viejo, la habitación, el invierno y los niños y las judías. Andreas bajó las escaleras y abrió la puerta que daba a la habitación. Antes siempre había pensado que a uno le daría vergüenza pasar por allí, pero ahora le daba igual. Junto a la pared estaban reclinados dos del pueblo. Delante, junto a la ventana, esta-

¹⁰ En alemán: ... wie die Katz um den heissen Brei —como la gata a las gachas calientes.

ba sentado Hull. Le daba la espalda, pero Andreas le reconoció. No cruzó la habitación, sino que se paró, con la mano en el pomo de la puerta.

La noche anterior Hull había tratado de convencer a los pescadores de que la asamblea no se convocara el mes siguiente, sino el domingo próximo. Hull estaba tranquilo y despreocupado. Nadie podía tener nada en su contra. Podía quedarse o marcharse, según quisiera. Cierto que había oído decir que a partir de la siguiente semana se suspenderían las llegadas del vapor a la isla, con excepción del correo mensual, pero él quería quedarse todavía un mes como mínimo. Había pasado la noche abajo. Al amanecer habían vuelto los dos hombres que tenían que recorrer los pueblos hasta la frontera y convocar a la gente a la asamblea. Les quedaba todavía un montón de preguntas. A Hull se le pasó por la cabeza, cuando envió a los hombres, que en algunas semanas todos sabrían dónde estaba, y le detendrían, todo tendría un final, pero él no quería, él quería algo más que sólo Santa Bárbara, agua y compañeros y mujeres y otros puertos y muchas veces de nuevo abril.

Los pescadores aplastaban las gorras contra las rodillas y mientras pensaban movían las mandíbulas como si molieran entre sus dientes bocados inmastigables. Esperaban pacientes la respuesta de Hull. Hull trataba de convencerlos de nuevo de que trajeran a Santa Bárbara el domingo siguiente, de la forma que fuera, a la gente de Blé, Elnor, Wyk, etc., si fuese necesario bajo cualquier pretexto. Las gentes marcharon.

Andreas seguía aún en la escalera. Continuaba observando la espalda de Hull con detenimiento. Hull apoyaba la cabeza en las manos y fumaba. No se daba cuenta de que alguien le observaba por detrás. Ése lo tiene bien,

pensó Andreas, como si pudiera leer en la espalda de Hull, no tendrá que soportar otro invierno tan largo en tierra. Nunca más tendrá que volver a una habitación como esta, como yo ahora.

Las gentes de St. Blé y de St. Elnor y de lugares aún más lejanos que llegaban hasta la frontera por el noreste y hasta Port Sebastian por el sureste acudieron el domingo a Santa Bárbara, situada precisamente en el centro, para tratar de sus asuntos. Emprendieron la marcha temprano, de madrugada, la mayoría por la carretera que, a un kilómetro del mar, discurría a lo largo de la costa. Algunas mujeres también quisieron ir, pues tenían parientes en Santa Bárbara y aprovecharon la ocasión. Las mujeres llevaban también a algunos niños, que si no se hubieran quedado llorando en casa. De frente les golpeaba un húmedo viento invernal, detrás marchaban las mujeres, un lastre más. Los pescadores se subían los cuellos y tiraban hoscos y malhumorados. Si alguno trataba de hablar con otro el viento lo impedía. A sus espaldas un niño rompió a llorar y Franz Ked pensó: es el mío; volvió a pensar Franz Ked de St. Elnor: es el más chico y antes de año nuevo tendremos otro, inada de dos quintas partes!, por lo menos tres, siete peniques¹¹ el kilo y nuevas tarifas. Franz Bruyk pensaba: bien que la mujer se quede en casa. Como mínimo tres quintas partes, y siete peniques el kilo y nuevas tarifas. ¡Maldita lluvia! Elmar, de Blé, pensaba: antes había una en Port Sebastian. ¿Qué habrá ahora en Santa Bárbara? Deberíamos tener nuevas tarifas y a siete

¹¹ Nuevo efecto de distanciamiento. El *pfennig* —penique— es una clara referencia al sistema monetario alemán. Aparece ya en el siglo VIII. A mediados del siglo XVIII está ya extendido en todos los estados alemanes. No hay que confundirlo con la moneda inglesa *penny*, ni con la finlandesa *penni*. Kilo no era, sin embargo, una unidad habitual de peso en Alemania. En los estados alemanes se empleaba generalmente el *pfund*.

el kilo. Jan Dilk pensaba: mi madre no aguantará mucho más, un trago no nos vendría mal ahora. Deberíamos tener nuevas tarifas y tres quintas partes.

Entre las dunas había una pequeña hondonada, allí se pararon, echaron un trago, alguien dijo: ¿Qué habrá en Santa Bárbara?, y otro: ¿Qué resultará? Continuaron la marcha, el camino estaba blando, la lluvia era cada vez más densa, las mandíbulas se entumecían. Alguien dijo: «Ahí viene algo.» Volvieron las cabezas. De los sembrados, en dirección a la carretera, desde algún pueblo del interior se acercaba un pequeño y oscuro grupo como ellos. Los esperaron, se saludaron con un gesto y continuaron en silencio. Más adelante apareció otro punto negro, era gente de Wyk que les aguardaba para seguir todos juntos. Era como si estos pueblos que dormitaban aislados desde hacía una eternidad entre las dunas se despertaran apiñándose ahora bajo la lluvia para darse calor. No era costumbre el estar tantos juntos y porque sí.

La lluvia amainó, pero era fina, los niños, empapados, lloriqueaban. A las mujeres les malhumoraba la carga. Un par de muchachos jóvenes de delante corrieron hacia un alto, gritaron ahoi¹², y agitaron los brazos. De nuevo se incorporó media docena más, esta vez desde la playa. Los nuevos dijeron: «Sí que son muchos», y en efecto, mirando enrededor, eran una larga procesión. Luego hicieron un pequeño desvío hacia Wyk, donde se sumaron un par de ellos más. Ahora les iba animando el ser un grupo cada vez mayor. Se aproximaban a la bahía. Bajo las alas cubiertas de las fachadas estaba Santa Bárbara. Desde el otro lado venía otro grupo, igual que el suyo, hacia la bahía. Comenzaron a gritar, ansiosos de unirse a la otra marcha. Por fin ahí abajo quedaba Santa Bárbara. Se juntaron con los otros, que venían de igual de lejos que

¹² Ahoi: grito de saludo propio de la gente marinera.

ellos, a través de la lluvia, a lo largo de la costa. Si acudían tantos no sería en vano. Algo tendría que ocurrir en Santa Bárbara.

Se encontraron en la lonja. Aunque estaba abierta hacia el puerto, sus paredes de piedra la convertían casi en una habitación. «De manera que ha venido.» «¡Qué diréis!» «Sí, está aquí.» «No, no me digas que está.» «Es bueno que esté.» «¿De verdad? ¿Aquí en Santa Bárbara?» «Sí, aquí mismo.» «Tres quintas partes y nuevas tarifas.» «De manera que ha venido.» «Sí, eso es, tres quintas partes y siete peniques el kilo.» «Y nuevas tarifas y tres quintas partes.»

La taberna estaba repleta de hombres, igual que la tienda, donde habían tenido que quitar la puerta.

Cuando Hull bajó estaba todo lleno. No había ruido, dos o tres hablaban de pie y un par de ellos les escuchaban. Hull se unió a los dos y también él empezó a hablar. Ahora escuchaban más, luego todos callaron y le miraron. O sea que era éste. Empezó a hablar de sí mismo, de la *Alessia* y de Port Sebastian, pues lo que en parte sabían, lo sabían de terceros. Ahora lo oían por él mismo. Luego habló de ellos, de las condiciones de las últimas salidas a la mar.

Hacía mucho tiempo que no hablaba tan intensamente. Al principio sus palabras le resultaban pobres —como diminutos golpes de martillo sobre un yunque—, luego el yunque se fue desmoronando, sus rostros se tornaron iracundos y ansiosos, prendidos de su boca, de manera que era él quien hablaba, precisamente lo que necesitaban le salía a borbotones, le sorbían las palabras de los labios, llenándose de ellas.

Bastaba, pues, con querer, esforzándose y moviéndose un poco, para que la gente viniera incluso desde veinte

kilómetros. Bastaba con concentrarse y alzar la voz para que aquella extraña y amplia masa se ablandase, incluso las paredes parecían ensancharse.

Hull reconoció cercano a él el rostro de Kedennek. Se dio cuenta de él ahora: el rostro de Kedennek estaba inmóvil, sus labios como siempre apretados. Hull hablaba y hablaba. Pero los labios de Kedennek eran cada vez más una estrecha línea.

Hull trataba de convencer a los pescadores de que tomaran una solución que obligara a todos, y de que la llevaran y la hicieran pública en sus pueblos.

1. Irían delegados a Port Sebastian a exigir un anticipo.
2. Se establecerían nuevas tarifas y nuevos precios de mercado por kilo.
3. Ningún barco ni ningún hombre se harían a la mar en la primavera de no ser bajo estas condiciones¹³.

Los pescadores rumiaban sus mandíbulas. Estaba ya oscuro. Acercaban y alejaban las cabezas como remando, algunos se acercaban a Hull, le tocaban, le acosaban a preguntas. Finalmente aceptaron todo.

La asamblea llegaba a su fin. Alrededor de Hull algunos seguían discutiendo, otros bebían al fondo, los de los laterales comenzaban ya a poner las manos en las rodillas abstrayéndose.

La mujer de Franz Bruyk echó vaho a la ventana, la limpió y miró ceñuda hacia fuera.

—Todavía vienen algunos —dijo hacia atrás.

¹³ El que las resoluciones se adopten en asamblea indica una forma muy primitiva de acción sindical. Aunque la Trade Union Congress, que agrupaba la mayoría de los sindicatos ingleses, se fundara en 1869 y la CGT francesa en 1895, la actividad sindical no se desarrolla hasta entrado el siglo xx. En el texto no aparece ninguna mención a la existencia de organización sindical alguna.

—Déjalos que vengan —dijo Bruyk—. ¿No subes?

—¿Para qué?

—Venid acá, niñas.

Las dos niñas estaban de puntillas en la ventana. Ahora se acercaron despacio. Bruyk se subió una a las rodillas y acarició a la otra. La cabeza del padre estaba muy cerca, era redonda y cómica. Los ojos redondos, brillantes y alegres, las chicas se rieron. Pero en medio de los ojos brillantes y alegres había puntos nada alegres, sino afilados. Las chicas dejaron de pronto de reír. Pero Bruyk sólo dijo:

—Sois buenas chicas, y vuestro hermano, mi hijo, irá a la escuela de Port Seabastian por Pascuas.

La mujer se alejó susurrando de la ventana. Todos los Bruyk parecían como un puñado de canicas, todos eran redondos y relucientes, todos rodaban a su aire. Al cabo de un rato llegó el joven Bruyk, también redondo y reluciente.

—¿Dónde andabas?

—En la lonja.

—Te pillarás los dedos.

Comieron. Oscureció. Pero los Bruyk seguían comiendo en la oscuridad, chasqueando, rascando, sonando los platos.

Se echaron a dormir. Llevaban un par de horas durmiendo cuando llamaron fuerte a la puerta. Bruyk abrió. Fuera estaban algunos del pueblo. Tras ellos, en la oscuridad, había otros.

—Qué, Bruyk, así que te acuestas temprano, te has ido temprano de la asamblea.

—Ya me imaginaba yo que vendrías a contarme todo con detalle. ¿Qué ha dicho ese Hull vuestro?

—Ha dicho que a los granujas como tú habría que zurrarlos.

El viento se coló por la puerta abierta, moviendo las

patas de las sillas. Bruyk quiso cerrar, uno metió el pie por medio mientras otro le cogía del cuello. Irrumpieron en la oscura habitación. Los niños y la mujer se despertaron y comenzaron a dar alaridos. Derribaron a Bruyk golpeándole.

El viento estaba alegre de tener la puerta abierta. Se metía dentro con sacudidas y remolinos. El joven Bruyk no podía ayudar. Cogió a su padre de un hombro y trató de arrancarle del montón. Pero alguien a quien no pudo reconocer en la oscuridad le dio una patada.

—Déjalo, joven Bruyk, tienes a un lumpen¹⁴ por padre, y ahí no hay nada que hacer.

Después de haberle golpeado hasta hartarse, se marcharon. El viento golpeó de nuevo contra la puerta y siguió su rumbo silbando. Llorando aún, madre e hijos arrastraron al padre hasta la alcoba. Bruyk suspiraba retorciéndose.

Los Kedennek estaban ya sentados a la mesa cuando llamó la vecina Katarina Nehr. Venía a devolver el mantón que había pedido prestado para la suegra, muerta ya entretanto. Le pusieron un plato y todos pensaron si comería. Pero no lo hizo, sino que empezó a contar que la suegra ya no estaba bien durante el verano y que cuando llegaron el hijo y el nieto se derrumbó del todo. Que los hombres dormían junto a una pared y Katarina Nehr con la vieja. No estaba paralítica, pero sí desmadejada y tonta. Ya no hablaba, sólo cuando las contraventanas tableteaban se ponía furiosa y les reñía de una manera que pare-

¹⁴ Aunque la palabra lumpen no aparece en el Diccionario de la Real Academia Española, hemos decidido mantenerla por común y conocida. En alemán, *lumpenproletariat* se refiere al proletariado más bajo, sin conciencia de clase. Lumpen es también sinónimo de chusma, gerulla, populacho, vulgacho. Cfr. Karl Peltzer/Reinhard V. Normann, *Das treffende Wort, Wörterbuch sinnverwandter Ausdrücke*, Thum, Ott Verlag, 1983, pág. 378.

cía increíble en una mujer tan vieja, cercana a la muerte, ¡y sólo por una contraventana!

Pero hacía tres días —los hombres estaban abajo— había dicho de pronto: «Katarina.» «¿Qué?» Lo había repartido todo ya para que llegara hasta el invierno, incluso su parte, pero ya que no le quedaba mucho tiempo quizá podría tomar una buena parte de su ración, pues de todas formas sobraría para los demás. Katarina Nehr se asombró, pues durante toda la semana la vieja sólo había bebido y no había probado bocado, pero preparó un puchero caliente, con tocino y todo, le pasó a la vieja un brazo por la espalda y ésta cogió por sí misma la cuchara y comió ávidamente hasta vaciar el puchero, se limpió la boca y se volvió a echar, ni siquiera se enfadó por la noche con la contraventana y cuando se despertaron, ya estaba muerta.

Después que hubo contado eso, la mujer volvió a dar las gracias por el mantón y se fue. La mujer de Kedennek sacudió el mantón para ver si tenía algún roto. Los chicos continuaban sentados en silencio, la historia les había gustado, lo habían entendido todo. El mantón estaba bien y siguieron comiendo.

De repente dijo Andreas:

—Oiga¹⁵, Kedennek, en primavera en Port Sebastian, ¿cayeron muchos?

—Se dice que una docena o así.

—Y diga, Kedennek, si aquí pasa lo mismo que la primavera pasada en Port Sebastian, también morirán algunos, de manera que sería mejor si usted, Kedennek, y yo, hiciéramos con el tocino lo mismo que la suegra de Katarina Nehr.

Kedennek alargó el brazo y, sin apenas moverse, por

¹⁵ En esta ocasión Andreas da a Kedennek tratamiento de vos. Sin embargo, la forma habitual de tratamiento en el texto es el tuteo. Hemos preferido traducirlo por usted para evitar confusiones.

encima de la mesa le dio a Andreas un puñetazo en el pecho. Andreas cayó hacia atrás, pero se agarró con ambas manos al borde de la mesa. Los cubiertos temblaron. Andreas se incorporó riendo y continuó masticando.

Una semana más tarde Hull estaba sentado donde casi siempre, en la mesa junto al crucero de la ventana. Delante de él había hecho ya un montón de rayas y círculos con su navaja. Desak se le acercó y comenzó la conversación.

—Esta tarde, Hull, ha llegado el vapor de Isla Margarita y regresa mañana. Ahora sólo va una vez al mes. Pienso que lo mejor sería que regresaras. A mí tanto me da que te quedes o no, pero vete ahora, aquí ya lleva todo su curso, vete, no te quedes parado, todavía no están muy detrás de ti y puedes marcharte sin problemas, en un mes todo será diferente. No te quedes parado.

Hull preguntó:

—¿Cuándo sale?

—Por la mañana, a las seis.

—Bien.

Hull se levantó. Se acercó a la ventana, estiró los brazos y se sentó de nuevo. Eso era un invento del posadero, era algo nuevo que se había sacado de la manga, nadie le retenía, podía marcharse. Se levantó otra vez y fue de nuevo a la ventana, todo ahí fuera resultaba ahora tan extenso y redondo. El viento no rompía en vano el sol en leves jirones, soplándolos hacia el mar. Todo eso podía tenerlo, todo se le ofrecía, todo le pertenecía. Dijo:

—Quizá me vaya.

Se topó con Marie, que se estiraba sobre la mesa. Según llegaba, extendió sus brazos, puso la cabeza encima y le guiñó un ojo. Hull recordó que así había estado en la barandilla, pero todavía no había conseguido sus pechos;

no es que eso fuera una gran pérdida, desde luego que no merecía la pena que entonces se le encogiera el corazón. Hull estaba casi decepcionado.

También ahora los pechos de Marie estaban bajo el vestido, les echó mano, pero Marie saltó de pronto sacudiéndose. Era fácil coger a una así, por encima de la mesa o alrededor, y una vez la tuviera agarrada por el vestido, todo lo demás vendría por añadidura. Hubiese querido agarrarla, ella se echó incluso hacia adelante, pero no resultó. Él dijo simplemente: «Hasta mañana.» Marie dijo: «Mañana no puede ser, vendrán los del vapor y habrá faena.» Marie cerró los ojos, y se hizo aún más delgada y puntiaguda, todavía más flaca y amarga. Volvió a pensar que le gustaría poseerla, tenía que tragárselo todo antes de marcharse, la pared encalada con desconchones, la ventana con sus dunas —del mar no se veía desde aquí nada— removidas por la lluvia invernal. Hoy no se encontraba como el domingo, estaba cansado de nuevo. Esa sensación ya la conocía. A veces todo, los hombres y las cosas, se convertían en pájaros que le cogían a uno en vuelo, a veces en bolas de plomo que le hundían. Si pudiese descansar de nuevo, entonces lo podría todo, incluso tomar a Marie, sólo que hoy no. Marie dijo:

—Esos dicen que te vas.

Hull dijo:

—De eso nada.

A la mañana siguiente, dijo la mujer de Kedennek:

—Andreas, cuida de los chicos, luego los recogeré. Tengo que bajar.

Andreas trajo sus cosas para tornear un par de anzuelos y se sentó tras la mesa. A veces miraba por la ventana. Por ella se veía el estrecho sendero entre las cabañas. En el camino quedaban las huellas de muchos pasos. Por

la noche había helado y las pisadas se habían quedado rígidas, en las hendiduras había escarcha. Enfrente había todavía un trozo del muro de los Nehr, todo de piedras grises. Sobre el poste de la derecha, que aún se veía, había dos piedras dispuestas de tal manera que formaban una cruz. También en las grietas de la cruz había escarcha. Andreas miró de nuevo hacia afuera, y también miraron los niños, que jugaban con pequeñas piecitas de hierro, y vieron exactamente lo mismo. El cuarto estaba lleno de humo y todos tenían los ojos rojos.

Al cabo de un rato Andreas fue a la puerta, el frío se había hecho ya más húmedo, la escarcha del camino había desaparecido. Andreas tenía ganas de hablar con alguien. Pero más arriba el camino se retorció en lo alto, y abajo, junto al muro de Nehr, el trocito estaba vacío y sólo susurraba el viento encajonado. Andreas suspiró, iba a regresar, los niños chillaban en el interior, cuando oyó pasos que venían de arriba. Aguardó un instante, era Hull. Hull pasó rozando a Andreas, sin prestarle atención. Andreas cerró la puerta tras él y miró a Hull decepcionado. Le parecía extraño e incomprensible que Hull no le hubiera dirigido la palabra. Precisamente a él, Andreas, que le había esperado desde el primer instante. En los últimos días se decía que Hull se marchaba. Andreas primero se asustó, luego no se lo creyó.

Hull ya había doblado el muro de los Nehr, luego venía un trozo de camino igual de gris, de nuevo ese tipo de piedras y entremedias algún jirón de cielo y luego un cruce. Hull sintió deseos de hablar con alguien, delante de él no había nadie. Y se volvió. Dijo:

—¿Cómo se recorre más rápido la costa?

Andreas se le acercó.

—¿Hay algún transbordador que cruce la bahía?

—No, ya no. Ahora hay que ir a lo largo.

Hull miró a Andreas con más atención, y pensó que ya

lo había visto más veces, incluso al principio, más tarde en la taberna y en la asamblea. Hull deseó que el muchacho hiciera el camino con él y le escuchara un rato. Dijo:

—¿Quién eres?

Andreas respondió:

—Andreas Bruyn, pertenezco a los Kedennek.

Ambos se miraron. Andreas añadió:

—Si quiere llegar a Elnor no es necesario que vaya por la playa, hay un camino detrás de las dunas, que es mejor cuando llueve. Si quiere le acompañaré.

—Sí, eso sería bueno, pero ¿puedes venir?

Andreas dijo:

—Sí, puedo ir.

Se pusieron en camino. Andreas pensó en los niños. Había cerrado la puerta —los niños aguardaron un momento, le llamaron, le siguieron con la mirada, desapareció de la vista, lloraron, corrieron abajo, la mujer de Kedennek regresó, la habitación estaba vacía. Andreas sintió pena. Tenía nostalgia. Nunca antes la había sentido, ni por sus padres muertos —no había una gran diferencia entre ellos y los Kedennek—, ni siquiera hacia la alcaoba con el olor a los padres, la actual olía igual. Entonces pensó —habían transcurrido quizá unos tres minutos— que sería bueno volver, los niños estarían ya decepcionados, pero entonces aparecería, ellos saltarían con ojos desorbitados.

Pero no regresó. Estaban ya en el último recodo, pendiente abajo. Delante de ellos se extendía la bahía, y al lado la mar. Desde hacía algunos días y noches el murmullo era tan uniforme y unísono que era como si el mismo silencio susurrara. Después de la lluvia todo estaba más claro, el faro en el Rohak, mucho más atrás la isla, incluso el surco del vapor. Hull se estremeció, no estaba allá afuera, sino en un camino cualquiera, gris y congelado, que se ablandaba bajo sus pies. Hull casi temió que

Andreas pudiera cambiar de opinión y regresar o encontrarse a algún conocido. Pero Andreas no dio la vuelta. Tampoco encontraron a ningún conocido, ni siquiera en la plaza del mercado. Aunque no hicieron el tiempo más corto conversando, dejaron la bahía rápidamente atrás. Luego se desviaron hacia un sendero detrás de las dunas. No eran dunas auténticas, la costa se rompía en arrecifes contra el mar y se cubría tierra adentro con una capa de arena, donde en trozos aislados crecía una especie de espino siempre verde. A ambos lados la tierra se extendía en suaves ondulaciones. A veces se veía un pedazo de mar. También aquí el susurro, con otro sonido más cercano: el viento que zumbaba en los espinos, como un rallador. Por la bahía el viento les azotaba la cara, ahora lo tenían a sus espaldas y les apeteció hablar.

Andreas dijo:

—Esto es otra cosa, me gustaría viajar así de vez en cuando, llegando a algún sitio y viendo algo, no como nosotros, siempre agua y agua y agua.

Hull dijo:

—Ya saldrás, quizá ya en verano.

—Ahora no me iría.

—¿Es que tienes una novia aquí?

—Sí, pero nada especial, por ahora prefiero esperar a ver qué pasa aquí.

Hull dijo:

—Cuando acabe esto tendré que ver cómo salgo de aquí y dónde meterme luego. ¿Tú vendrás, no?

Andreas dijo:

—Sí.

Hull empezó a contar cosas de fuera, de puertos, calles y de mujeres. Andreas lo escuchaba maravillado. Dijo:

—Eso sí que es otra cosa que aquí, sí señor.

Tuvo de repente una pena aguda, como el otro día, cuando Kedennek le hizo salir del cuarto. Hubiese queri-

do darle una patada a Kedennek, una patada a las dunas y al mar, que le cerraban el camino. También pensó ahora que todo llegaría, quizá incluso este año. Pero quería tenerlo ya mismo, no tener que esperar. Hull empezó luego a contar de la *Alessia*. Andreas contó a continuación lo que le había pasado con el vigilante y el capitán, no era algo especial, pero servía para presumir un poco. De repente se calló y dijo:

—Ahí está Elnor.

Entonces, tras la asamblea en Santa Bárbara, la gente se había reunido en la plaza del mercado y al amanecer la mayoría se habían marchado. Se dijeron: ¡hasta la próxima vez!, luego se separaron a derecha e izquierda en montones más o menos iguales, como habían llegado. De manera que se habían reducido a la mitad y ahora se conocían todos entre ellos. Más tarde, después de haber dejado a unos cuantos en Wyk, eran todavía menos, y al final quedaron unos pocos que de mal humor por el largo y penoso camino entre las dunas llegaron a Elnor. En el mercado de Santa Bárbara y en la primera parte del camino habían hablado continuamente de la asamblea, pero poco a poco se fueron volviendo parcos, y cuando llegaron finalmente a Elnor la asamblea se había convertido en algo ya muy lejano y que no les comprometía. Más tarde la gente de Elnor fue separándose, fueron a sus cabañas, que no estaban en el camino, como en Santa Bárbara, sino aisladas, enclavadas en las dunas, luego comieron, y como no se llenaron, lo mejor era echarse a dormir. Luego llegaron días de tormenta y suponía un gran esfuerzo salir, ir a Blé no tenía ningún sentido, la habitación oscura y cargada, tres veces al día el hambre los atenazaba ante una mesa desierta. Los últimos inviernos habían sido uno peor que el otro, y éste era ahora el peor, el siguiente sería aún más malo, no había nada que hacer, el tocino escaseaba cada vez más, no alcanzaría siquiera has-

ta la primavera, las cosas eran como eran. La tormenta les abría las puertas de golpe y ante la puerta una duna, y otra detrás y de nuevo una duna y luego nada más que dunas hasta Wyk, mucho más lejos quedaba Santa Bárbara, ¿para qué reunirse?

Andreas dijo: «Ahí está Elnor.» A la altura de sus rodillas discurría un muro de piedra, que separaba un trozo de arena de otros, a espaldas de la duna siguiente había dos cabañas. Elnor no estaba dispuesto en fila como Blé, sino disperso en las dunas aquí y allá. Eso le daba un aspecto desordenado y sin núcleo. Andreas llamó a una puerta, una mujer miró afuera y les observó extrañada.

—¿Dónde están los hombres?

—Con las redes.

Se marcharon. Uno de allá se percató de que venían dos extraños. Alzaron las cabezas, alguien dijo: «Es Andreas Bruyn, de Santa Bárbara.» Inmediatamente después reconocieron también a Hull. No les hacía gracia que viniera. Dejaron el trabajo y se acercaron. Todos los saludaron con mirada disgustada. Santa Bárbara estaba lejos y cuanto más se adentraba el invierno y más gris se hacía la arena bajo una lluvia cada vez más densa, tanto más lejana parecía estar. En vez de recorrer aquellos caminos inútiles, era mejor hacer lo que cada invierno, reparar las redes y pasar hambre. Las gentes rodearon amablemente a Hull. Pero sus ojos miraban enfadados. Se habían hecho a que Santa Bárbara¹⁶ estaba lejos, ¿para qué venía entonces éste?

Hull dijo:

—Teníamos que pasar por aquí, de manera que aprovecho para deciros nuevamente que tenéis que juntaros

¹⁶ Sólo Bárbara en el original. El hecho no obedece a ninguna razón. Probablemente se deba al intento de adquirir agilidad narrativa.

con los de Blé y hablar despacio de todo hasta la próxima asamblea, para que sepamos a qué atenernos.

Tras las palabras de Hull, Blé no le pareció a la gente de Elnor tan terriblemente lejos como antes de escucharle. Uno dijo:

—No creáis que es tan fácil como pensáis reunir a los de Blé.

Discutieron. Llovía. Hull dijo:

—¿No hay aquí una taberna o algo así, donde poder sentarse?

No, sólo había en Blé. En esto dijo uno:

—Mi casa está ahora vacía. Vamos allá.

Era la cabaña donde antes había llamado Andreas. La mujer miró de nuevo afuera. Su rostro adquirió una expresión abobada de sorpresa y curiosidad. El hombre la hizo a un lado con la mano izquierda, indicando con la derecha a los demás que entraran. Fue un gesto especial, orgulloso en el ademán, pero en su fuero interno debió sentir una gran vergüenza de hacer entrar a toda esa gente a la habitación. Una vez todos dentro, tomaron rápidamente asiento y comenzaron a hablar. Cuando Hull y Andreas se fueron, ellos permanecieron todavía sentados largamente. Quizá no les volviera a ser posible en toda su vida hablar tanto como quisieran y estar sentados todos juntos en una habitación.

El camino hacia Blé se hizo muy largo, la arena se había ablandado. Iban callados. Andreas pensaba en los chicos de casa, había dejado todos los trastos en la mesa, lo habrían revuelto y enredado todo, y además ni siquiera le pertenecían a él, sino a Kedennek. Miró a Hull de reojo, no era tan distinto a los nativos como se había imaginado; mejor hubiera sido no acompañarle. Hull pensaba: «Qué joven más simple, por qué me habré colgado de él, estaría mejor solo.»

Blé quedaba detrás de una duna, en una pequeña hon-

donada, y todo apiñado, como si escaseara la tierra. Había una tienda y dentro una barra de bar. Hull tenía prisa por beber, y sirvió al joven también hasta el borde. La gente vino por su propia cuenta, aquí discurrió todo más rápido que en Elnor. Era ya por la tarde, el auténtico invierno costero, las hondonadas se llenaban de lluvia y parecía que las cabañas se hundían en ella. Emprendieron el regreso dando un rodeo por el campo para pasar por Wyk. Al principio estaban todavía calientes por la bebida y la conversación, luego fue refrescando y la lluvia los empapó. Al final tuvieron que cobijarse en una hondonada para recobrar el aliento. Era la misma hondonada donde se había refugiado la gente camino de Santa Bárbara¹⁷. Estaban calados hasta los huesos. Era una lluvia que empapaba los cuerpos, dejándolos como una bayeta, sin rigidez, sin fuerza, sin tiesura. Susurraba sobre la hondonada sin grandes altos ni bajos. Ese susurrar hubiese apaciguado al más iracundo y amansado al más furioso.

Andreas se apoyó en Hull con el hombro. Se había dormido de pie. Se reclinó ligeramente al lado de Hull. Hull le rodeó con el brazo y se durmió igualmente. Cuando se despertaron era de noche, llegaron a Santa Bárbara al amanecer, muertos de cansancio y ateridos de frío.

La víspera de Nochebuena, al anochecer, la mujer de Kedennek quiso ir a la capilla. La capilla —a mitad de camino de Wyk— estaba lejos y a ninguno le apetecía ir, pero se prepararon. De pronto la mujer se quitó el mantón, cogió un puchero de la alacena y se puso a frotarlo. Kedennek dijo:

—Limpia a la vuelta. Vámonos.

Luego salió con los niños. La mujer de Kedennek sus-

¹⁷ Sólo Bárbara en el original.

piró y continuó con el cacharro. Andreas, con la mano ya en el picaporte, la miró extrañado. Finalmente, la mujer dijo:

—Llama a Katarina Nehr.

Andreas se fue. La Nehr no estaba ya en casa, pero la encontró y la trajo. La Kedennek se echó en la alcoba. La Nehr se sentó ante ella. A Andreas le hubiera gustado verlo todo, pero la mujer se había metido muy adentro. Andreas no sabía muy bien si quedarse o marcharse. De nuevo estaba en la puerta con la mano en el pomo. Las contraventanas tabletearon y Andreas se acordó de la suegra de Katarina Nehr. En la mesa, exactamente bajo la lámpara, estaba el puchero que Marie Kedennek había bruñado. Nadie se fijó en él, pero brillaba.

Marie Kedennek suspiraba y a veces gritaba en su agujero. Andreas deseó que gritara mucho más alto, pero ella ya había dado sus peores gritos y suspiraba de nuevo. Katarina Nehr hizo entrar a Andreas y le puso el niño en los brazos. Andreas pensó que al final había sido bueno quedarse. Miró al niño, que era igual que el último de su madre, igual de colorado y crudo. Andreas pensó que quizá éste tampoco viviera mucho tiempo, pero tal pensamiento no le preocupaba lo más mínimo. Mientras, con la visita de Katarina Nehr, los gritos de Marie Kedennek y el nacimiento del niño, había pasado más tiempo de lo que Andreas había pensado. Kedennek había regresado ya con los niños. Kedennek cogió al niño de los brazos de Andreas. Andreas notó en su rostro que pensaba del niño exactamente lo mismo que él.

Por año nuevo las mujeres no repararon en gastos en la comida, los hombres bebieron hasta llenarse, luego pensaron que tendrían que aguantar bastante hasta la primavera. Dos veces por semana la gente llevaba las cosas

que pescaban al mercado, donde los martes y los viernes había montañas de peces plateados y escurridizos. No merecía la pena, pero algo había que hacer con los botes. Llovía sin parar, la humedad se le metía a uno en la piel y en las camas, fuera el aire olía a lluvia y dentro a humo. Donde Bruyk, junto a Kedennek, ocurrió algo extraño. Bruyk se bebió una noche un cubo de agua de tanta sed, toda la noche estuvo dando vueltas en la cama. Y por la mañana tenía agujeros en las mejillas, ayer estaba hecho una bola y por la noche parecía un fideo. Los vecinos acudieron para ver aquello. Bruyk desvariaba; lo que habitualmente decía por las noches, ahora lo decía por las mañanas. Que su hijo iría en Pascuas a la escuela a Port Sebastian, a la escuela a Port Sebastian, su hijo a la escuela. Por lo demás, Bruyk se recuperó rápidamente. En una semana estaba otra vez gordo, aunque no era una gordura auténtica, tampoco tenía nada especial de comer, más bien estaba hinchado de aire, con la piel fina y con arrugas. En la misma semana hubo casos semejantes de ablandamiento en casi todas las chozas, era algo extraño, quizá alguna enfermedad. Pero como la mayoría estaban flacos, apenas se notaba. Esa semana lo de Desak estuvo vacío. Los que llegaban tenían un aspecto un poco distinto al habitual, estirados, como difusos. Quien podía hacer un esfuerzo, iba. En casa o en el bote no era siempre posible concentrarse. Siempre había jaleo por todas partes o griterío de niños. Allí en cambio podía uno pensar profundamente en lo que ocurriría en primavera. Sentaba bien escuchar cada noche lo mismo y regresar a casa tranquilo.

Hull había querido coger el próximo correo, luego el siguiente. Todavía seguía allí. Decidió entonces quedarse todo el invierno.

III

Poco después de Pascua, en las primeras casas del muelle y en la plaza del mercado se levantaron las persianas, y sobre la puerta de la cantina se volvió a dorar la hornacina con la imagen de Santa Bárbara, los almacenes se abrieron en espera de los vapores que durante el invierno ponían rumbo a Sebastian. Llegaron trabajadores, empleados de la naviera y comerciantes. Llegaron también capitanes para instruir a la gente contratada. Desde que fueron seleccionados por la naviera, casi todos ellos vivían durante el invierno con sus familias en un suburbio de Port Sebastian. En el puerto y en los barcos se trabajaba como todas las primaveras. Como cada primavera se preparaba la plaza entre el muelle y el malecón para la gran feria anual: la fiesta en la que los pescadores, tal como dijo el joven Bredel en otoño, se gastaban el anticipo en aguardiente, baile y lotería.

Faltaba poco para Pentecostés¹⁸. Todavía no se había levantado ninguna caseta, sólo se veían amontonados un par de cajones y tablas, aquí y allá se podían adivinar los

¹⁸ Festividad de la venida del Espíritu Santo, que se celebra cincuenta días después de la Pascua de Resurrección y fluctúa entre el 10 de mayo y 13 de junio. Es también fiesta de la cosecha o de las espigas en muchos lugares, pues por este tiempo se segaba, se recogía el trigo y se ofrendaba la nueva harina. Era tradición festejarlo con banquetes, bailes y verbenas. Cfr. Levítico XXIII, 15-22.

perfiles de los cacharros de azúcar, latas y papel, extraño reflejo de una alegría salvaje y sin sentido que se repartiría por última vez, sola y únicamente en Santa Bárbara.

Por fin se extendieron los toldos, en los paneles florecían rojos y verdes los premios, las colas tiesas de los caballitos del carrusel, sonaron los primeros compases con una loca y ronca alegría.

Las gentes se estremecieron, se arreglaron y bajaron ávidas de algo de alegría. Kedennek también bajó, se paró delante del puesto de tiro al blanco, allí colgaban amarillos y rojos los premios; las plúmbeas cejas de Kedennek se relajaron. Levantó por primera vez sonriendo la escopeta, apuntó; quién sabe, quizá comenzará a sonar el molinillo de madera por él —disparó—, no sonó nada, sus cejas se fruncieron de nuevo. La mujer de Kedennek, de nuevo lisa y enjuta, se acercó a los tenderetes, rozando una mesa donde había relojes, macetas y floreros que se podían pescar con arcos, así de fácil se podía conseguir cualquiera de esas cosas brillantes; se puso nerviosa, dio tímidamente a su marido con el codo, se podían coger tres o seis aros de una vez, se los colgaba uno del brazo y se lanzaban uno tras otro. Pidió en voz baja dinero a Kedennek, que o bien no quería o no la oyó, pasaron de largo, su rostro se crispó y amarilleó todavía más, y un tono débil, pero de furia y queja, salió de su garganta.

Desde un velero que pasara se podrían ver por la noche las luces que en hileras verdes y rojas caían suaves en el mar. Incluso frente a la bahía brillaban en el mar algunas gotas de luz. El agua las dispersaba, alejándolas, quizá a la alta mar, igual que los desechos de barcos y pueblos, al norte o al sur, a cualquier parte.

Marie deambulaba por el muelle con dos amigas que habían llegado a la isla para la fiesta de Pentecostés. Unos jóvenes las rondaban, y se las llevaron finalmente a las dos. Marie pensó que ya era hora de subir, y se fue bor-

deando la feria, dentro giraba el carrusel, los hombros de Marie se agitaron.

Uno de los jóvenes Bredel, un joven naviero, que pasaba la noche en la fonda —era costumbre mandar antes de la partida a alguien de Sebastian—, se había sentido atraído por las luces y vagaba por el muelle. «Cielos, qué flaca», pensó, y se fue tras Marie. Marie se volvía a cada paso, agitando los hombros cada vez más rápido. El joven Bredel se le acercó mucho. Era de la misma raza que todos los de esta tierra, alto y fuerte, de mentón y pómulos formando un triángulo alargado. Marie aceleró el paso, llegaron al empinado camino entre las chozas, el joven Bredel le daba golpecitos en la espalda y le hablaba sin parar, Marie no respondía e iba cada vez más rápido. El joven Bredel repitió su deseo. Marie se volvió riendo, en medio de sus ojos risueños dos puntitos vidriosos que le gustaron a Bredel, pensando que eran de deseo. Habían dejado atrás las chozas, el camino subía por terreno pelado, abajo la mar y nada más, arriba el cielo entre el día y la noche, cansado de tanta lluvia. Marie apretó el paso, ambos caminaron juntos un instante. Bredel miraba hacia adelante, y descubrió de pronto la tasca al final del camino. Allí estaba, acurrucada, la humedad recorriéndola, las ventanas relumbraban. Bredel tenía ganas de algo de luz y calor; ahora estaban allí, Marie abrió de golpe la puerta. Dentro no había ni luz, ni calor. Del techo colgaba una lámpara, en los bancos y tras las mesas había unos cuantos, quizá muchos, pero no pudo reconocerlo. Marie quiso esquivarlo, pero él, reaccionando, la agarró furiosamente del brazo. Marie le apartó, riéndose, de un rodillazo. De repenté dejó de reír y dijo, saliéndose colérica de sus casillas:

—Lárgate, Bredel, ¿me escuchas?, vete con una de tus mosconas de la ciudad, que acuden siempre a la mierda.

Se reían a su alrededor, ahora se dio cuenta de que

eran muchos; entonces se espabiló del todo y notó un olor penetrante, que conocía desde su niñez. Lo había en Sebastian y Santa Bárbara, sobre todos los puertos y barcos, pero no tan fuerte, mientras que aquí tenía toda su intensidad, como si saliera de aquellas cuatro paredes. Bredel sintió un asco tan profundo que deseó marcharse. En ese instante se abrió la puerta y entró alguien de Santa Bárbara, que reconoció a Bredel, perplejo, colocándose de espaldas contra la puerta, la mano en el pomo. Se llamaba Nyk, era bajo y enjuto. Sus largos brazos, ahora entrecruzados, que tenían algo de la tensión y resistencia oculta de una cinta de goma, no delataban su fuerza tenaz. Bredel comprendió de inmediato que aquel hombre pretendía algo especial con él. Trató de evitar su mirada, volviéndose hacia la ventana donde la mar y el cielo se recortaban en dos cuadros grandes y otros dos más pequeños. Aún no había caído la noche, como podría pensarse allá abajo en la feria. Todos estaban ligeramente teñidos de ocre. Nyk dijo:

—¿No eres tú quien dijo en otoño que los pescadores no tendrían por qué pasar hambre si no gastaran bebiendo su anticipo en la fiesta?

El rostro joven y fresco de Bredel se contrajo de desprecio. No dijo nada y siguió mirando por la ventana. Nyk le miraba fijamente, veía en ese instante lo mismo que Bredel veía; en las pupilas de Bredel, Nyk veía diminutos los mismos cuadros ocres de mar y cielo. Nyk se acercó un poco más, Bredel dijo de pronto desesperado:

—No fui yo, sino otro.

—Es que te pareces endiabladamente —dijo Nyk, alargando el brazo y dejando caer un puño sobre el hombro de Bredel, como si fuera una pesa de plomo atada a una correa. Bredel se tambaleó. Pero Nyk, sin moverse del sitio, alargando el brazo le golpeó una y otra vez. Bredel, mientras se derrumbaba, repetía continuamente:

—No fui yo quien lo dijo, sino otro.

Desde que Nyk entró se había hecho el silencio. Continuó todavía después. Finalmente, el cantinero se subió a una mesa y enroscó la bombilla. La luz aumentó, el joven Bredel estaba tendido en el suelo, tenía un golpe en el pecho y otro en la sien y sangraba un poco. Nyk, cuyos miembros estaban de nuevo pacíficamente recogidos, se acercó y midió a Bredel, tumbado en el suelo, con una mirada tan incorruptible como antes de tumbarle. Luego se apoyó de nuevo en la puerta.

Entre las cabezas que el joven Bredel había visto difuminadas en la oscuridad, estaba también la cabeza de Hull. Bredel no habría podido saber que a sus espaldas, en la oscuridad, estaba sentado alguien que, igual que él, esperaba el extraordinario acontecimiento, que le aguardaba a él, Bredel. Hull no había aguardado sólo los últimos diez minutos, sino las últimas semanas. Era imposible aguardar más. Hull había visto entrar al joven Bredel, Nyk llegó más tarde, había dado un paso adelante, había levantado el brazo, Hull supo que entonces ocurriría, y luego ocurrió. Hull sintió alivio, alegría desbordante.

Hull se levantó y se puso bajo la luz. Dijo:

—¡Cogedlo!

Nyk se agachó de mala gana, como si hubiera recibido una orden, pero alguien le echó a un lado y cogió al joven Bredel por la cintura. Le cogieron entre dos, se lo echaron a hombros y lo sacaron fuera. Los demás les siguieron, eran casi una docena. Llegaron a través de las chozas, donde no había nadie, aquí fuera todavía no era del todo de noche, se podían distinguir los postes, los esquinzos y los cruces de las casas. Cuando doblaron el ca-

mino, vieron abajo parte del muelle, salpicado de luces de colores, también se oían los disparos de las barracas de tiro.

Hull iba tras Nyk. Sobre la espalda enjuta e indiferente de Nyk colgaban flojas las piernas del joven Bredel, golpeándola ligeramente. Estaban enfundadas en botas con cordones, cuyos tacones eran de un material desconocido para Hull. Sin querer, prestaban oídos a los ruidos que llegaban del muelle.

Abajo se encontraron con Kedennek. Kedennek les miró, mandó a la mujer a casa y se les unió. Atravesaron la plaza del mercado. Se pararon frente a las oficinas, pero allí todo estaba a oscuras. La fonda, en cambio, estaba bien iluminada, de arriba abajo, y en ella se encontraban cuantos empleados, funcionarios y comerciantes había en Santa Bárbara. Aguardaron un minuto ante la puerta; luego uno, a quien la espera se hacía demasiado larga, la abrió y algunos entraron. De dentro se oyó gritar a alguien que qué pasaba. Nyk dejó caer despacio al joven Bredel de sus espaldas. Un empleado cualquiera salió. Los pescadores le gritaron que llamara a alguien de la naviera. Nyk dijo:

—No queremos a éste, mandádnos otro.

(Más tarde se dijo que Nyk rió mientras lo decía, pero no era cierto. Al contrario, su voz sonó muy hosca.)

El que precedía a Nyk gritó:

—¡Mandad a otro! ¡Queremos tres quintas partes y a siete peniques el kilo!

El joven Bredel fue llevado al interior. Luego se cerraron por dentro las puertas con cerrojo y se echaron las persianas. Los pescadores gritaban: «¡Tres quintas partes!» Primero gritaban sin concierto, pero luego de forma ordenada. De todas las voces, la que más fuerte sonaba era la de Kedennek. Desde el cuarto más recóndito de la casa se podía oír gritar la voz de Kedennek. Poderosa y

fácilmente le salía del pecho. Los pescadores se asombraban, pues ignoraban la fuerza de su voz. Hull seguía detrás de Nyk. Ahora estaba ya tan oscuro que no hubiese podido distinguir los tacones de Bredel, de haber estado éste allí. Gritaba igualmente. Alguna gente joven, que paseaban por lo más apartado de la feria, oyeron los gritos y se acercaron a la plaza. El tropel se hizo cada vez mayor. La feria quedó vacía. Los gritos atronaban uniformes a cortos intervalos contra la casa cerrada. Pero la casa permanecía callada, y sus gritos se hicieron cada vez más roncós y desordenados. La plaza estaba negra de gente. Hombres y mujeres que gritaban y pululaban entremezclados. A Hull le vino la idea de que debía hacer algo. Se asustó. Ahora hubiese preferido pasar inadvertido entre los demás. Se subió a los hombros de Nyk. Inmediatamente se formó un círculo alrededor de Nyk, a cuyo cuello se agarraban las piernas de Hull. Hull empezó a hablar. Dijo lo que ya había dicho en la asamblea: permanecer unidos, no dejar salir ningún barco. La gente le escuchaba completamente en silencio. Su único deseo era escuchar precisamente esas palabras. Tampoco Hull tenía ningún otro deseo que repetir siempre las mismas palabras. La voz de Hull no atronaba tanto como la de, por ejemplo, Kedennek. Pero provocaba la excitación de quienes le escuchaban, despertando en ellos algo parecido a la esperanza. Incluso en el propio Hull, el sonido de su voz despertó algo parecido a la esperanza. Le parecía como si estuviera abajo, entre toda la gente, y mirara asombrado y con excitación a aquel hombre encaramado a las espaldas de Nyk, apasionado y sin preocuparse, sin pensar en el final.

Aquella misma noche Andreas estaba sentado en el cuarto bajo la luz que, colgaba de un alambre, se balan-

ceaba lentamente, como si estuviera en el techo de un camarote. A finales del invierno los niños habían estado enfermos. En cuanto al más pequeño, los pechos de la mujer de Kedennek eran tan pobres y secos que habría sido un milagro que el pequeño hubiese podido mamar algo. Y, naturalmente, el milagro no se produjo. El pequeño, amarillo y rugoso en su gorrito blanco, tenía ya un asombroso y repugnante parecido a su madre. Sin motivo alguno, pues no sentía ningún cariño especial por el niño, a Andreas se le había metido en la cabeza mantenerle vivo a toda costa. Ya desde el comienzo, en las peores semanas, cuando tampoco las ovejas daban leche, se había inventado los alimentos más curiosos para el crío. El niño estuvo a punto de morir, casi cada mes, pero entonces Andreas duplicaba sus empeños, sintiendo con respecto a la familia una especie de gozo maligno.

Aquella noche la mujer de Kedennek tenía unas ganas locas de ir a la feria; le dijeron a Andreas que se quedara en casa, esa noche todavía no había nada de especial, lo principal empezaría mañana. Andreas esperó furioso durante horas su regreso. Sentía una vergüenza doble, el que le ordenaran quedarse y el haberse quedado. Además había visto a una chica de St. Blé, una morena redondita, a la que le hubiese gustado pescar, era bueno tener una amante fija. Sólo que no podía salir. Era verdad que la diversión principal empezaría al día siguiente, pero ya hoy mismo había un montón de cosas que ver, y ya se las habría perdido para siempre, le habían robado la tarde, qué necesitaban ellos, los viejos, en la feria, eso era para él, para los jóvenes. Aguardó. Oyó pasos en el camino. Serían los de la taberna, que iban más tarde. Los pasos se alejaron, Andreas se sintió más solo, más furioso. Se hizo de noche. Andreas se asombraba de que los Kedennek no hubieran vuelto, eran insaciables, comenzó a odiarles. Salió a la puerta y notó que el muelle estaba en silencio y

que del silencio llegaba un ruido desconocido. Se puso a escuchar lo que podría ser aquello. Se imaginó lo que sucedía abajo. Estaba casi desesperado. De manera que no había estado presente desde el comienzo, precisamente él, que no debería haber faltado. Pensó en Hull, que seguro que estaba allí, pero ni siquiera él había pensado en mandarle llamar. Andreas volvió a la habitación. Odiaba el cuarto, odiaba a los niños enfermos, que dormían, nunca en la vida desearía niños así, por su culpa tenía que quedarse en casa. Volvió a salir, por fin vio en una esquina una sombra, la mujer de Kedennek. Se hicieron un gesto y se marchó de inmediato.

Cuando llegó, todo había terminado, todos se habían ya dispersado. Andreas se encontró en la gran plaza blanca, hambrienta y sin saber qué hacer. La casa, a oscuras, parpadeaba a través de las rendijas de las persianas echadas, como alguien que finge dormir. Andreas tenía unas enormes ganas de mucha luz, de mucha alegría. Se dio la vuelta y subió a la colina. Arriba estaba todo lleno de nuevo. Las voces sonaban aquí y allá, y entremedias un fatigoso silencio. Era noche avanzada. Andreas olvidó sus penas, ya en el umbral. Aquí había todo lo que deseaba, algo de luz y compañía, se metió en medio a escuchar. Al día siguiente los pescadores exigirían otro anticipo, luego tendrían todos que negarse a subir a bordo en las condiciones anteriores. En su corazón brotó una alegría infantil, como si por fin fuera a celebrarse una gran fiesta. La fiesta era el broche final. Había que llenarse hasta entonces. Andreas se sentó tranquilo. Su cabeza se inclinó tanto hacia la izquierda, que acabó apoyándola en el hombro de quien tenía al lado. Era uno de la *Veronika*, uno flaco y arisco. A Andreas le fue simpático. Finalmente Andreas se levantó. Tenía ganas de echar mano a alguien, de desfogarse. Terminó la noche en la cama de Marie. En la escalera tropezó con un joven. Se insultaron

y se pegaron. Andreas le tiró escaleras abajo con poco esfuerzo. Se refa de quien interrumpiera su camino en una noche así. Marie quiso despacharle rápido, pero él no se dejó.

Era ya entrada la mañana cuando fue al muelle. Aquello era más bonito de lo que se había imaginado. Corría ligero, con la cabeza clara, se había excedido algo con Marie, tenía sólo unos peniques en el bolsillo, pero ya con el primer disparo el molinillo empezó a girar, itres tiros gratis! Metió fácilmente las anillas en los premios; ganó una curiosa pieza de cobre, que le regaló a la chica que este año quería por amante; era tan rellenita y morena como una nuez, y olía también así, pero ahora no tenía paciencia para ella, quizá porque su cuerpo se había saciado de amor. Todos a su alrededor estaban tan excitados como él, iban de aquí para allá, disparaban, jugaban con el ceño fruncido. Corría la voz de que abajo, en Santa Bárbara¹⁹, pasaban un montón de cosas, la gente iba y volvía de Port Sebastian a Santa Bárbara esperando noticias. Se decía que de nuevo una docena de personas se había plantado ante la fonda y gritaban: «¡Tres quintas partes!» Andreas se dio cuenta de pronto de que no había visto a Kedennek desde hacía tres días. Corrió también a la plaza, donde el montón de gente se hacía cada vez más negro. Andreas vio de lejos a Kedennek, también oyó su voz, supo inmediatamente que era la suya, y se asombró. Al anoecer las luces del muelle gotearon de nuevo en el agua. A lo largo del año Andreas no veía otras luces que la del techo del camarote, la de la taberna o la de la habitación de Kedennek. Atolondrado y feliz corría de acá para allá, con la cara y la espalda iluminadas por las lucecillas rojas y verdes. La alegría, que había notado durante todo el tiempo en un lugar determinado de sus costillas, empezó a oprimirle.

¹⁹ Sólo Bárbara en original.

A la mañana siguiente los pescadores de la *Veronika* comunicaron a su capitán la decisión de no embarcar. Al mismo tiempo el resto de los pescadores hacía otro tanto. El capitán de la *Ursula* era Adrian Six. Entre su gente había tres o cuatro muchachos de edad parecida, que eran los más descontentos. Siempre reinaba el descontento y el malestar en el barco de Adrian, como si él mismo llevara el germen del malhumor y el hastío en su estirado y curioso cuello. Toda la tripulación se alegraba de ver aquel día a Adrian más malhumorado y tímido que nunca. Pero no se resarcieron. Hacía tiempo que Adrian esperaba esa declaración. Explicó tranquila y razonablemente que transmitiría sus demandas; con respecto a su persona estaría dispuesto a negociar su parte con la tripulación. Los pescadores lamentaban no poder sacudirle a Six como hicieron, por ejemplo, con el viejo de la *Marie Farère*. Incluso hoy estaba huraño y aburrido.

En el puerto había el mismo trajín que los días de partida. También hoy había mujeres y niños de los pueblos cercanos, que acompañaban a sus hombres a los barcos. Se contaba con que saldrían en un par de días. Los hombres se agrupaban por tripulaciones y discutían sus reivindicaciones. El viento de poniente, que agitaba las puntas de las cofias contra las mejillas de las mujeres y que peinaba las crestas de las olas en dirección opuesta, arrastrando los pensamientos hacia la bahía, lejos de las palabras.

Se decía que en dos días lo más tarde saldrían con nuevas tarifas. Los del otro lado de la frontera lo harían al año siguiente.

Por la tarde se dio el aviso en Santa Bárbara de que las tripulaciones eligieran a uno y lo enviaran a la oficina de la armadora para negociar. Los pescadores se reunieron y eligieron rápidamente sin grandes discusiones. Se congregaron ante la puerta. Los delegados entraron. El emplea-

do de la armadora era uno de fuera, un hombre mayor con gafas. Se levantó tras el púlpito y comenzó a hablar amablemente, en tono tan bajo que todos tuvieron que acercarse y guardar un silencio total para entenderle. La Sociedad de Armadoras Reunidas Bredel estaba dispuesta a negociar. El incidente con el joven Bredel les había llevado a no enviar ningún representante a Santa Bárbara. Mientras tanto los pescadores de los pueblos vecinos deberían regresar a casa, dado que hasta llegar a un acuerdo en Port Sebastian y hacerse a la mar transcurrirían aún varios días.

Los delegados regresaron al grupo para deliberar. Algunos dijeron que habría que reunirse y preguntar a Hull, pero la mayoría querían votar en el acto, para no interrumpir el proceso. Eligieron entonces a los que, con el vapor nocturno, fueron a la isla y de allí a Port Sebastian²⁰. En el curso de los siguientes días, una parte de los pescadores abandonó Santa Bárbara y de nuevo volvió la calma.

La sopa en la mesa de Kedennek era tan clara que resultaba casi un reproche para los dos hombres adultos. El sol, que se ponía tras las chozas, pintaba flecos rojizos en las cabezas de los niños, en la pared y en el suelo. El pequeño dormía, en el silencio sólo se oía el rascar de las cucharas. Antes había regresado Kedennek con su vecino Bruyk. Bruyk había dicho:

—Kedennek, tú que siempre has sido uno de los más listos, no sé por qué te metes en esto.

Kedennek no respondió nada y Bruyk siguió:

—Estas cosas empiezan siempre a lo grande y acaban

²⁰ Sólo Sebastian en el original.

mal. ¿Port Sebastian? ¡Qué va! Tú espera y ya verás lo que queda para el próximo invierno.

Kedennek se paró de pronto y rompió a reír en alto. Bruyk se estremeció. No dijo nada más. Se fueron a sus casas. Estaban todavía a la mesa cuando de repente Andreas se levantó. Al mismo tiempo llamaron a la puerta. Era Hull. La mujer de Kedennek se inclinó sobre la cacerola, los niños miraron a Hull, y Andreas también le miró. Y Kedennek. ¿Que si podía sentarse? Sí, claro. Le ofrecieron de comer —aún quedaba un poco de sopa en la olla—, rehusó. Kedennek le instó con brusquedad a que comiera. Comió. Hull preguntó luego si podría dormir allí. Le miraron. Hull dijo:

—No es bueno que pare siempre allá arriba, ahora ya saben que estoy allí, ya no es sólo algo entre nosotros, quizá podría quedarme aquí algún tiempo.

Kedennek dijo:

—Sí, ¿por qué no?

Los niños miraron fijamente a Hull. Ahí estaba por fin, el forastero, el huésped. Andreas le miraba de reojo, sus ojos brillaban; de manera que ahí está Hull, entre nosotros, pensó. Aunque Kedennek había fijado su mirada en Hull, éste tuvo la impresión de que esa mirada le traspasaba, alojándose en un punto cualquiera de su espalda. Pero no era así. Kedennek pensaba que todavía estaba Hull allí mismo, sentado a su mesa. La mujer de Kedennek observaba desconfiada la chaqueta de Hull.

Acostaron a los niños junto a la pared, Andreas se echó en el banco y a Hull le dieron la alcoba. Apagaron la luz; como si todos los ruidos adquirieran de pronto derecho, se oyó entonces por vez primera el débil resoplido del bebé, y afuera como un viento no especialmente fuerte golpeaba con monotonía una tabla suelta contra el muro. Luego se oyó respirar a los niños, luego Andreas, luego los viejos. Era bueno dormir aquí, Hull fue dur-

miéndose y casi dormido oyó cómo su propia respiración se mezclaba con el resto.

Arriba, el cantinero había alojado en el agujero de Hull a un joven comerciante a quien solía encargar aguardiente, azúcar y café. La fiesta había terminado, y en los tranquilos días de después Desak solía hacer cuentas de los ingresos y los gastos. Él, Desak, también se había embarcado en sus primeros tiempos, pero luego se quedó anclado allí en una fonda del puerto. Más tarde se quedó en la costa, unas veces aquí, otras allá. Su mujer era una nativa. Su primer marido había abierto una cantina junto a la tienda. Había sido la mujer quien en un viaje a Docre, un pueblo al oeste de Port Sebastian, trajo a Marie para que la ayudara en la cantina y en la tienda. Desde entonces Marie acostumbraba, si no encontraba algo mejor, a pasar el invierno allí. Se había quedado bien flaca, el puñado de carne y huesos en que se había convertido su cuerpo tenía que bastarle. Después de poner orden en la tienda y haber hecho las cuentas, Desak descubrió que Marie le había robado como cada año. La llamó. Ella bajó, y como cada año, entornando los ojos y echando el mentón adelante, comenzó a insultarle. Desak la agarró del pelo, la golpeó, Marie comenzó enseguida a llorar, un llanto muy especial, como el de todos los años en aquella ocasión. Era un llanto lánguido y quebrado, que aumentaba las ganas de escucharlo al que golpeaba. Desak la seguía golpeando, se había calentado, y sólo cesó cuando el llanto de Marie se hizo quedo y aburrido. Marie resollaba tragándose las lágrimas, se acurrucó en un rincón, fingiendo más desgracia de la que sentía. Desak, riendo, le palmoteó el hombro, que le asomaba por la gastada blusa, toqueteándola y gruñendo. Finalmente se quedaron juntos hasta el amanecer, hasta que bajó el joven comerciante a pedir café.

A la noche siguiente se dijo ya que la gente que estaba de regreso de Sebastian²¹ lo hacía con un nuevo contrato. Los hombres dijeron a sus mujeres que los inviernos venideros serían distintos a los de hasta entonces. No dijeron en qué consistiría esa distinción, pero todos los que lo escuchaban se imaginaron algo distinto, las mujeres, los niños, ellos mismos. Todos hablaban del nuevo contrato; en el mercado, en la isla, el kilo de morralla²² subía dos peniques a la semana, los niños también estaban contentos. Un día se dijo que los hombres volverían en el próximo vapor, y todo se fueron al embarcadero. Pero nadie vino, la semana pasó sin noticias, la sopa se hizo más clara todavía, las mujeres más impacientes, ya era hora de que los hombres salieran, y además seguro que ya les habían quitado los mejores caladeros. El viento, que arrastraba una inane lluvia estival desde el interior, batía confuso contra los barcos del puerto, sujetos por un invisible hechizo que parecía ser más fuerte que el viento mismo.

El cantinero hizo un gran pedido, como normalmente sólo hacía de cara al invierno, fiaba, la cantina estaba llena todas las noches, era como si el pueblo sufriera de una pena secreta, contra la que había que beber un poco. La mayoría de las veces, Hull se iba con los Kedennek a casa. Andreas se sentaba junto a su tío, con las manos en las rodillas; su rostro moreno tenía un aspecto más cansado e introvertido, quizá había dado un estirón, quizá la chica de St. Blé le había dado un adelanto.

Una mañana vino la vecina, Katarina Nehr, llamó y se sentó. Pero Katarina Nehr estuvo un rato sin decir nada, luego dijo:

—Quién sabe si Franz Nehr volverá.

Marie Kedennek dirigió a la otra una aguda mirada.

21 Sólo Sebastian en el original.

22 Morralla: pescado menudo.

Katarina Nehr todavía era joven, jugosa y no tan escurrida como la otra; por eso Marie Kedennek nunca había podido soportarla. Tampoco podía entender cómo una persona era capaz de llamar sin más, sentarse y ponerse a hablar. Pero ciertamente estos eran días especiales. Replicó:

—¿Por qué no va a volver?

Katarina Nehr asintió, luego se fue. Aparentemente sólo había venido a expresar sus temores. Por la noche la Kedennek contó su visita. No podía contarle nada a su marido, pero sí a Andreas. Andreas se lo contó a sus amigos en el puerto. Pronto empezaron a decir en el pueblo: Tiene que estar pasando algo. ¿Por qué no han vuelto? ¿Cuándo van a volver? Pasó una semana más. Un sábado volvieron, en el primer vapor, sin que nadie les esperase, tres de los enviados. Al principio habían sido cuatro, dos de Santa Bárbara y dos de los pueblos de alrededor. Los dos de fuera no se entretuvieron, sino que siguieron camino a pie inmediatamente. El tercero, Michael Pedeck, de Santa Bárbara, se fue con su familia. Por el camino se encontró con compañeros, a los que les contó todo.

Les habían recibido de forma completamente distinta de lo que habían pensado. A poco de llegar los habían sometido a un interrogatorio. A mediados del penúltimo día habían detenido a Franz Nehr y se lo habían llevado a la capital. Se le implicó en el asunto del joven Bredel. Había estado en la taberna aquella noche. Por otro lado, sí había tenido lugar una asamblea, pero por alguna razón no hubo quórum. En realidad habían vuelto sin haber arreglado nada.

Era un día anodino, gris, con viento del interior, se echaba de menos el sabor de la sal en la lengua. La tierra y la mar estaban cubiertas de polvo, el viento enterrado en alguna parte, la gente no tenía ganas de armar jaleo.

Sólo los pájaros graznaban, pegados por la lluvia a los acantilados. Abajo en el puerto todo estaba como de costumbre, sin especial animación, pero con bastante ir y venir, tres, cuatro vapores a mediodía; por las pasarelas bajaban cajas pintadas de rojo, manchadas por la lluvia, en dirección a los almacenes, más allá del mercado. Las casas abrían su frente, y en ella aparecía el espíritu de cada una, en el rectángulo oscuro un torso desnudo se movía pesadamente, adelante y atrás, adelante y atrás, mientras la cuerda gemía en la polea mal engrasada.

Al anoecer bajaron de su colina un par de pescadores, y pronto estuvieron casi todos abajo, miraban absortos, como si esta noche cargaran cajas especiales con cuerdas especiales. Terminada la faena, los trabajadores se dirigieron al transbordador que las devolvería a la isla, sólo una pequeña parte se quedó en Santa Bárbara. Entre ellos y los pescadores había poco trato, los trabajadores tenían su propia cantina abajo en la bahía. Ahora los pescadores se les quedaban mirando como si esperasen algo especial incluso de ellos.

Alrededor de la plaza se encendieron las luces. En las oficinas aún se trabajaba. Los pescadores se quedaron. Estaban tan juntos que parecían un pequeño grupito en la gran plaza blanca. Se abrió la puerta de una oficina y salió aquel empleado de pelo blanco y gafas, que iba a cenar a la cantina. Avanzó un poco por la plaza, vio algo oscuro, cerrado, y dándose cuenta sólo entonces de la presencia de los pescadores, vaciló, dio la vuelta. Los pescadores se le quedaron mirando, uno se separó del grupo —era de la tripulación de Six— y persiguió al viejo. Este se apresuró, alcanzó la puerta de la oficina, se cerró por dentro y bajó las persianas. El joven golpeó las persianas con los puños, hizo señas a sus compañeros, que también se pusieron a dar golpes, las persianas cedieron y todos invadieron la oficina. El viejo se había escon-

dido detrás de su púlpito, le sacaron, le sacudieron, gritaron:

—¡Tú eres el que mandaste a nuestros compañeros a Sebastian!

Él replicó con su tenue voz de siempre, ahora algo silbante:

—Yo tengo que hacer lo que se me manda.

Le arrojaron contra la pared olvidándose de él y arremetieron contra el cuarto. En un momento destrozaron el escritorio, las persianas, los armarios, rompieron los papeles y los quemaron. Rompieron y revolvieron todo tan desesperadamente, con tanta saña, como si les hubiesen robado algo muy importante, insustituible, y que tenían que recuperar allí a cualquier precio. Igual que una mujer que a ciegas y desesperada revuelve todos los cajones, toda la casa, y finalmente sólo revuelve por revolver, de igual manera arrancaron y destrozaron en unos instantes muebles, libros y enseres. Había pasado por lo menos una media hora cuando descubrieron al viejo acurrucado detrás del escritorio. Todo estaba destrozado, también los pescadores estaban sucios y desaliñados, sin embargo el viejo mantenía su pulcro aspecto, con su cuello, su barba y sus gafas. Uno le agarró de un hombro y otro intentó abrirle la mano. Tenía algo en ella. Era la llave de un armario que ya habían hecho pedazos. Le apretaron la mano, le retorcieron el brazo; el viejo empezó a reírse bajo; su risa era tan repulsiva que los dos pescadores le dejaron caer simultáneamente para seguir destrozando en otro lado. En el suelo, en medio de otras tantas cosas, habían quedado las gafas del viejo. Un cristal se había hecho añicos, el otro había quedado intacto por casualidad, mirando desde abajo el aire como un estúpido ojo, liso e indiferente.

No pararon hasta quedar exhaustos. De las lámparas rotas goteaba la luz sobre los montones de papel, resba-

lando hasta los almacenes, alzándose desde el suelo hasta el techo. El aire gris y monótono se hartó, ávido de rojo. El fuego se apagó por sí mismo, en parte porque estaba apesadado entre los muros de piedra de las casas, en parte porque la habitual lluvia nocturna arreciaba.

La mayoría se había ido ya a los botes para aprovechar la oscuridad para la pesca —al día siguiente había mercado en la isla—, el resto subió. Kedennek también subió, Hull iba detrás, no hablaron y se fueron a dormir sin mediar palabra. Hull seguía durmiendo en casa de Kedennek. Aún no le buscaban, el pueblo se había cerrado a su alrededor, protegiéndole. Kedennek se durmió enseguida; estaba totalmente exhausto. Hull estaba echado de espaldas, la plaza grabada en sus párpados, inmensa, terriblemente blanca —sólo ella era blanca, a su alrededor había caído la noche—, detrás las oficinas, las luces, las persianas echadas, todo giraba en su cabeza como un torbellino. Volvió a gritar:

«¡Adelante!» —otra vez los puños, y el retumbar, y añicos, y llantos, y más y más rojo y otra vez fuego. Luego fue cediendo, se fue calmando, al final sólo quedaron los pasos duros y monótonos de Kedennek que, a su lado, iban subiendo la colina. Luego todo quedó tranquilo y oscuro adentro y afuera. Hull pensaba: ¿qué me rendrá siempre aquí en la bahía, siempre en este agujero, desde hace ya meses? Se incorporó. Si verdaderamente quería marcharse tenía que ser ahora, sin pensarlo más. Si esperaba hasta mañana no se iría nunca, nunca, no podía entenderlo, no podía ser.

Se abrió la puerta. Andreas entró. Había querido marcharse antes, pero volvió a acostarse. Hull dijo:

—¿Andreas?

Andreas se levantó y se echó a su lado. Hull dijo:

—¿Irás mañana al mercado?

—Sí.

—¿Cuánto dura el viaje?

—Cinco horas.

—¿No puedes salir ya? Tengo que ir allí.

—Sí, ¿por qué no?

Guardaron silencio un rato. Andreas procuró adivinar en la oscuridad el rostro de Hull. Hull pensó: qué tontearías acabo de decir. Deseaba agarrarse al brazo de Andreas, a la mesa, a las paredes, para que nadie pudiera arrancarle de allí. ¿Quién habrá dicho en la oscuridad, pensó, que quería marcharme?

Llegó otro. Era Kedennek. Dijo:

—Quédate Andreas. Yo iré con Nyk. Hay sitio para otro, puede venirse.

Hull dijo:

—Déjalo, yo no me voy, todavía hay tiempo, iré en otro momento.

Kedennek vaciló, quería preguntar todavía algo, pero todos estaban demasiado cansados como para hablar.

Se había mandado recado a Blé y Elnor para que todos vinieran el domingo a la asamblea. Desde hacía algunos días había policías de Port Sebastian: seis o siete jóvenes, denunciados por los empleados de la armadora, habían sido trasladados a la ciudad. Aquello no impresionó demasiado a la gente. Katarina Nehr, que la semana anterior había andado siempre lloriqueando, se avergonzaba de haberle dado tanta importancia a algo que, poco después, les ocurriría a tantas otras mujeres. Además contaban con que tarde o temprano volverían a tener a los hombres en casa. El domingo por la mañana todos esperaban en el mercado —las oficinas estaban de nuevo en orden— a la gente de los pueblos vecinos. A la asamblea del invierno llegaron muy de mañana. Ahora era casi mediodía. Cansados de esperar, comenzaron a subir a la colina. Iban hablando. Se hizo mediodía. Se percataron al fin de que los otros no vendrían. Se sentaron apretándose

en la parte delantera de la taberna, dejando libre la tienda, la escalera y la parte trasera para los de fuera. Tampoco ahora se decidieron a sentarse más holgados. La habitación, luminosa y vacía, es una de cuyas esquinas se había apelotonado sin necesidad un montón de gente, tenía algo de agobiante. Primero se metieron e insultaron a los que habían sido demasiado vagos o demasiado cobardes para ir. Luego se callaron. Era un día claro y caluroso. Hull estaba sentado entre la gente. De repente sintió un miedo que, descendiendo del techo justo sobre su cabeza, se la oprimía como un puño. La noche pasada, en casa de los Kedennek, aún había sentido vergüenza de su miedo, ahora ya no. El miedo no salía de su corazón, no iba de dentro afuera, el miedo no tenía nada que ver con él, venía de otra parte. El miedo era la sombra que la desgracia misma proyectaba sobre los hombres, estando tan próxima que podía tocarse con las manos.

Todos callaban, el silencio se hizo muy tenso, un silencio tal que había que romperlo como fuera. Hull comenzó a hablar. Dijo que debían mantenerse unidos y no dejar salir ningún barco. La gente se acercó escuchándole con atención. De manera que seguía allí, diciendo siempre lo mismo, precisamente lo que se necesitaba, nada había cambiado. La gente empezó a animarse. Seguían alegres cuando terminó de hablar. No era esta una alegría de fiesta de Pentecostés, una alegría fugaz como luz de faro, era única, sin antes, sin después. Los de fuera no habían venido. Les habían dejado en la estación, eso era bueno, ahora estaban solos entre ellos. Comenzaron a hablar, cantaron, bebieron algo, dando palmas. También era bueno que las mujeres estuvieran, si no hubieran preguntado: «¿Qué ocurre? ¿Se resolverán las cosas? ¿Está todo arreglado? ¿Cuándo embarcáis?», tal como preguntan las mujeres.

El tráfico entre la isla y Santa Bárbara había disminuido algo porque los vapores tenían nuevos altercados. Pero en líneas generales había todavía bastante animación. En el puerto de veleros, los botes de los pescadores seguían en el mismo sitio donde los habían dejado el día después de Pentecostés. No estaban relucientes y parecía que algo pesado y mate iba corroyendo desde el interior sus poderosos cuerpos como una enfermedad o como una pena.

Un día apareció en la oficina de la armadora una nota en la que se decía que la Sociedad de Armadoras Reunidas Bredel había llegado a un acuerdo con los pescadores de Wyk, Blé, Elnor, etc., para mantener las tarifas como hasta entonces, pero subir los precios de venta del pescado. Se llamaba a los pescadores de Santa Bárbara a aceptar dichas tarifas. La nota había sido pegada en la misma puerta que los pescadores destruyeron. Ahora la habían reforzado por dentro con barras de hierro, como una caja fuerte, y además la Sociedad había enviado a las oficinas empleados de mano dura. Los pescadores arrancaron la hoja. No dijeron palabra, ni en su casa ni entre ellos, de la oferta ni de la falta de palabra de los de fuera. Por la noche se decía que los de fuera iban a llegar por la mañana y que en dos días embarcarían. Al día siguiente todos los pescadores de Santa Bárbara aparecieron en la plaza. Los de fuera llegaron juntos puntualmente. Quizá pensaban que Santa Bárbara había aceptado las tarifas y se enteraban por el camino del estado de las cosas. Tenían el mismo aspecto que la gente de Santa Bárbara. La proximidad de la salida no había logrado relajar sus rostros malhumorados. Con un gesto saludaron a los del lugar, les dijeron que si no querían colaborar y se obstinaban era asunto suyo. Los de fuera querían ir a los barcos. Los del pueblo les abrieron paso, un estrecho pasillo desde la plaza hasta el muelle. Los de fuera casi tuvieron que reco-

rerlo en fila india. Miraron en derredor, las miradas fijas y cabizbajos. Poco a poco les fueron acorralando hacia el camino de las chozas, alejándolos del muelle. Ahora tendrían que abrirse paso con los puños. Pero también los de Santa Bárbara tenían puños: fue entonces cuando los de fuera se percataron de que en los puños no tenían los pulgares, sino cuchillos. Los de fuera titubearon, se miraron y cerraron filas. Los del pueblo los fueron cerrando como un anillo de hierro, que cada vez se estrechaba más, mechado en su interior de puños y de cuchillos. Los foráneos repelieron el empuje, pero el anillo se estrechaba cada vez más. Todo transcurrió tan en silencio que ni siquiera se oyó un respiro, ni gruñir siquiera. Finalmente los del pueblo cedieron. Rápidamente, sin mirar atrás, se alejaron en grupo. Sólo ahora se oyeron desde el centro de la plaza gritos de socorro y maldiciones.

Al día siguiente nadie se hizo a la mar. La mayor parte de las tripulaciones de los de fuera permanecieron en Santa Bárbara heridos y maltrechos. El resto volvieron a sus casas.

Abajo seguían cargando y descargando. Por lo demás las chozas de los pescadores estaban apartadas un buen trecho, en dirección hacia los acantilados, de las otras, las de quienes allá abajo en Santa Bárbara querían trabajar, dormir, pasar hambre y comer como de costumbre.

Al tercer día de la salida fallida apareció en la plaza una nueva nota con el sello de la policía de Port Sebastian, en la que se instaba a las gentes de Santa Bárbara a denunciar a Johann Hull, juzgado en Sebastian y probablemente refugiado en Santa Bárbara. Hull estaba donde Desak. Allí fueron a contarle. Hull había temido aquello durante todo el tiempo, pero ahora, llegado el momento,

se sintió aliviado. El mismo día detuvieron y trasladaron a cuatro pescadores. Gentes de Elnor los reconocieron como los que habían atacado a sus compañeros a navajazos. Se decía que el embarque se había fijado definitivamente para el lunes y que se llevaría a cabo por todos los medios.

En el último momento las mujeres habían podido comprar fiado algo de grasa, azúcar y legumbres, pero hacía tres días que Desak había cerrado la tienda. Los escasos peniques que suponía la pesca menor de las noches se iban otra vez en las artes y en los botes. En el mercado podían conseguirse aquellos peces casi regalados; el sabor insípido y el olor a podrido de la sopa de pescado, sin grasa y sin apenas sal, se extendía por las mesas e incluso por los tejados. Las mujeres se asombraban de que a algunos niños les salieran erupciones, sin tener fiebre ni dolores²³. Con las erupciones ocurría lo mismo que con la detención de Nehr. La primera mujer se asustó, pero como a las demás les iba pasando lo mismo, no le siguió dando importancia.

Los días eran largos, desacostumbradamente largos y claros días en tierra. Pero los hombres tenían siempre prisa por levantarse de las mesas y las camas, como si el tiempo apremiara, como si no tuviera sentido entretenerse con semejantes tonterías. Habían avisado a la oficina. Ninguna salida salvo bajo las nuevas condiciones.

Entretanto el regimiento de Kedel había sido trasladado de Isla Margarita a Santa Bárbara. En la primera noche se vaciaron los almacenes, luego ocuparon a los soldados en construir barracones entre las dunas. Con la lle-

²³ Es normal que en las anemias y avitaminosis prolongadas surjan erupciones, trastornos digestivos y nerviosos, color pajizo y profundo cansancio.

gada del regimiento aumentó el trajín en el puerto. Después del trabajo, la plaza bullía de personas, luces y ruidos.

Hull estaba sentado solo a la mesa con la mujer de Kedennek. Solía trabajar con los hombres y regresó tarde a casa. Los otros no habían vuelto, los niños dormían. Marie Kedennek le miró silenciosa mientras comía. Al levantar la cabeza notó que ella le miraba llena de odio. Quizá le odiara porque viese en él al motivo de la revuelta. Pero eso no cabía pensarlo de una mujer tan en los huesos, curtida por la miseria. Quizá porque tenía que odiar a alguien, porque el pequeño moriría pronto, porque los mayores tenían erupciones. Quizá también le hubiese odiado igualmente, sin razón alguna, en otro tiempo y en otro lugar. En cualquier caso su odio sólo se le notaba en los ojos y en ellos sólo por unos puntitos diminutos. Jamás dejaría que se le notara el odio ante Hull, jamás ante Kedennek y jamás ante Andreas ni ante nadie.

Cuando Hull terminó, ella se levantó, se quitó la cofia, cosa que sólo hacía en la alcoba; algo tenía que sucederle para que obrase así, de pie, en medio del cuarto. Hull había pensado siempre que Marie Kedennek era una mujer vieja, con el pelo gris, pero lo tenía abundante y oscuro. Hull se sobresaltó y verdaderamente se avergonzó de ver a Marie Kedennek así. La mujer se estremeció, se cubrió de nuevo con el manto y se echó a dormir. Hull se fue.

Por el camino se encontró con Marie, la de Desak. Pensaba que se habría marchado hacía tiempo, como en el verano pasado.

—¿Para qué me tengo que ir, si con las dunas me basta? Si la razón fuesen los soldados, están todos aquí, en Santa Bárbara.

—Vaya elemento eres; todo el invierno te las has estado dando, como si fueras algo maravilloso; antes, cuando lo de Bredel, bien que te aprovechaste.

—Claro que me aproveché, pero ahora se acabó —dijo Marie, la de Desak—. No tengo mucho que perder y tú tampoco me vas a engordar.

Por la mañana temprano se había congregado todo el pueblo en el puerto, hombres, mujeres y niños, para impedir la salida de la *Marie Farère*. Puesto que los armadores se habían dirigido al prefecto y habían acordado con él que la *Marie Farère* se hiciese a la mar bajo cualquier circunstancia, habían destacado a soldados de Kedel para proteger la salida si fuese necesario. Estaban dispuestos a lo largo del muelle. La gente de Santa Bárbara formaba un montón compacto en la plaza del mercado. Estaba todavía amaneciendo, viento frío, subía la marea. Aun siendo tantos podía escucharse el murmullo del agua. Y por más cortante que se hacía el viento, más alegres saltaban las lucecillas que el viento lanzaba sobre el muelle y los tejados, y más desesperante se volvía el silencio. De repente, una voz del montón lanzó una amenaza contra la *Marie Farère*. Unas cuantas y claras voces juveniles la siguieron, alegres de poder corear.

Avanzaron hacia el puerto. Del otro lado gritó una voz dura: «¡Alto!», y se pararon. Pero luego, el montón de pescadores cerró filas y siguió avanzando lentamente. Habían decidido impedir como fuera la salida de la *Marie Farère*. En realidad tenían un plan muy distinto —desde el muelle, con los botes—, lo que hacían ahora carecía de sentido. Todavía no se había izado el puente de la *Marie Farère*, todavía tenían que subir algo a bordo. Justo en el puente había dos soldados, igual de grandes, igual de firmes, como hermanos. A su derecha y a su izquierda, varias filas de soldados cubrían aproximadamente el largo del barco. Los pescadores conocían a varios de aquellos soldados, de las tabernas de Isla Margarita. Sus rostros

aparecían ahora rígidos y ajenos. Quizá fuera todo falso, quizá nunca se hubiesen emborrachado juntos, pero lo único seguro y cierto es que estaban allí. De nuevo ¡Alto!. Esta vez el montón se detuvo. En medio de todos también estaba Kedennek. No le había quitado ojo al soldado de la pasarela, que ahora apuntaba el fusil. Seguro que le conocía. Él, Kedennek, sabía perfectamente dónde había visto aquel rostro moreno y juvenil. Kedennek siguió avanzando, tal como habían acordado, con pasos inusualmente breves y ligeros. Sintió en la espalda una extraña sensación de vacío y comprendió que los demás se habían quedado atrás, que andaba solo, y comprendió también que el soldado le dispararía. Cayó a la mitad de camino entre los soldados y los pescadores, a unos ocho metros de éstos. Su vida entera se la había pasado Kedennek pensando en veleros y motores, pescas y tarifas, pero a lo largo de esos ocho metros tuvo por fin tiempo de pensar en todo lo posible. En su cabeza se habían agolpado todos los pensamientos que la mente de un hombre puede alojar. Pensó también en Dios, no como en algo que no existía, sino como en algo que te ha abandonado.

La gente de la *Marie Farère* se inquietó. Exigieron volver a tierra. Quisieron retenerlos por la fuerza. Pero la gente había cambiado de actitud y llevaron a cabo su propósito con una testarudez que, tal como estaban las cosas, no tenía ni sentido ni objeto. El capitán —aquí era del todo desconocido, del otro lado de la frontera—, que era incluso más parco en palabras que los nativos —se comía las letras de las palabras dejando escapar nada más las vocales—, calló, porque si no se le habrían echado encima. Los soldados estaban desconcertados. Sin temor, los soldados de la *Marie Farère* se abrieron paso hasta la plaza por entre las filas. Los del pueblo les miraban in-

móviles. De repente uno de los de fuera, Franz Kerdek, de Elnor, en cuya casa habían estado en invierno Hull y Andreas, se volvió con brusquedad. Automáticamente todas las miradas siguieron todos sus movimientos. Hizo algo del todo sin sentido. Se palpó con las manos la chaqueta y los pantalones, como si buscara algo. Incluso los soldados, que continuaban vigilando el barco en medio de su desconcierto, seguían sus movimientos. De pronto, como si al fin hubieran comprendido lo que Kerdek buscaba, todos los de fuera se abalanzaron contra los soldados, brusca y repentinamente, derribando a varios de ellos y arrojándolos desde el muelle al agua, antes de que pudieran darse cuenta de lo que ocurría.

Transcurrieron unos minutos, fue entonces cuando sonaron dos disparos, seguidos de otra media docena. Luego nada más. Entretanto el viento se había enfurecido mucho más. Era tan fuerte y desenfrenado que incluso aquellos que habían quedado enredados en aquel ovillo de cuerpos lo sintieron en sus cabezas. También aquellos que, heridos, caían entre las piernas de los que huían, tuvieron que sentirlo. Los chicos pequeños, que se habían subido a la parte más alta de las fachadas para verlo todo, saltaron de repente lanzando chillidos agudos y claros como el viento. Tan grácil y alegre era la fuerza del viento, que igual que arrancaba jirones de luz al grueso sol, arrastrándolos ante sí, parecía también haber arrancado los secos y agudos disparos de algo pesado y oscuro, llevándolos por el aire sin apenas esfuerzo.

Andreas había pasado la mitad de la noche y el día entero en el bote y, según su costumbre, no había regresado a puerto, sino que llevó el bote hasta una minúscula ensenada entre los arrecifes, y desde allí subió. En casa no había nadie. Sólo el niño estaba en su cesto, mudo y arruga-

do, pero vivo. Andreas lo cogió enseguida y lo observó con curiosidad. La verdad es que estaba contento de que no hubiera nadie, de poder observar detenidamente al niño, con especial dedicación, sin que nadie se enterara de ello. Luego se estremeció y se extrañó de que nadie, ni siquiera los niños, hubiera vuelto. Quiso poner al niño en el cesto, pero algo se lo impidió. Con él en los brazos salió a la puerta.

El pesado silencio del camino y de las chozas, una inexplicable tensión en el aire, un ruido o lo que fuese, convencieron inmediatamente a Andreas de que bajo el cielo de su pueblo estaba ocurriendo algo importante. Las ventanas de la nariz se le ensancharon, sintió una punzada en el corazón... ¡una vez más no estaba allí! Entró en el cuarto para acostar al niño. Entonces oyó unos pasos pequeños y precipitados. Los chicos de Kedennek entraron en tromba y sin aliento apenas dijeron:

—Traen a padre.

Andreas sacudió la cabeza. Llegaron más. Unos pescadores traían a Kedennek. La mujer también venía. Marie Kedennek apartó la cortina de la alcoba y ayudó a tumbarle. Los hombres se hicieron a un lado, quedándose en la puerta, quizá porque no estaba bien marcharse enseguida. Otras mujeres entraron también, sentándose sin más a la mesa. Marie Kedennek limpió la mesa y se sentó con ellos. Andreas permanecía con el niño en los brazos. Tenía unas ganas terribles de algo alegre y luminoso. Marie Kedennek se levantó de pronto, le arrancó furiosa al niño de los brazos y lo puso en el cesto. Como si aquello hubiera sido una señal para marcharse, todos se levantaron y salieron.

Marie Kedennek puso la comida y los platos en la mesa. Andreas la ayudó. Estaba desesperado. Pero como los jóvenes estaba rabioso de sentir aquella pesada y negra opresión en su corazón y deseó que se le quitara y

sentir de nuevo su corazón vacío y sin preocupaciones. Tras la faena, Marie Kedennek se metió en la alcoba y se echó a dormir junto a su marido, como la noche pasada y todas las anteriores.

—Está bien que no te quedaras en St. Blé, sino en Santa Bárbara, pues ya te habrían entregado. Ahora te buscan sin cesar, está puesto por todas partes.

Hull se rió.

—¿Pero qué es lo que te hace tanta gracia? Venga, tienes que salir de la bahía. Los de Santa Bárbara continuarán la cosa sin ti, de todas formas está acabada. Conozco a algunos que te pueden llevar por la noche al Rohak. Desde allí ya verás como sigues. Dices que si los de Elnor y Blé hubieran resistido todo hubiera salido bien, pero no han resistido. Son precisamente de Blé, no de Bárbara. Pero ahora vete esta noche al Rohak.

Todos estaban pendientes de la boca de Hull, pero no dijo nada. Sobre la mesa, se puso a la ventana. Aquel crucero de la ventana lacraba todo aquello que pudiera quererse en la tierra. Fuera la luz se desplomaba en la mar, las nubes se rompían, un vapor rasgaba la lejanía, probablemente rumbo a Argel²⁴. Hull se volvió y rascó con la uña el tablero de la mesa. La gente le observaba tensa. Fuera se escapaba el nuevo verano por las aguas, eso le dolía, pero no podía marcharse de su pedacito de costa. Dijo:

—Me quedo.

La gente suspiró un poco. Sí, era bueno que se quedara, así estaría todo en orden.

²⁴ El hecho de que el vapor ponga rumbo a Argel podría permitirnos llegar a la conclusión de que la acción discurre en Francia, probablemente en la Bretaña, de cuyos puertos salían las embarcaciones hacia Argelia. Desde 1830 hasta su independencia Argelia estuvo bajo la dominación francesa.

Hull subió. Se encontró con Marie. La agarró.

—¿Quieres o no?

—No.

—¿Por qué no?

—Precisamente por eso.

Su voz se había hecho más débil. Pasó por delante de él. Una o dos sacudidas hubieran bastado para hacerla ceder. Su cuello, su voz, sus caderas aguardaban aquello. Pero Hull siguió su camino. Hoy no estaba en condiciones. A sus manos, que cayeron indecisas, les faltaban aquellas dos garras.

Se acostó temprano, de nuevo en un viejo agujero. No dormía, y escuchaba lo que pasaba al lado. Marie había vuelto, ruido de botas, el crujido de la colcha, el tableteo de la puerta. Hull oía desesperado todos los sonidos del amor. En ocasiones había pensado en la muerte; unas veces le parecía terrible, otras indiferente, en ocasiones una aventura maravillosa que hay que vivir joven y con fuerzas.

Pero la muerte no le parecía ahora otra cosa que la imposibilidad de acostarse con una mujer. Hull se dio la vuelta. De haberse ido quizá estuviera ya en el Rohak. Hull siguió escuchando, al lado no se oía ya nada. La casa, preñada de silencio, se mecía sobre la duna al viento, que en estos días soplaba incluso en bajamar. De pronto pensó: ¿quién de Santa Bárbara estaría dispuesto a salir en la *Marie Farère*? Y con eso se durmió.

Muy de noche, cuando ya no quedaban pescadores abajo, Franz Bruyk entró en la fonda y solicitó hablar con el representante de la armadora. Le dijo que él, su hijo y el hermano de su mujer estaban dispuestos a hacerse a la mar, y que también podría traer a unos cuantos del pueblo, la tripulación entera. Que había que romper la bre-

cha en aquel asunto, que la gente se había emperrado y no podían salir de aquello aunque quisieran. El representante le miraba sorprendido. Luego le contestó que haría llegar su comunicación a Port Sebastian. Bruyk regresó satisfecho a casa. Los miembros de la familia Bruyk, a los que las últimas semanas también habían afectado, como a los demás, seguían con su aspecto de bola, pero habían recibido algunas abolladuras aquí y allá.

Kedennek fue enterrado dos días más tarde. El cementerio tenía una zona común y además otra especial para los que habían muerto en la mar —con tumbas y lápidas de verdad. Pero a Kedennek no le enterraron allí porque, desde luego, no había muerto en la mar. Por la noche volvieron muchos pescadores al cuarto, las mujeres también fueron y se sentaron a la mesa. Hull también fue. Trató de evitar que Marie Kedennek le viera, pero cuando ésta se fijó en él, tenía los ojos muy apagados y secos. Marie se sorprendió de que Hull estuviera tan abatido, como si hubiera perdido a su padre. Hull no había podido entender nunca qué tenía que ver Kedennek con el cuarto aquel, con la mujer y los niños. Kedennek, comparándolo con él, Hull, había sido un hombre viejo. Pero no había corrido mucho mundo, y nada había parecido convencerle tanto como las palabras de Hull. Con desesperación casi, había decidido aprovechar la primera ocasión para escapar de su mujer, su choza y sus hijos. El cuarto estaba ahora tan a oscuras, que los contornos se borraron. Sólo las cofias de las mujeres parecían flotar en medio del aire. Abajo, en la oficina, se colgó una nota para que la gente se presentara a embarcar en la *Marie Farère*. Arrancaron la hoja, pusieron otra nueva, la volvieron a arrancar. Abajo en las dunas, los soldados seguían trajinando en las barracas. Se decía que todo el re-

gimiento iba a ser trasladado de la isla a Santa Bárbara. El tiempo había cambiado, el cielo se había hundido y la lluvia azotaba la mar.

A los chicos de Kedennek se les había adelgazado tanto el cuello en los últimos tiempos que parecía que sus cabezas se bamboleaban en ellos. Cuando su madre les ponía la comida, daban la vuelta a la cuchara y masticaban el mango. La madre trataba de hacerles comer, les pegaba algún bofetón, pero los chicos seguían sentados con sus lastimosos cuellos royendo las cucharas. Por la noche, cuando les pusieron los platos delante, empezaron a llorar, lo mismo ocurrió a la mañana siguiente y también al mediodía. Quitó la olla llena y quiso retirar también las cucharas, pero los niños las agarraron y las mordieron. Marie Kedennek deseaba que Andreas regresara, en casos así sabía qué hacer. Andreas se pasaba ahora el día en el bote: cuando regresaba era para salir inmediatamente a la taberna. Allí solían sentarse siempre juntos. Daba igual que los niños gimieran o que las mujeres rascarán los platos. Aquí se encontraban lejos de todo, como en un camarote, aquí estaban entre ellos; algunos habían dejado de ir, unos ocho o diez. Hablaban sobre la revuelta, sobre cuánto tiempo aguantarían, el año siguiente, o cualquier otro, participarían los demás. Que ahora habían perdido era algo que no ocultaban aquí, entre sus cuatro paredes. Aconsejaron a Hull que se marchara, era un milagro que todavía no lo hubieran cogido. Hull se reía, se alegraba de que se lo dijeran, así se podía reír.

Más tarde, cuando la mayoría se hubo marchado —sólo algunos que no se decidían a meterse en tierra permanecían reclinados sobre las mesas—, Hull echó el brazo sobre los hombros de Andreas. Estaban igual que

cuando en invierno en la hondonada Hull le hablaba al joven con voz queda. No hablaba del embarque, ni de Santa Bárbara; contándole cosas del otro lado, se transportaban juntos a otro puerto que hacía parecer diminuto y pobre a Port Sebastian. Hull hablaba rápido y con vehemencia, como el que se repite siempre lo mismo para no olvidarlo. Se daba cuenta de que Andreas estaba demasiado cansado para escucharle, pero continuó hablando.

Andreas salió con el joven Bruyk en un bote. Era un muchacho alegre. A Andreas siempre le había caído bien. Sabía chistes y canciones y a Andreas le gustaba y reía a gusto. El joven Bruyk dijo, a espaldas de Andreas:

—Tú, la próxima semana embarcamos, yo, mi padre y el otro y el otro. Ven tú también, nos falta uno.

Andreas no comprendió en el primer momento y se quedó pensando. Pero no contestó nada. Tampoco se volvió, de modo que ni el joven Bruyk ni nadie en el mundo pudo ver la cara que puso Andreas ante tal propuesta.

Cuando Andreas regresó, Marie Kedennek estaba retirando la sopa. Los chicos roían las cucharas. Marie Kedennek preguntó a Andreas:

—¿Has traído algo?

Andreas contestó sorprendido:

—¿Qué voy a haber traído?

Los chicos habían dejado las cucharas y le miraban fijamente. Pero Andreas pasó de largo y con el índice le dio unos golpecitos al pequeño en el cesto. Cuando se giró, los tres rostros estaban vueltos hacia él, con los ojos negros como agujeros. Andreas no tenía ganas de quedarse en un cuarto así. Subió. Pero arriba tampoco pasaba nada. Iba a la plaza del mercado cuando topó con unas

mujeres en la esquina de la casa de Nehr, de donde salía el camino hacia las dunas. Estaban allí hablando. Marie Kedennek también estaba. Andreas se asombró. Quiso pasar rápido, pero Marie Kedennek le agarró por la muñeca. Andreas frunció el ceño y la apartó a un lado, como había visto hacer a Kedennek. Marie Kedennek agachó la cabeza, Andreas continuó, entonces ella le llamó de nuevo:

—¡Andreas!

Andreas se paró.

—Escucha, Andreas, el miércoles embarcan —dijo ella con un hilo de voz, que a Andreas le pareció horrible. Como una niña. Quizá había hablado así con Kedennek bajo la colcha—. Falta uno. Podrías ir tú.

Andreas le dio un codazo en el pecho.

—Se ha vuelto loca, Marie Kedennek —respondió—. Váyase al diablo y métase bajo sus faldas, usted y sus lloros²⁵.

—Pero los niños —continuó Marie Kedennek con su voz tonta y débil de niña.

—Y a mí qué me importa —gritó Andreas—, ya han vivido más tiempo que nuestro pequeño de casa. Se fue.

Marie Kedennek se echó de pronto a llorar.

—Lo oís —lloraba—, no irá, ya os había dicho yo que no irá.

Andreas se volvió otra vez. No hizo caso a la Kedennek, sino que preguntó a las mujeres:

—¿Embarcan el miércoles?

—Sí.

—¿La *Marie Farère*?

—Sí.

Andreas se marchó. Por la noche volvió temprano a

²⁵ En el original Andreas da a Marie Kedennek tratamiento de vos. Hemos vuelto a traducirlo por usted con el fin de evitar posibles confusiones.

casa. Sacó las cosas de Kedennek y comenzó a repasarlas. Marie Kedennek se sentó a un lado a ayudarle. No se hablaron. Andreas fue a la oficina a pedir un adelanto. Lo llevó a casa, donde la nariz se le llenó de un agradable olor a grasa.

Para la salida habían apostado soldados, pero no hubo nada que vigilar. No fue nadie, ni siquiera los familiares, temerosos de los del pueblo. La gente de Santa Bárbara trataba al barco como si no existiera, ni le hacían caso, ni comentaban. Y si se tropezaban con los niños de los embarcados, les hacían tan poco caso como si hubieran tropezado con gatitos.

La *Marie Farère* no había doblado aún el Rohak cuando ocurrió el accidente, salvándose por los pelos el barco y casi toda la tripulación. Finalmente se recuperó el barco, aunque en un estado bastante desesperado, y tres o cuatro hombres pudieron ser salvados. Un par de horas después aún no se sabía cómo se había producido el accidente; si había fallado la máquina, encallando luego en el Rohak, o si habían encallado antes y la máquina no aguantó o lo que fuera. Había quienes afirmaban que en ese lugar no era posible un accidente así con la *Marie Farère*, que alguien debía estar implicado. Por la noche todo el pueblo hablaba de aquello. Las mujeres de los siniestrados estaban desesperadas. Era verdad que estaban acostumbradas a despedir a los hombres con toda suerte de malos presagios. Pero luego llegaba el verano y desvanecía los temores. Esta vez la certeza estaba allí al anochecer. Estas mujeres recibieron ansiosas los rumores. Para los desesperados siempre es mejor tener a mano algo más tangible. Ante el pueblo era una cosa muy distinta ser derribado por un golpe que el destino les mandaba en nombre del propio pueblo.

Entre los tres salvados se encontraba Andreas. Cuando la mujer de Kedennek se enteró de la desgracia, estaba convencida de que Andreas había muerto. Este accidente era en verdad una vergüenza espantosa. Había perdido al muchacho, a quien quería más que a sus propios hijos. En un barcucho como aquel. Pensó en las mujeres que tenían hijos y maridos a bordo. Nadie podía odiarlas tanto como ella. Echó el cerrojo a la puerta después de meter a los niños en la alcoba. Se sentó en la mesa y se agarró con ambas manos a las cintas de su cofia con la mirada perdida²⁶.

Por la noche trajeron a Andreas. Estaba vivo, aunque destrozado y preso de escalofríos. Marie Kedennek le acostó en la alcoba y le frotó con aguardiente. Luego volvió a sentarse a la mesa vacía. Andreas no había dicho palabra. A veces su pie daba contra la pared de la alcoba. Marie Kedennek se cogió de nuevo a los picos de la cofia. Ahora que la desgracia se había desvanecido, el sabor de la vergüenza era todavía mayor.

De pronto, en la noche, dijo Andreas:

—Levántate, engrasa mis cosas, recoge todo lo que tengas, el tocino y el aguardiente, y también la ropa de Kedennek. Tengo que irme.

La mujer de Kedennek le escuchó asustada. Andreas no dijo nada más, se levantó, sus pies resonaron contra el suelo. En el primer instante ella creyó que deliraba por la fiebre, luego lo entendió todo. Andreas comenzó de nuevo:

—Desde el principio tuve la idea. Fue sencillo. Me lo había imaginado mucho más difícil, pero sólo necesité un destornillador y una sierra. Fue muy sencillo. Fue bueno que todos escucharan cómo me imploraste el otro día,

²⁶ Las referencias a la cofia podrían ser un elemento de distanciamiento, pues se usaban principalmente en Alemania y los Países Bajos. Precisamente la etimología de cofia es del antiguo alto alemán *kuppha*. La cofia se ajustaba a la cabeza con una cinta pasada por su jareta.

cuando el valor te abandonó. Y cuando te echaste a llorar delante de todos pareció que yo había cedido. Eso fue bueno. Si tenía sentido o no es lo mismo, habíamos dicho, arriba donde Hull, que no saliera ningún barco, y por eso lo hice. Es curioso que me haya salvado, no contaba con ello, pero ahora, tal como están las cosas, bajaré a los arrecifes, igual que Kerduys la vez aquella. Tarde o temprano darán conmigo y me colgarán, pero quizá pueda aguantar dos o tres semanas, si no hay marea viva. Y tú, súbete donde Marie, que en ella no se fija nadie, y dile que dentro de unos días me ponga algo de comer en la grieta redonda del risco de las cabras —ella ya lo sabe— y que lo siga haciendo. Es lista, quizá pueda también acostarse conmigo una vez más, incluso robarle el aguardiente al viejo. Dame mi hatillo.

Estaba completamente oscuro; recogieron las cosas a tientas. No tenían ganas de luz. Andreas estaba seguro de que Marie Kedennek había entendido todo lo que le había dicho, no era ninguna tonta, ni boba. En su lugar quizá hubiera hecho lo mismo. Pero su cariño por él había pasado. A uno como él no se le podía seguir queriendo. De alguien como él se espantarían las cuatro paredes de la choza y hasta los platos de la mesa. Los niños pequeños de Marie, sus blandas barriguitas, el pequeño y arrugado bebé, todo había terminado. Terrible que tuviera que ocurrirle precisamente a él. Siempre había sido tan alegre, quizá todavía lo fuera. Le había gustado silbar y reír y también había notado que, cuando se reía, se suavizaban los rostros; había escuchado a gusto su propia risa, prolongándola desmesuradamente. Quizá porque su madre había muerto temprano le gustaba que le quisieran. Marie Kedennek le pellizcaba a veces la oreja —a los adultos no se les puede acariciar. Le había gustado cuando le pellizcaba; en realidad todavía le gustaba. Ahora ya nadie le haría caso y eso era duro.

Andreas frotó su cuerpo una vez más con aguardiente y se vistió. Marie Kedennek ató el hatillo y lo puso en la mesa. Andreas lo recogió y descorrió despacio el cerrojo.

—Cuida de ti y de los niños, Marie Kedennek —dijo, triste—. Si mis padres hubiesen vivido más, seguro que no habrían sido mejores que lo que vosotros dos habéis sido conmigo los últimos años. Si te preguntan, di que estabas durmiendo y que no te enteraste de que me iba.

El viento sopló el cuarto un instante, un umbral lleno de una agridulce noche de primavera. Andreas cerró suavemente por fuera. Marie Kedennek se sentó de nuevo a la mesa desnuda. Se agarró de nuevo a los picos de su cofia. En la alcoba el bebé comenzó a gemir. Marie Kedennek soltó la cofia y apretó los puños contra los oídos.

Si Andreas no se hubiera escondido en el primer sitio que encontró, probablemente hubiera conseguido escapar, porque no le persiguieron tan rápido como se había imaginado en el primer momento de miedo. La verdad tardó más de una semana en filtrarse a través del gris y espeso aire del pueblo. El pueblo lo guardaba todo en su corazón, igual que una familia guarda para sí sus miserias y su vergüenza. Se había instruido una investigación, el prefecto en persona había ido a Santa Bárbara. Había dado plenos poderes al viejo Kedel. Kedel hizo publicar una prohibición. Nadie que no tuviera algo que hacer allí podía estar de noche en la plaza del mercado. De esta forma el triángulo que estaba sobre los acantilados quedaba separado de la parte inferior de Santa Bárbara.

Al caer la noche tres pescadores quisieron ir a la plaza del mercado. A la salida fueron detenidos por soldados. Se resistieron; a uno le sacudieron hasta dejarlo hecho un guiñapo. Los otros dos llamaron a gritos a sus compañeros, que saltaron de las camas. Las mujeres y los niños aguzaban el oído en la oscuridad. Al poco rato volvieron los hombres, destrozados y exhaustos. A mediodía, cuan-

do los hombres estaban fuera, volvió una docena de soldados. Registraron las habitaciones. Aunque se necesitaba más tiempo para registrar un bolso que una habitación gastada y pelada de tanto fregar, los soldados las revolviéron con una tenacidad apasionada y furiosa. Después aún estuvieron mucho tiempo charlando y riéndose por el camino.

Ahora la mar estaba tan alborotada como si de lo más hondo hubiera sacado sus mejores y más bellas olas. El sol sobre las rocas tenía un olor propio, sólo perceptible a estas horas. Las ovejas se afanaban por alcanzar los hierbajos que se desbordaban aquí y allá de las esquinas de las ventanas y de los aleros bajos.

Andreas, que conocía los acantilados como la palma de su mano, se había buscado una grieta inaccesible con la marea alta y de una altura superior a la de un hombre con la marea baja. Se acostumbró rápido a su situación. A la mañana siguiente ya encontró algo de comer en el agujero. Empezó a sentirse contento. El segundo día se encontró con Marie. Ella le confirmó lo que había esperado. Nadie le buscaba, solamente tenía que quedarse allí el mayor tiempo posible. Preguntó lo que Hull había dicho de todo eso. Marie no lo sabía. También se acostaron juntos. Entonces Marie volvió a casa dando un rodeo, por miedo a que le preguntaran por sus ropas mojadas y rotas.

Desde la muerte de Kedennek, Hull había dormido abajo en pocas ocasiones, una vez donde Desak, otra con los vecinos o fuera. Ya era mediodía cuando llamó Marie:

—Márchate ahora mismo, se han llevado a Desak donde el viejo Kedel y han puesto la tienda patas arriba. No tardarán en volver.

Hull se echó a reír:

—¿Y adónde quieres que vaya? Lo mismo da que me quede aquí.

—¡Venga, vete deprisa!

Tal como estaba, Hull salió de la casa. En los últimos tiempos el miedo nunca le había abandonado. En este instante tampoco había aumentado, y por lo tanto se sentía tranquilo e indiferente. Atravesó las dunas y echó sin rumbo fijo acantilado abajo. Llegó a una caleta que nunca había visto. En la arena había varada una barca, y en las rocas, tumbados boca abajo, unos cuantos muchachos del pueblo vecino, removiendo las algas. Hull se les quedó mirando. De repente oyó voces a sus espaldas y se dio cuenta de que esos muchachos no eran de la barca, sino dos jovencitos vestidos con ropas de ciudad que daban un paseo por la costa sin mayor motivo. Hull les habló, charlaron un rato, se enteró de que venían del Rohak y pertenecían a una comisión encargada de introducir algunas innovaciones en el faro. Habían remado a placer y querían volver a Isla Margarita para coger el vapor, que iba a desviarse por ellos para dejarlos en el Rohak. Hull preguntó si podía ir con ellos; entre los tres sacaron la barca de la arena y se pusieron a remar. Llegaron justo a tiempo. El vapor les recogió, cinco o seis, Hull entre ellos. Durante todo el tiempo Hull no sintió el más mínimo miedo. Ahora, en el barco, enseguida empezó a temer algo. Entre toda esa gente, trabajadores, comerciantes, marinos, tenía que haber varios que le conocieran. Atravesó la cubierta sin mirar alrededor. Nadie le llamó. Pero en la escalera topó con un hombrecillo vestido con un chaquetón de lino amarillo, que se echó atrás sorprendido. Hull pasó por delante de él camino del entrepuente. Allí había varias mujeres con sus cestas, seguro que eran de Santa Bárbara. Hull se sentó de cara a la pared. No debía haber bajado. Si el hombrecito del chaquetón amarillo

bajaba, no podría esquivarle. Apoyó la cabeza entre las manos. Bien pudiera ser que lograra escabullirse. Le quedaba una mínima esperanza de estar al otro lado el próximo mes. Quizá el trabajo fuera duro y el sol venenoso. Pero junto a él la mar esperaba, dispuesta a llevarle donde quiera que fuese; cada día esparcía sobre él compañeros, comida, bebida y algo que amar.

Alguien le tocó en el hombro. El hombrecito del chaquetón. Le habló. Hull se asustó y se encogió. Pero el otro se dio cuenta enseguida de que había confundido a Hull con otra persona. También Hull se percató de que no conocía al hombrecito. Hablaron, luego él subió. Se asomó por encima de la barandilla, ahora ya se veía la isla, la torre de la escollera, puntiaguda como un cucurucho de azúcar. De repente a Hull le entró una gran alegría. Era tal que desde el primer momento hacía sentir su calor hasta en las puntas de los dedos. Se dio la vuelta. Santa Bárbara sólo era una cinta delgada y oscura... tampoco había prestado atención, pero ahora advertía que la tarde de verano era azul, que el sol olía a mar y el mar a sol... una cinta oscura, como todas las costas que en algún momento había dejado atrás. Entonces el aire la cubrió, la cinta se hizo raya, luego nada. Ahora se veía la torre de la escollera, ahora llegaba el momento en que todo empezaba a ir deprisa, el momento en que la tierra atraía al vapor. Llegaron y bajaron uno a uno la pasarela. De repente se había esfumado toda la alegría de su corazón, dejándole tan sólo decepción.

Caminó sobre el empedrado, adentrándose en la ciudad. Por la noche encontró alojamiento en la misma fonda que ya le había albergado en verano.

Apenas había llegado Marie a la puerta cuando aparecieron un par de soldados de Kedel.

—¿Dónde está Hull?

—¡Y yo qué sé! Ya ves que debajo de mis faldas no hay sitio.

Los soldados buscaron. Marie se apoyó en el armario, se enrolló un fleco en el pulgar. Los hombres revolvían. Marie no se movía, lo enrollaba y desenrolaba. Subieron ruidosamente la escalera, revolvieron arriba, maldijeron. Marie se enrollaba el fleco en el pulgar y aguzaba el oído; si arriba se hacía el silencio durante un segundo, Marie alzaba las cejas, dejaba un segundo de enrollar el fleco arriba seguía el estrépito, Marie continuaba enrollando. Volvieron a bajar con el mismo ruido, revolvieron cajones y armarios. Marie no se movió; sólo cuando saltó la tapa del arcón y la botella tintineó y manchó la pared, Marie enseñó sus blancos dientes.

Los soldados se fueron, uno volvió, pellizcó el brazo de Marie.

—¿Dónde está?

Le pellizcó otra vez.

—¿Dónde está?

Marie pestañeó con suavidad, él la acarició un poco, sus compañeros le llamaban silbando. Marie dejó de pestañear y miró hacia la puerta con expresión furiosa y dura. Entonces empezó, suspirando, a recoger la habitación, empezando por el rincón más alejado.

Aunque Andreas no pasaba ni frío ni hambre, aunque estaba orgulloso de lo que había hecho, aunque le gustaba estar solo, comenzó sin embargo a entristecerse. Se encontró con Marie una segunda y una tercera vez, y le preguntaba insistentemente. Desak había sido llamado por el viejo Kedel, el astuto y viejo Kedel, que sabía lo que se llevaba entre manos. Sus soldados habían puesto el pueblo patas arriba. También habían estado en casa de la

mujer de Kedennek, la habían interrogado. Pero era más fácil que la gris bola de piedra de la entrada dijera quién entraba y quién salía, que Marie Kedennek. Hull se había marchado, pero nadie podía comprender cómo. Entonces Marie estuvo un tiempo sin ir. La cuarta vez que fue dijo:

—Ha pasado la época de la pesca grande, pero tendrán que salir por lo que quede. Ya se comen hasta las piedras. Kedel es astuto. A propósito, el pequeño de Marie Kedennek acaba de morir.

Al oír esta noticia, Andreas rompió a llorar. Lloró sin freno, sin disimulo.

—Cuando se lleva tanto tiempo en los acantilados, sin hablar días y noches con nadie, acaba uno llorando por cualquier mierda.

Después Marie no volvió. La primavera nunca había estado tan plena. Andreas esperaba con verdadera impaciencia que por fin le buscaran y le encontraran, y tal como se había imaginado le hicieran bajar camino abajo, ante todas las puertas, hasta la plaza del mercado. Quizá en el pueblo todo había vuelto a ser como antes, quizá entretanto todo había cambiado, mientras él esperaba tirado allí y el tiempo pasaba.

La Sociedad de Armadoras Reunidas Bredel planteó un ultimátum a los pescadores: o los barcos de la Sociedad anclados en Santa Bárbara salían con otra tripulación, o la gente de Santa Bárbara salía en las condiciones antiguas. Los pescadores se declararon dispuestos a salir. Una vez tomada la decisión en una corta asamblea, no volvieron a hablar jamás de aquel cambio, ni ante las mujeres ni entre sí. Si era preciso hablar de la salida, hablaban de ella como de cualquier otra salida. Por encima de la mesa las mujeres veían, muy en el fondo de los ojos de sus maridos, algo nuevo, sólido, oscuro, como el poso de un vaso vacío. Cada mujer pensaba que sólo estaba en los

ojos de su marido o de su hijo. Pero todos los hombres lo tenían.

Arriba, se sentaban ahora en silencio, los unos al lado de los otros, separados, con las manos en las rodillas. Como gente apilada en un montón que notara de pronto que queda mucho sitio y es posible ponerse mucho más ancho.

El vapor de Hull no zarpaba hasta fines de la segunda semana. Vagaba por la ciudad y la playa a su antojo. Sabía que ya no le podía pasar nada. La desgracia se había apartado tanto de él que estaba fuera del alcance de su sombra. A mediodía, algo apartada de la costa, se podía distinguir Santa Bárbara. Como si las horas de la travesía hubieran tenido la fuerza de años, el último invierno le parecía muy lejano. Sentía nostalgia.

En el muelle contaron que la salida de Santa Bárbara se había fijado definitivamente. Supo también ahora todos los detalles del hundimiento de la *Marie Farère*. Andreas no estaba en el pueblo, seguro que se había marchado antes del cerco. Al oír todas esas noticias, Hull no sólo sintió pena, sino pesadumbre. Él no estaba allí. Caminaba por las calles, quizá podía encontrarse a Andreas, aquí o en otra parte. Pero sabía bien que no volvería a verle más. Tenía que seguir adelante solo entre aquel sinnúmero de personas. ¿Por qué había dejado que Marie le sacara? Ahora se sentía como aquella noche en el cuarto de Kedennek. Pero entonces sólo había dicho: «Me quiero ir», ahora se había ido realmente. Todo estaba muy lejos, tiempo atrás, a derecha e izquierda se alzaban las casas, ventanas de colores, carros, caballos y hombres.

Hull fue al vapor y entregó sus papeles al capitán. Volvió otra vez a tierra, a la ciudad, al muelle. El día no era claro, y no se podía ver Santa Bárbara. Cuando pensó

que la salida tendrfa lugar pocos días después —como si le hubieran dado la noticia en ese momento—, sintió nuevamente pena, amarga como la vergüenza. Entonces se calmó. A él, Hull, no le retenfa nadie, era libre, nadie le detenfa. Comprendió perfectamente que nunca había pensado en serio en marcharse. Preguntó por el próximo vapor para Santa Bárbara. Todavía vagó un par de horas, entonces fue al vapor. Pasó la travesfa sentado abajo, en un rincón. Nadie le molestó, nadie le reconoció, como en el viaje de ida. Miraba constantemente ante sí. Le entraron ganas de estar con mujeres, y se le ocurrió que en la isla hubiera podido tener tantas como quisiera, e incomprendiblemente había dejado pasar la ocasión. Nadie le detuvo tampoco en el muelle, ni en el camino al pueblo. Era de noche, el camino estaba desierto. Sin embargo, se cruzó con un par de mujeres, con un muchacho. Aceleró el paso, antes de que le hablaran. Ellos se estremecieron, se quedaron mirándolo, sobre su rostro había crecido una nueva piel, se rasgó y los viejos rostros miraron por la rendija. Hull subió hasta la taberna.

No estaba llena, faltando poco para la salida, los pescadores mataban el tiempo en sus casas. Pero había un par de ellos allí, que entornaron los ojos y se aproximaron. Apenas se había sentado Hull, cuando Desak salió de la tienda. Se sorprendió y dijo:

—¿A que ha venido?

Hull rió, Desak prosiguió:

—No tiene sentido haber venido. Tampoco me hace ninguna falta aquí, he declarado ante el tribunal que no sé nada de usted y que nunca ha vivido en mi casa.

Hull bajó la cabeza, sabía que Desak tenía mucha razón, siempre le había alojado sin muchas preguntas. Los pescadores pensaban: ha vuelto, aquí está, eso está bien. Hull se sentó. Ahora era como siempre. Dijo a los pescadores que llamaran a sus compañeros. No debían hacer

caso a las mujeres, tenían que seguir juntos y no dejar salir a ningún barco. Los pescadores se aproximaron y escucharon tensos. Por un par de minutos fue como siempre había sido. Entonces hicieron salir a Hull. Eran soldados de Kedel, que se lo llevaron. Más tarde ya no hubo forma de saber quién los había llamado, si uno de los pescadores, o Desak, o si los propios soldados habían reconocido a Hull y le habían seguido.

Los pescadores siguieron sentados en silencio un rato en torno a la mesa. Pero no les llegó nada más que la luz del faro, dos trazos largos y uno corto. Salieron uno tras otro. Ahora había un vacío en la casa, se notaba que el viento no había cesado, chirriaba entre las tablas. Ahora Marie estaba sola. Hull no había reparado en ella, pero ella le había visto entrar y marcharse. Durante todo el tiempo se había sentado junto al armario, los ojos entornados y un fleco de su pañuelo amarillo enrollado en torno al pulgar. Ahora se levantó, apagó la lámpara y se fue arriba. Aún estaba en la escalera cuando volvieron a llamar. Bajó, la habitación estaba llena de soldados. Preguntaron por Desak, que no estaba, entonces empezaron a buscar por la tienda, por tercera vez en ese mes. Pero acabaron pronto. Estaban contentos, algunos habían bebido, siguieron haciéndolo. Marie les conocía a casi todos, de las dunas. Todos eran gente del interior, muchos habían visto la mar por primera vez ese año, se habían aburrido todo el invierno en la isla. Marie conocía también al largo greñudo, que ahora la cogía por las axilas y la aprisionaba contra la pared. Su rostro, aún rojo por el alcohol, era tan juvenil que no podía parecer más que bonachón.

—Eh, tú —dijo—, tú te subiste a Bredel, entonces, y has tenido aquí a Hull, y también al pequeño Bruyn, el de allá abajo.

Parloteaba. Pero además tenía ganas de hacer algo

malo alguna vez. Apretó los pulgares contra sus hombros, y las rodillas contra el vientre. Marie le miraba fijamente, de pronto se encogió y se escabulló de entre sus brazos. Los soldados rieron, trataron de agarrarla, Marie volvió a escabullirse. Escuchaba con atención, por si Desak volvía por la tienda, pero no vino. El joven greñudo, irritado, empujó a Marie contra la mesa, dobló su cuerpo contra la tabla y la sujetó. Marie no sabía por qué estos soldados de Kedel, de repente y precisamente ahora y todos a la vez, sentían tal ansia por su cuerpo flaco y miserable. Por otra parte, le daba igual. También le daba igual que le arrancaran primero los vestidos y luego su piel y sus cabellos. Incluso ese dolor peculiar, cortante como el cristal, realmente insoportable le daba igual. Pero lo que no le daba igual era su pañuelo amarillo, que entretanto se había quitado del cuello y mantenía alejado. Era el mismo pañuelo que Hull había visto en la playa de Isla Margarita y había reconocido a bordo del barco. Por algún motivo, quizá porque le gustaba tanto, quizá porque entonces pensó, ahora pasará algo, ahora llegarán los que me lo regalaron, Marie había puesto en ese pañuelo una loca esperanza. Cuando uno intentó abrir sus dedos, sus puños emprendieron, muy por encima de su cabeza, al final de sus flacos, dislocados brazos, una lucha desesperada, tenaz y por último victoriosa.

Cuando Desak volvió por la mañana, la casa estaba vacía. El viejo Kedel le había retenido toda la noche en el cuerpo de guardia. Unos días después Desak fue obligado a ceder su taberna y abandonar el lugar. Ahora se había quedado clavado en su sitio. Entre charcos y cristales rotos, caída de la mesa, Marie. Volvió la cabeza hacia él, sus piernas aún se encogían contra su vientre, pero apretaba contra su pecho el pañuelo amarillo, como una madre a su hijo²⁷.

²⁷ En algunos estudios monográficos sobre esta narración no existe acuerdo

Desde que los pescadores se habían declarado dispuestos a salir, aceptando las tarifas, el camino a la parte baja de Santa Bárbara estaba libre otra vez. No había vuelto a ocurrir nada especial, sólo la calma presionaba en lo alto, con el peso del plomo de un acontecimiento.

Cuando Hull pasó por delante de ellas, las mujeres corrieron a sus chozas. El muchacho había bajado por los acantilados donde sus compañeros, que estaban en los botes; todos habían vuelto a subir, por el camino había algunos más, se les unieron, llamaron a los otros, les hicieron salir y bajaron. En torno a la plaza del mercado había luces, como siempre, luego se cerraron las persianas, las casas parecían apretar los ojos de miedo. Sin embargo todo estaba en orden. ¿Por qué no se quedaban donde estaban? Mañana había salida, las tarifas se habían aceptado, ahora era de noche, cena, lámparas.

Los pescadores siguieron su marcha. Quizá por un momento habían planeado algo tan totalmente descabellado, que ni ellos mismos podían entenderlo, quizá simplemente tenían ganas de andar en tropel. Dejaron la parte baja de Santa Bárbara y doblaron hacia las dunas. Siguieron hasta el camino nuevo que desembocaba en la carretera de Port Sebastian. Cuando llegaron a la hondonada donde partía el camino de las barracas, toparon con los soldados de Kedel. Había oscurecido, en la hondonada era totalmente de noche. Al principio sólo vieron una masa oscura y delante una línea recta y brillante: soldados. Los otros vieron una masa oscura, y en ella algunos puntos blancos inexplicables: pescadores. Los dos grupos quedaron uno frente al otro, a la distancia apropiada de varios metros, ni un paso más, ni uno menos. Los soldados advirtieron que entre los pescadores también había

sobre si la prostituta Marie muere a causa de la violencia de los soldados o simplemente está desvanecida cuando Desak la encuentra. Cfr. Inge Diersen, *op. cit.*, pág. 13, y Friedrich Albrecht, *op. cit.*, pág. 135.

mujeres, cofias blancas. No eran muchas, sólo habían ido aquellas cuyos hombres se habían quedado en la ciudad o ya no existían. Los pescadores y los soldados permanecieron unos frente a otros, todos notaban ahora que la noche avanzaba. En la primera fila se veía el rostro joven, blanco y curioso de Katarina Nehr. Llevaba la cofia algo caída, y entre frente y cofia se veía una clara cinta de pelo, con el brillo suave y penetrante que sólo el cabello de las mujeres muy jóvenes posee. La noche avanzaba, volvía a iluminarlos. Los pescadores ni avanzaban ni retrocedían. Sólo se mantenían quietos. La línea brillante de los soldados ya no era completamente recta, los puntos blancos entre los pescadores oscilaban un poco. Permanecían insobornablemente enfrentados, todos estaban exhaustos.

El rostro de Katarina Nehr estaba pálido de agotamiento. Incluso el pelo sobre su frente parecía empalidecer de cansancio.

Ya hacía mucho tiempo que Marie no había visto a Andreas. Había observado que uno de los soldados, que ahora rondaban constantemente por allí, la había seguido. Andreas dejó de tener noticias, pero seguía encontrando en el sitio acordado lo necesario para subsistir, ya fuera porque Marie lo llevaba en secreto, ya fuera porque la gente del pueblo le ayudaba. Ahora le convenía dejar el lugar. Pero Andreas no sabía para qué. Ya no estaba contento. Sólo tenía miedo, un miedo constante y agotador de que mientras seguía aquí, en los acantilados, a poca distancia de él, allá arriba —si se asomaba, podía ver el tejado de Bredwek, como el botón de una gorra—, volviera a ocurrir algo y él se lo perdiera. Hacía mucho tiempo que no hacía nada. Lo del barco había quedado atrás; casi lo había olvidado. Al principio le había parecido algo terrible y grandioso, si alguien hacía algo así, estaría solo para siempre. Pero ahora Andreas no deseaba

más que subir lentamente por el camino que iba del mercado a casa de Bredwek. Los barcos aún no habían salido, por lo que había podido ver.

Una vez Andreas se despertó entrado el día, el viento había cambiado, el cielo estaba hundido, con todas sus raíces chupaba el gris de la tierra, se alimentaba y lo devolvía en gotas. Andreas estaba más inquieto que de costumbre. Paseó, dio sus vueltas habituales, siguió trepando y de repente escaló la cumbre. Era un crepúsculo de lluvia. Al principio no se encontró con nadie. Directamente sin pensar, se dirigió a la choza de Kedennek. Al ver que nadie respondía a sus golpes, y que la puerta no cedía, la empujó con tal fuerza que rompió la cerradura. No notó en absoluto que estuviera cerrada. La habitación estaba oscura, la ventana tapada por algo, un olor denso. En el familiar camino de la puerta al fogón —aquí hay que doblar la esquina de la mesa, allí hay que saltar el escabel—, tropezó con toda clase de cosas y trastos, ¿eran las cosas las que habían cambiado, o era él? Salió confuso al exterior, a su lado crujió una ventana, y Katarina Nehr se asomó por ella.

—¿Qué haces aquí? No es muy inteligente el haber vuelto. La lluvia ablandaba su cofia; y con todo lo tieso y duro que era su vestido, se podía notar algo del pecho, e incluso más. Andreas extendió la mano involuntariamente, antes de empezar a hablar por un instante los dos se sonrieron con sus dientes blancos y jóvenes; entonces Andreas preguntó:

—¿Qué ha pasado ahí dentro?

—¿Qué quieres que pase? Nada, simplemente se han ido.

—¿Dónde?

—¿Qué le quedaba aquí? Está en la ciudad. Alguien le dijo dónde buscaban gente, y se fue.

—¿Y los dos niños?

—Justamente por ellos se ha ido.

Andreas no respondió. Katarina Nehr dijo:

—Tendrán mal tiempo para la salida.

—¿Cuándo van a salir?

—Mañana. Todos los hombres están abajo. Ahora quédate de en medio, si no vas a acabar mal.

Andreas respondió:

—No, voy también abajo.

—¿Y qué se te ha perdido a ti allí?

—No sé, no deben salir.

Katarina Nehr empezó de nuevo:

—Andreas, márchate ahora.

Pero Andreas la dejó plantada. Cuando se dio la vuelta, ella ya estaba en el cuarto.

Andreas andaba deprisa. En la esquina topó con uno de los soldados que recorrían de noche las callejuelas arriba y abajo. Por un segundo, los dos se miraron con el ceño fruncido. Andreas aceleró el paso. Oyó un silbido a sus espaldas, pero no comprendió que tuviera nada que ver con él. Quería ir al puerto. Pero aún no había bajado la cuesta, cuando le detuvieron.

Al principio Andreas no se resistió. Cuando le golpearon en las costillas, cayó de rodillas blandamente, como si en el agua hubiera chocado con un madero a la deriva. Por otra parte, el soldado que iba a su izquierda —caminaba entre el que había silbado y el que había acudido al silbido— no tenía ningunas ganas de pegarle. No le llevaba cogido muy fuerte, y le miraba de reojo. Era curioso que ese soldado malhumorado y silencioso hubiera silbado. Cuatro soldados vinieron hacia ellos. Andreas avanzaba paciente en el centro, sin mirar alrededor, con la cabeza baja, el cuerpo relajado y listo para recibir nuevos golpes.

Pero cuando llegaron a la plaza abierta, quizá por las luces tras las contraventanas, o por los gritos que venían del muelle, Andreas comprendió de repente de qué se trataba. Alzó la cabeza y se soltó. Cruzó el empedrado en diagonal, hizo un quiebro a la izquierda, cruzó entre las casas hacia las dunas, hizo otro quiebro para llegar a suelo firme. Al principio los soldados le perdieron, pero pronto volvieron a alcanzarle. Ahora Andreas estaba en los acantilados. Enseguida le cogerían. No tenía sentido correr, pero era bueno. Era bueno poder correr de verdad después de tanto tiempo, todo el día, sí, todos esos días en los acantilados su cabeza había estado embotada, sólo ahora al correr todo volvía a su mente. Hull se había equivocado: él no era tan joven, ya lo había visto todo, la muerte de su madre, la muerte de Kedennek, la mar y los compañeros, los miembros morenos de Marie enlazando los suyos; ¿qué más podría esperar?

Ya gritaban «¡Alto!» y otra vez «¡Alto!». En aquel entonces Kedennek había tenido los disparos de frente, Andreas tenía ante sí los dientes de los acantilados, el aire agitado.

Andreas oyó «¡Alto!» otra vez, corrió aún más aprisa, oyó también un chasquido, como una palmada. Correr, seguir corriendo. Andreas ya había caído, ya había rodado por el suelo, se había quedado colgado entre las rocas, con el rostro irreconociblemente destrozado... pero algo en él seguía corriendo, corrió y corrió y se desparramó al fin en todas direcciones, con indescriptible alegría y levedad.

Hull fue llevado a Santa Bárbara, y por la mañana el prefecto en persona le interrogó. El viejo Kedel también estaba allí. El mismo día fue llevado a Port Sebastian por algunos soldados. No fueron en barco, sino por tierra, en

un pequeño carro. La polvorienta carretera entre las dunas se extendió infinita por el resto del día, la noche y una parte del día siguiente. El pequeño carromato se bamboleaba sobre la arena. Todos estaban cansados, el carro, Hull, los soldados, los caballos. Al principio Hull pensaba en todo lo que se podía pensar. Quizá en los días pasados, en otros caminos y otras costas, en la mar, los barcos, los compañeros, el sol; quizá en Santa Bárbara, adonde había venido de lejos, y a la que se había aferrado hasta rodar por la arena en ese pequeño carro. Poco a poco, los suaves y continuos golpes que lleva consigo viajar sobre la arena iban ablandando los cuerpos y los pensamientos. Al final, a Hull sólo le quedó un único deseo: volver a ver una estrecha franja del mar, que tenía que estar a su izquierda, muy cerca, a un paso de distancia. Pero las planas ondulaciones de las dunas se sucedían incesantemente, de forma tan rápida y suave, que su deseo no pudo cumplirse.

El primer barco en dejar el puerto fue la *Marie Farère*²⁸. La lluvia asaeteaba los rostros de las mujeres, calando de tal modo sus cofias recién planchadas, que bajo ellas se dibujaban las trenzas recogidas en la nuca. Cuando el vapor remolcaba la *Marie Farère*, doblando el muelle, un pequeño tropel de mujeres se separó de las demás y corrió, sujetando a los niños y las faldas cargadas de lluvia, hasta el último extremo del muelle. Ahora podían ver otra vez los rostros de sus maridos, con tanta claridad como al otro lado de la mesa. Durante un minuto,

²⁸ No deja de llamar la atención que la *Marie Farère* sea el primer barco en salir cuando, anteriormente, se ha descrito su estado como desesperado, después del sabotaje de Andreas (*vid. pág. 91*). Probablemente se persiga un efecto simbólico. La *Marie Farère* es un barco esquírol, y con su nueva puesta a flote se subraya la derrota de los pescadores.

cada mujer vislumbró incluso en los ojos de su marido aquello sólido, oscuro del último invierno. Después fueron sólo sus rostros, sólo sus figuras, sólo hombres, sólo un barco. El vapor recogió la cadena y volvió. La *Marie Farère* enfiló el rumbo. Apenas hubo salido, mostró su secreto deseo, reprimido durante semanas. Avanzó increíblemente aprisa. Los niños aún podían distinguir en sus velas los números de las Armadoras Bredel, después las velas fueron hojas blancas, rojas. Cada vez más aprisa se dirigió a la línea visible que separa la cercana de la lejanía. Había olvidado el puerto, superado la tierra.

Las mujeres del muelle empezaron a notar que sus ropas estaban caladas.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
Apunte biográfico. Vivir para narrar	9
Primeras narraciones: 1926-1932	19
El exilio: 1933-1947	24
Una nueva época: 1947-1983. El regreso	31
«La revuelta de los pescadores de Santa Bárbara»: historia de una derrota	38
BREVE NOTA SOBRE LA TRADUCCIÓN	46
BIBLIOGRAFÍA	49
LA REVUELTA DE LOS PESCADORES DE SANTA BÁRBARA ..	53
I	55
II	75
III	97

Colección Letras Universales

TÍTULOS PUBLICADOS

- 1 *Tragedias completas*, ESQUILO.
Edición de José Alsina (2ª. ed.).
- 2 *Las desventuras del joven Werther*, JOHANN WOLFGANG VON GOETHE.
Edición de Manuel José González (2ª. ed.).
- 3 *La casa de los siete tejados*, NATHANIEL HAWTHORNE.
Edición de Catalina Montes.
- 4 *De la naturaleza de las cosas*, LUCRECIO.
Edición de Agustín García Calvo.
- 5 *Cantar de Roldán*.
Edición de Juan Victorio.
- 6 *Amoretti & Epithalamion*, EDMUND SPENSER.
Edición bilingüe de Santiago González Corugedo.
- 7 *Historia del caballero des Grieux y de Manon Lescaut*, ABATE PRÉVOST.
Edición de Javier del Prado.
- 8 *Estancias, Orfeo y otros escritos*, ÁNGEL POLIZIANO.
Edición bilingüe de Félix Fernández Murga.
- 9 *El mercader de Venecia. Como gustéis*, WILLIAM SHAKESPEARE.
Edición del Instituto Shakespeare, bajo la dirección de M. A. Conejero.
- 10 *Tartufo*, JEAN-BAPTISTE POQUELIN, «MOLIERE».
Edición de Encarnación García Fernández. (2ª. ed.)
- 11 *Errores y extravíos*, THEODOR FONTANE.
Edición de Ana Pérez.
- 12 *La trágica historia de la vida y muerte del doctor Fausto*, CHRISTOPHER MARLOWE.
Edición de Julio César Santoyo y José Miguel Santamaría.
- 13 *Tragedias completas*, SÓFOCLES.
Edición de José Vara Donado.

- 14 *Cuentos crueles*, VILLIERS DE L'ISLE-ADAM.
Edición de Enrique Pérez Llamosas.
- 15 *Las Argonáuticas*, APOLONIO DE RODAS.
Edición de Máximo Brioso Sánchez.
- 16 *Vida y opiniones del caballero Tristram Shandy*, LAURENCE
STERNE.
Edición de Fernando Toda.
- 17 *A contrapelo*, JORIS-KARL HUYSMANS.
Edición de Juan Herrero.
- 18 *Aparición*, VERGÍLIO FERREIRA.
Edición de José Luis Gavilanes.
- 19 *El tío Goriot*, HONORÉ DE BALZAC.
Edición de Marisa Gutiérrez.
- 20 *El Príncipe*, NICOLÁS MAQUIAVELO.
Edición de Helena Puig-Doménech.
- 21 *Tristán e Iseo*, BÉROUL.
Edición de Roberto Ruiz Capellán.
- 22 *Grandes esperanzas*, CHARLES DICKENS.
Edición de Pilar Hidalgo.
- 23 *Justina*, MARQÉS DE SADE.
Edición de Isabel Brouard.
- 24 *Los novios*, ALESSANDRO MANZONI.
Edición de María Nieves Muñiz.
- 25 *El sobrino de Rameau*, DENIS DIDEROT.
Edición de Carmen Roig.
- 26 *Santa Juana*, BERNARD SHAW.
Edición de Antonio López Santos.
- 27 *Nuestra Señora de París*, VICTOR HUGO.
Edición de Eloy González Miguel.
- 28 *Relatos*, HENRY JAMES.
Edición de Javier Coy.
- 29 *La posadera. Los afanes del veraneo. El abanico*, CARLO
GOLDONI.
Edición de Manuel Carrera.
- 30 *Othello*, WILLIAM SHAKESPEARE.
Edición del Instituto Shakespeare, de Valencia, bajo
la dirección de M. A. Conejero.
- 31 *Cándido. Micromegas. Zadig*, F. M. AROUET, «VOLTAIRE».
Edición de Elena Diego.
- 32 *Babbitt*, SINCLAIR LEWIS.
Edición de Juan José Coy.
- 33 *Andrómaca. Fedra*, JEAN RACINE.
Edición de Emilio Náñez.
- 34 *El Satiricón*, PETRONIO.
Edición de Julio Picasso.
- 35 *Ensayos I*, MICHEL DE MONTAIGNE.
Edición de Dolores Picazo y Almudena Montojo.

- 36 *Tragedias I*, EURÍPIDES.
Edición de Juan Antonio López Férez.
- 37 *La metamorfosis*, FRANZ KAFKA.
Edición de Angeles Camargo.
- 38 *La conciencia de Zeno*, ITALO SVEVO.
Edición de Ana Dolfi.
- 40 *El rey Lear*, WILLIAM SHAKESPEARE.
Edición del Instituto Shakespeare, de Valencia, bajo la dirección de M. A. Conejero.
- 41 *La línea de sombra*, JOSEPH CONRAD.
Edición de Javier Sánchez Díez.
- 42 *Rojo y negro*, HENRI BEYLE, «STENDHAL».
Edición de Fátima Gutiérrez.
- 43 *El asno de oro*, APULEYO.
Edición de José María Royo.
- 44 *Madame Bovary*, GUSTAVE FLAUBERT.
Edición de Germán Palacios.
- 45 *Adolphe*, BENJAMIN CONSTANT.
Edición de Wenceslao Carlos Lozano.
- 46 *El Cid*, PIERRE CORNEILLE.
Edición de Ana Seguela.
- 47 *Anna Karénina*, LEV TÓLSTOI.
Edición de Josefina Pérez Sacristán.
- 48 *Simplicius Simplicissimus*, J. J. CH. GRIMMELSHAUSEN.
Edición de Manuel José González.
- 49 *Poesía*, FRANÇOIS VILLON.
Edición de Juan Victorio.
- 50 *Los Lusíadas*, LUIS DE CAMOENS.
Edición de Nicolás Extremera y José Antonio Sabio
- 51 *Largo viaje hacia la noche*, EUGENE O'NEILL.
Edición de Ana Antón-Pacheco.
- 52 *La taberna*, EMILE ZOLA.
Edición de Francisco Caudet.
- 53 *El Paraíso perdido*, JOHN MILTON.
Edición de Esteban Pujals.
- 54 *Cuentos*, HERMANOS GRIMM.
Edición de María Teresa Zurdo.
- 55 *Macbeth*, WILLIAM SHAKESPEARE.
Edición bilingüe del Instituto Shakespeare, bajo la dirección de M. A. Conejero.
- 56 *Relatos*, JACK LONDON.
Edición de Francisco Cabezas.
- 57 *Las ensoñaciones del paseante solitario*,
JEAN - JACQUES ROUSSEAU.
Edición de Francisco Javier Hernández.
- 58 *Poemas*, EMILY DICKINSON.
Edición de Margarita Ardanaz.

- 59 *El problema de Aladino*, ERNST JÜNGER.
Edición de Juan Conesa.
- 61 *Maese Pathelin y otras farsas*.
Edición de Miguel Ángel Peinado.
- 62 *Odisea*, HOMERO.
Edición de José Luis Calvo Martínez.
- 63 *Ensayos II*, MICHEL DE MONTAIGNE.
Edición de Dolores Picazo y Almudena Montojo.
- 64 *Caligramas*, GUILLAUME APOLLINAIRE.
Edición de J. Ignacio Velázquez.
- 65 *El Gatopardo*, GIUSEPPE TOMASI DI LAMPEDUSA.
Edición de Rafael Pinto.
- 66 *Los hermanos Karamázov*, FIÓDOR DOSTOIEVSKI.
Edición de Natalia Ujánova.
- 67 *Pequeños poemas en prosa. Los paraísos artificiales*,
CHARLES BAUDELAIRE.
Edición de José Antonio Millán Alba.
- 68 *Canciones de Inocencia y de Experiencia*, WILLIAM BLAKE.
Edición bilingüe de José Luis Caramés y Santiago González Corugedo.
- 69 *Sonetos completos*, MIGUEL ÁNGEL BUONARROTI.
Edición bilingüe de Luis Antonio de Villena.
- 70 *Elegías de Duno / Los sonetos a Orfeo*, RAINER MARÍA RILKE.
Edición de Eustaquio Barjau.
- 71 *Bartleby, el escribiente. Benito Cereno. Billy Budd*,
HERMAN MELVILLE.
Edición de Julia Lavid.
- 72 *Ensayos III*, MICHEL DE MONTAIGNE.
Edición de Dolores Picazo y Almudena Montojo.
- 73 *Los Malavoglia*, GIOVANNI VERGA.
Edición de María Teresa Navarro.
- 74 *Las avispas. La paz. Las aves. Lisístrata*. ARISTÓFANES.
Edición de Francisco Rodríguez Adrados.
- 76 *Historia del futuro*, ANTONIO VIEIRA.
Edición de Luisa Trías Folch
- 77 *Fausto*, JOHANN WOLFGANG VON GOETHE.
Edición de Manuel José González y Miguel Ángel Vega
- 80 *El diablo en el cuerpo*, RAYMOND RADIGUET.
Edición de Lourdes Carriedo.
- 81 *Orgullo y prejuicio*, JANE AUSTEN.
Edición de José Luis Caramés.
- 82 *Nala y Damayanti*.
Edición de Francisco Rodríguez Adrados.
- 83 *Cuentos de Canterbury*, GEOFFREY CHAUCER.
Edición de Pedro Guardia Massó.

- 84 *La Princesa de Clèves*, MADAME LA FAYETTE.
Edición de Ana María Holzbacher.
- 85 *El americano tranquilo*, GRAHAM GREENE.
Edición de Fernando Galván.
- 87 *Roman de la Rose*, LORRIS y MEUN.
Edición de Juan Victorio.
- 88 *Cuatro cuartetos*, T. S. ELIOT.
Edición bilingüe de Esteban Pujals Gesalf.
- 90 *Hotel Savoy*, JOSEPH ROTH.
Edición de Rosa Piñel.
- 91 *El mirón*, ALAIN ROBBE-GRILLET.
Edición de Patricia Martínez.
- 92 *La revuelta de pescadores en Santa Bárbara*, ANNA SEGHERS.
Edición de José Luis Sagües.
- 93 *Exiliados*, JAMES JOYCE.
Edición de Manuel Almagro.
- 100 *Divina Comedia*, DANTE ALIGHIERI.
Edición de Giorgio Petrocchi y Luis Martínez de Merlo.

DE PRÓXIMA APARICIÓN

- Trópico de Cáncer*, HENRY MILLER.
Edición de Berndt Dietz.
- Trópico de Capricornio*, HENRY MILLER.
Edición de Berndt Dietz.



Netty Reiling, Anna Seghers, nació el 19 de noviembre de 1900 en la ciudad de Maguncia, en el seno de una familia judía acomodada. Sobre su vida sólo se conocen algunos hechos concretos —huida de la Alemania nazi y posterior exilio en México— y unas cuantas anécdotas. En los años 50 llegó a ser una de las más importantes representantes literarias de la República Democrática Alemana.



La revuelta de los pescadores de Santa Bárbara es su primer libro. A pesar de ser entonces, en 1928, una perfecta desconocida obtuvo un gran éxito: le fue concedido el Premio Kleist, galardón que poseían escritores como Brecht, Döblin o A. Zweig. Con un estilo parco y sencillo, duro para algunos críticos contemporáneos, nos recuerda a través de una historia triste y desoladora la importancia de la solidaridad y la dignidad humanas.